

**UNIVERSIDAD
NACIONAL
DE COLOMBIA**

39

sede de medellín. revista de extensión cultural



universidad nacional de colombia
sede de medellín

revista de extensión cultural
no. 39

julio de 1998

directores:

luis antonio restrepo a., José fernando jiménez m.,
carlos mario gonzález r.

comité de redacción:

manuel mejía vallejo †
darío ruiz gómez
jorge alberto naranjo m.
maría claudia díez g.
walter sorge z.
emilio cera s.

coordinación editorial y difusión:

José ignacio vélez g., divulgación cultural

diseño gráfico:

margarita maría gómez m.

asesor:

luis fernando valencia r.

ilustraciones:

luz mercedes arango restrepo

solicitud de canje:

biblioteca central

dirección:

apartado aéreo nº 568, medellín
revextcu@perseus.unalmed.edu.co.

licencia del ministerio de gobierno nº 002225 de 1976.

tarifa postal reducida para libros y revistas nº 133 de la administración postal nacional.

impresión:

editorial lealon, medellín

vicerrectora de la sede:

olga mestre de tobón

director académico:

edgar ramírez m.

secretario de la sede:

francisco luis montoya h.

la responsabilidad de las opiniones que se exponen en los artículos corresponde a los autores.

issn 0121-0823

la niñez pobre, la pobre ciudad darío ruiz gómez	7
el horizonte de comprensión del lenguaje en la época clásica jairo montoya g.	20
el difícil amor carlos mario gonzález	37
el dramaturgo cervantes jorge alberto naranjo m.	50
la gestación del concepto de ecología hasta haeckel, y mutaciones recientes luis jair gómez g.	60
la originalidad de rousseau iván darío arango	75
paradigmas culturales y procesos de cambio en la gestión pública colombiana henry marín marín	82
desarrollo humano en colombia en un contexto regional. caso: región del caribe emilio cera sánchez	97
colaboradores	109

El 23 de julio, después de una penosa enfermedad, murió el escritor Manuel Mejía Vallejo. Fue profesor por muchos años en la Facultad de Ciencias Humanas, miembro del Comité de redacción desde la creación de la revista y Doctor Honoris Causa de la universidad. Dedicaremos un número especial para resaltar la obra de este intelectual que tuvo un papel tan importante en la constitución de la literatura nacional.

Hace unos meses fue asesinado el Doctor Eduardo Umaña Mendoza, connotado jurista, defensor de los derechos humanos y profesor de la sede de Santafé de Bogotá. En un próximo número la revista hará un homenaje a su labor en pro de la justicia social y la dignidad humana.

Deseamos ardientemente que nuestro país encuentre el camino de la paz y se ponga así término a esta guerra que nos desgarrar. La Vicerrectora de la sede, profesora Olga Mestre de Tobón reestructuró el Comité de redacción de la revista al nombrar a María Claudia Díez G. de la Facultad de Ciencias Agropecuarias, al profesor Walter Sorge Z. de la Facultad de Ciencias, al profesor Emilio Cera S. de la Facultad de Arquitectura. Fueron confirmados los profesores Darío Ruiz Gómez y Jorge Alberto Naranjo de las Facultades de Ciencias Humanas y Económicas y Minas respectivamente. A raíz de la renuncia de la Codirectora Marta Elena Bravo de Hermelin, la dirección de la revista quedó conformada por los suscritos Luis Antonio Restrepo y Carlos Mario González Restrepo de la Facultad de Ciencias

Humanas y Económicas así como por el profesor José Fernando Jiménez Mejía de la Facultad de Minas. Fue nombrada como monitora de la revista la estudiante de la Facultad de Minas Myrsa Mabel Maya.

Se han incluido trabajos de los profesores de la sede Darío Ruiz Gómez, Jairo Montoya Gómez, Luis Jaír Gómez, Jorge Alberto Naranjo, Carlos Mario González, Henry Marín y Emilio Cera. Iván Darío Arango del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia, también colabora en este número.

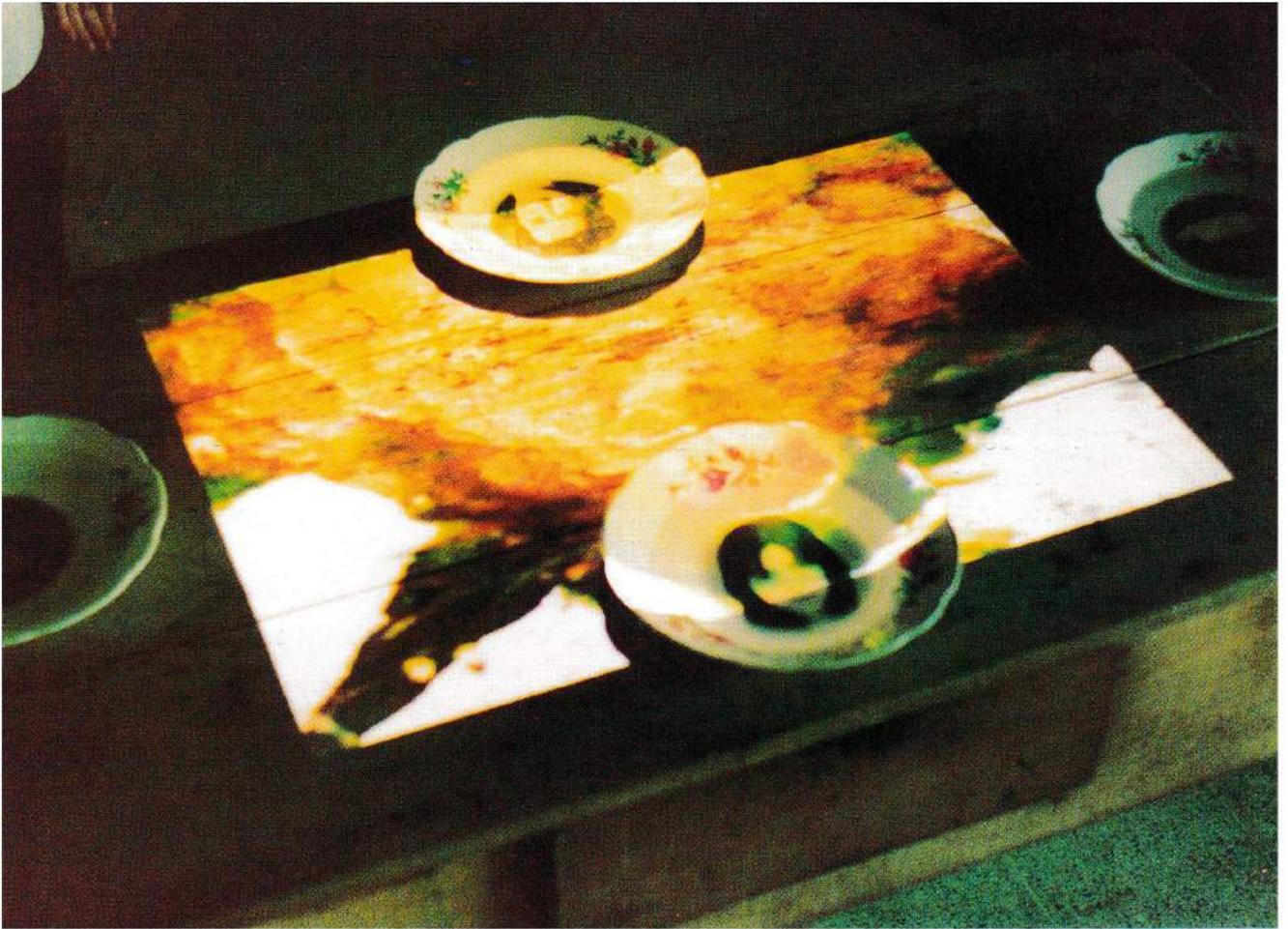
Los Directores y el Comité de redacción invitan a los profesores de la sede y, en general a todas las personas interesadas para que presenten sus escritos personalmente o por correo a la Dirección de Divulgación Cultural o al Apartado aéreo N° 568 de Medellín.

Este número ha sido ilustrado con obras de la Maestra de artes de nuestra sede Luz Mercedes Arango Restrepo. Las ilustraciones pertenecen a su trabajo de grado que fue laureado por la universidad.

LUIS ANTONIO RESTREPO A.

CARLOS MARIO GONZALEZ R.

JOSE FERNANDO JIMENEZ M.



darío ruiz gómez

LA NIÑEZ POBRE, LA POBRE CIUDAD

Fue a través de Louis F. Celine que tuve la visión directa, sin falsas dramaturgias de lo que es la pobreza, o mejor, de lo que constituye la vida para un niño pobre. La visión de la vida desde abajo, desde la penuria diaria, desde el dolor y la impotencia en experiencias que marcaron para siempre mi vida. Porque, después, aquello que llamamos cultura, educación, ayudaron en principio a superar ese estado de mudo rencor hacia los poderosos, hacia la agresiva ostentación de los ricos, pero queda el rescoldo de aquel desamparo infinito en que el niño pobre se sume al contemplar aquello que la vida le ha negado, los espacios necesarios para ahondar la soledad, para vivir en la belleza y en ese "esprit de finesse" que ya los libros, el cine le habían dado a conocer y en los cuales aspiraba a vivir algún día, salvando así sus elevados sentimientos espirituales.

La noción de dinero como la noción de injusticia no son claros al principio de la vida y aquellos otros mundos que el niño veía, ya el de las prostitutas, ya el de los alcohólicos, ya el de los pillos de la calle, ya el de los negociantes de Guayaquil, ya el mágico mundo de las casas de Prado, pertenecían a una realidad que estaba ahí establecida como el ámbito en el cual, naturalmente, debía transcurrir la vida y frente al cual era necesario también saberse armar de argucias, de tretas para preservar ese mundo de ensueños, único tesoro personal: el mundo de las lecturas. El Londres de Dickens, el Misissipi de Mark Twain, el París de Balzac y Zola, la Praga de Kafka, etc., ¿y los pobres derrotados de Dostoievski?

El barrio popular es una cárcel de la cual escapan pocos y gran parte de su violencia surge de llegar en la vida a esta comprobación; en la cantina los fines de semana el albañil, el zapatero, los mecánicos, los pobres empleados envueltos en aquella música terrible que aumenta su desamparo, comprueban amargamente el golpe terrible con que la vida los ha exclu-

do del derecho no sólo a la comodidad sino a la belleza, al verdadero amor de los sueños que se van entonces diluyendo entre tragos y llantos mientras al otro lado del muro las amadas languidecían en medio del tedio y las necesidades. El hecho de que la mamá de Celine sólo podía comer pastas, pues éstas eran el único alimento que carecía de olor y no impregnaba los grandes arrumes de ropa que ella lavaba a los ricos para poder sobrevivir, señala por un lado la dependencia de un trabajo alienante y por otro ese límite en que el pobre se mantiene para no dejarse arrastrar por la vorágine de la miseria, para mantenerse —entre lágrimas calladas— en una dignidad necesaria.

Lo grave era haberse empobrecido, no haber sido pobre desde siempre, pues aquello que llegó a conocerse como calidad de vida llega como imagen a pesar demasiado, angustiosamente demasiado sobre el presente. De ahí la fragilidad interior frente al vigor y el desenfado de quien siempre vivió en la pobreza y desde ésta ha sabido desarrollar respuestas efectivas como la picaresca, el delito mismo y ha sabido crear íconos culturales propios como los de su música, de sus bailes, de su manera de vestir y ante todo sus códigos de honor.

¿A dónde fueron a parar los libros de Rousseau, de Voltaire, de Nietzsche, de Juan Montalvo, de Emilio Castelar? La pobreza se los fue llevando entre tanto trasteo como el que hicimos buscando mi padre una calle pobre pero que aún conservara ese nivel de humanidad sin el cual hubiera sido imposible seguir adelante. Incapaz él, después de su despido por filiación liberal, de dejarse llevar de la bestialidad del extramuro, dejando naufragar aquellas ideas donde vivió y alentó la visión de un país humano, tolerante. Visión que ya estaba viva en la sangre de su hijo.

¿No me traía recortes con poemas de Neruda, de Gabriela Mistral; no evocaba para mí la vida de esas grandes figuras

del pensamiento como haciéndome entender qué peligros debía correr si persistía en aquella vocación de verdad? ¿No coleccionó para cuando yo estuviera en capacidad de entender aquella terrible complejidad, suplementos, revistas culturales? Ya esto supuso una educación sentimental: la compañía de los libros sirvió para pasar por en medio de la desenfrenada violencia política de aquellos años, para liberarme de la opresión infinita de aquel medio provinciano donde la persecución a la cultura se consumaba con una extraña ferocidad y a nombre de las buenas costumbres.

Las lecturas me habían ensanchado la noción de territorialidad hasta más allá de los estrechos límites del barrio, de la pequeña y pérfida ciudad, más allá de aquello que como intolerancia y vulgaridad espiritual se disimulaba en el interior de aquellas mansiones, detrás de aquel humillante ejercicio del lujo a través del cual se trataba de afirmar las supuestas virtudes históricas y raciales de unos elegidos por la mano de Dios.

Raskolnikoff venía a ser la dimensión de un ser que desde la desgracia asumida recupera su rostro de ser humano, pero ¿eran humanos aquellos patéticos obreros de las novelas de Zolá que yo veía en las calles de la ciudad, brutalizados por el trabajo? Si el poder volvía abstractos aquellos seres sin Dios, si los condenaba en nombre de la productividad, la literatura se encargaba de dimensionarlos como seres humanos, como individualidades que allí en el olvido de la miseria generaban respuestas de violencia, pero ante todo creaban códigos de amistad, de ternura y piedad, daban fe de otra palabra. El valor ético del silencio, de la amargura sorbida en el espacio de las habitaciones vacías, la capacidad de renuncia a través de los cuales el adulto buscaba que los más jóvenes pudieran escapar de aquella cárcel, ir más allá de aquella permanente humillación.

La ciudad de estos pobre era la ciudad de los maestros de obra, carpinteros, maestros de escuela, perseguidos políticos, desempleados. Una clase social que resistía la agresión de los ricos, gracias a una ética basada en la sobriedad, en una transparente urbanidad para mantener así la relación de esos valores de resistencia. ¿No contraponemos hoy la ciudad hecha amorosamente por esos maestros de obra y su riqueza formal, sus sabias soluciones espaciales con la arrogante ciudad de los arquitectos de moda? Vemos aquí la manera con que la clase en el poder estableció tajantemente la noción de que la cultura es sólo aquello que su poder produce, que sus privilegios producen pues lo demás es folclore, primitivismo.

Convertir a Carrasquilla en un escritor costumbrista, a Fernando González en un simple procaz fue la manera de excluirlos frente a aquella galería de patricios ilustrados que celosamente preservaban las normas del idioma y esto mismo se hizo con la idea de lo humano: ser blanco, tener una genealogía española era legitimar así el poder económico que los diferenciaba del magma en el que el llamado pueblo estaba sumido. Aquí se entiende la saña con que llevaron a cabo su tarea de "salvación nacional", el rosario en una mano y en la otra el machete, pues lo que se mataba no era humano, era cuarterón, mestizo, negro, librepensador, pobre.

La música costeña que había introducido Guillermo Buitrago, la Orquesta Emisora Fuentes, únicamente se podía bailar en determinados lugares populares, ya que en los barrios de las nuevas clases medias y altas sólo se podía bailar valeses, pasodobles, pasillos. Hacia el año 50 cuando Argentina entra en crisis económica su modelo desaparece por desgracia, pues gracias a sus grandes editoriales la cultura del mundo estuvo a la mano de todos: Emecé, Sudamericana, Santiago Rueda Editor, Thor, Molino o sea Proust, Hermann Broch, Döblin, Jacobo Wassermann, Thomas Mann, Schnitzler, etc., una tradición

inesperada que nos permitía escapar de aquella que supuestamente debía ser la única o sea, la española en la línea de aquellos pensadores de derecha que comenzaban a imponerse como únicos modelos a seguir. ¿No fue ese un imaginario de libertad que nos marcó para siempre? ¿Y Kafka y Hermann Hesse y Joyce y Eliot?

La norma discriminaba con crueldad lo que era bueno y lo que era malo, por eso la utilización de una idea de folclore —a la manera de Oliveira Salazar, de Franco— se hacía con un claro objetivo político, un folclor bobo, una historia de Antioquia sin conflictos, una canción casta que exaltara los valores de aquella supuesta raza única y exaltara así mismo la religión, las buenas costumbres y por supuesto la buena letra y el buen estilo. Las muchachas más distinguidas de la ciudad eran enviadas a la sección femenina de la Falange en España a aprender estos modales, los muchachos aprendían allí lecciones de política que derivarían en los años 60 en movimientos absolutamente fascistas como “La Joven Colombia”.

El modelo mexicano a través del cine planteó algo muy importante: la noción de pertenencia a una cultura popular y el orgullo de vivir esa diferencia. Del estilo europeo tanguero se pasó al chamaco, pantalón ancho con bota muy estrecha, saco largo, camisa holgada y peinado estrambótico. Y sobre todo el argot aprendido en las películas de Gaveldón, de Ismael Rodríguez: “la chota”, para referirse al vehículo de la policía, “la lana”, refiriéndose al dinero que daría paso a juegos verbales propios, a argots en clave para identificarse en cualquier situación y no sentirse solo, para hacer de la solidaridad algo cierto.

Pero lo importante venía a ser esa diferenciación ya asumida frente al pulcro muchacho de la pequeña burguesía y su lenguaje probo. La aparición de la Sonora Matancera y Daniel Santos impulsaron este proceso de diferenciación, de creación de una iconografía nueva y netamente ur-

bana que nada tenía que ver con el mundo melancólico, elegante del tango, con los pasillos urbanos que cantaban “Obdullio y Julián” ilustrando a través de ellos la derrota de un modelo de sociedad arrasada por los nuevos comerciantes, por la derecha dogmática. Desde este modelo los bailadores adquirieron una importancia decisiva en la ocupación de los espacios de la ciudad y los cafés se convirtieron en los hitos de esta nueva cultura que nada tenía que ver con las nostalgias campesinas de la pequeña burguesía, ideología de la derecha frente a los azares de un presente vertiginoso de rápidas transformaciones que inesperadamente ponía en tela de juicio aquella estructura de hipocresía e intolerancia.

Por el baile se recuperó la dimensión narcisa del cuerpo y se puso en solfa las nociones estéticas sobre la belleza femenina y masculina, sobre la elegancia misma frente al gusto de los comerciantes, frente al lujo extraño. Buscar el baile un domingo era ante todo buscar las ciudades desconocidas: ¿es un sueño acaso que llegué a convertirme en un buen bailarín a los diecisiete años y que estuve en Guayaquil, en El Bosque de la Independencia, en Lovaina, venciendo mi timidez y entrando en un mundo de inolvidables personajes? ¿No llegaba a Guayaquil hacia las cuatro de la tarde a escuchar a los culebreros y fue allí donde descubrí a ese inolvidable muchachito que contaba películas por unos pocos centavos?

La palabra que yo iba a escribir estaba naciendo en aquellos lugares, en el discorrir diario de las cosas de los pobres que resistían con aquellos códigos el embate de la violencia más despiadada. La agresión urbana de esos años y cuyos ejecutores aparecen hoy como excelsos y probos ciudadanos de bien, vino a demostrar que todo estaba en peligro ante el poder de aquellos especuladores. Esta sensación de incertidumbre se haría permanente y prepararía el ánimo para la diáspora,

para el nomadismo y el exilio tal como sucedió con los habitantes de mi barrio.

Pero ¿para qué permanecer, para qué convertirse en retrato? Ser transitorio es admitir que no se pertenece a nada ni a nadie, lo cual no señala una actitud insolidaria sino todo lo contrario. Como dice Camus: "Las soledades reúnen a los que la sociedad separa". El niño pobre sabe de antemano que nada le pertenece, de ahí que haga del ensueño su tesoro preferido: abstraerse para que comiencen a vivir los paisajes que se llevan dentro y que la imaginación legítima ya que así la ficción cumple su tarea de brindar una realidad alternativa.

Allí realmente estaban las otras ciudades, en aquella geografía urbana que la perplejidad recorría y enumeraba: otras formas de vida, otros lenguajes y gestualidades, otros rostros de mujeres, otros decorados. Sólo que en la ciudad real estaba la prohibición, la segregación social, la agresión a la alegría, la negación de la noche a las mujeres. La vida de la calle para un niño pobre es la constatación de estas fronteras, de estas murallas frente a las cuales se aprende primero una gramática de la vida que le permitirá vivir sin resentimientos. Una frase del flaco Yepes definiría esto: "La vida es bella, el verraco es uno", a la cual agregaba otra más esclarecedora: "La procacidad es la poesía del pueblo". No la vulgaridad del ostentoso, del nuevo rico, sino lo contrario: las palabras en estado puro, las palabras de Cervantes, de Rabelais, de Quevedo, palabra en libertad, palabra donde la idea de compasión proviene de una larga secuencia de renunciadas, de sufrimientos que templan el alma y se convierten en ascesis gracias a la cual se alcanza el silencio que preguntará para siempre.

Porque una cosa es la descripción de la ciudad según esquemas abstractos y teorías al uso y otra la realidad desde el pellejo de la vida a ese nivel de simple ciudadano que comienza a entender que aquello que luego pomposamente llama-

rían modernidad no es otra cosa que otra forma de atropello disfrazado en tecnicismos y con los eufemismos propios de esa falsa ciencia llamada urbanismo. Porque si algo vino a certificar la orfandad fue la manera en que la norma del progreso rompió las calles del barrio, destruyó el boulevard y el parque, el edificio de la estación y lanzó a la diáspora a los indefensos vecinos. La palabra buscará certificar la extrañeza ante este expolio donde lo que se eliminaba no era únicamente una gran obra arquitectónica, un "monumento nacional" sino la intangible memoria que crean los afectos, el recuerdo de los amigos muertos, las voces de los muchachos en una canchita de fútbol devorada por la noche, voces desperdigadas en las madrugadas frías, sobresaltos en los patios de las pequeñas casas oyendo las voces extranjeras del radio: Sthepen Dédalus.

Las casas, su interior, eran la constatación de una voluntad de resistir: un orden pulcro lleno de poesía, la sabiduría para crear un orden visual característico, para dar a las matas una geografía mental y hacer de la penumbra con el resplandor de la llama votiva un espacio digno de las ensoñaciones. Orden, limpieza para hacer así un homenaje a las cosas sencillas de la vida, cosas con nombre, objetos con el pasado que les había dado el afecto. La palabra nueva parecía anunciarse a través de la discusión, virtud del sentimiento que permite percibir los dramas sencillos, las sencillas euforias. Eso que aprenderá en Chejov, en Montale, en Saba, en Dino Campana: "pero hay en el corazón de la tarde ¡hay! sin cesar una herida roja y lán-guida".

Contra lo que la pomposa retórica oficial —aquella prosa seca, intimidatoria— decía; de pronto aquellas vidas sencillas cobraban una nueva luz. Y lo que según esa retórica no podía ser tema literario, de pronto se convertía en exigencia fundamental de lenguaje, que la *palabra* llegara hasta el fondo de aquellas vidas que la historia quería no tener en cuenta. Ce-

sare Pavese lo anunció al señalar que el mito urbano nace en las conversaciones de los muchachos en las esquinas, en el clamor de los jóvenes por ver otras auras, por ir más allá de esas fronteras de pobreza. El mito antiguo revivido en la parla de aquellos filósofos de tienda en la trágica cotidianidad donde el dolor callado terminaba por ahogar los pulmones: "tiene el muchacho un modo de irse de la casa / que, quien se queda, sabe que es vano intentar nada". ("Lavorare Stanca").

El diario, las novelas de Gide, de Bernanos, de Mauriac, los bulevares, las hileras de plátanos, de tilos; en aquella cercanía de la miseria, en aquella vida de desconsuelo y barbarie yo quería mirar esas calles de las lecturas, yo quería escribir sobre personajes que salidos de la diaria penuria enfrentaban las grandes preguntas de la cultura y la política. Pero esas calles, esos interiores estaban en la otra ciudad, en el barrio Prado por donde caminaba para sentirme —esa ilusión me daban esos pastiches— en Europa ¿dónde comenzaba y terminaba mi libertad de elegir? Y la agobiante pregunta sartriana sobre la náusea ¿cómo podía ubicarla en este lado de las necesidades económicas, de los dramas silenciosos? ¿Tienen grandes pasiones espirituales los pobres? En todo caso sabía que no tenían historia y que —como sucedió con el Cementerio de San Lorenzo, vendido por la curia— ni siquiera el pobre tiene el derecho a la vida eterna. Lo inmediato, el reino de las más ínfimas necesidades económicas destruye el sueño, termina por ahogar la sensibilidad, por borrar en el alma las páginas de las lecturas amadas, la pobreza termina por anular la imaginación, por convertirse en una fatal resignación.

¿La palabra pertenece, entonces, a lo que llamamos literatura o nace de estas congojas, de la lucha para que estas vidas anónimas no sean borradas de la memoria? En Vasco Pratolini, Saroyan, aprendí el valor de la ternura para romper los esquemas abstractos en que las econo-

mías envuelven a la realidad, y llegar así al ámbito de estas vidas sin historia, de estos ritos mudos surgidos en la diaria necesidad: la pobreza es el punto de vista con más amplitud para observar el comportamiento humano, para dimensionar la crueldad de los poderes y de los poderosos y sobre todo para cuestionar éticamente la función de la palabra. ¿Comunicación, comunicabilidad? Del peso del dinero surge el eufemismo y la suspicacia, surge la incomunicación; ¿cómo lograr de nuevo la confianza, cómo devolver al afecto su valor de referencia? ¿No había visto morir de hambre a escritores, pintores? ¿No había visto morir de hambre a familias vergonzantes?

Si hoy el espectáculo nos mediatiza, ayer el silencio y el tedio enmarcaban en el barrio el lentísimo paso de las horas. El tiempo del cumplimiento del deber era más prolongado, iba hacia nada, de ahí el espanto de los fines de semana. El **horror vacui** aparecía con toda su dimensión metafórica y era allí donde la tarea de crear señales, íconos era más perentoria. Entre los pobres la mirada desempeña un papel fundamental, huye de las palabras porque teme su traición, hace del silencio un espacio de espera permanente. De ahí la presencia de opciones diferentes, opciones de la vida misma y que al final terminan en la vida misma y las opciones que brinda la literatura a través de imágenes definitorias que llaman a romper las cadenas que nos unen a la fatalidad del barrio, a buscar el mundo como territorio: Stephen Dédalus.

Porque el nihilista viene de un fracaso interior corroborado por la historia pero el pobre viene de la inexistencia y sólo aspira a vivir en una modesta escala de valores que sin embargo paradójicamente llegan a ser peligrosos —recordemos de nuevo a Celine— pues cuestionan a fondo al sistema: la anarquía es aquí creadora, la sinrazón es fecunda pues atenta contra toda economía y lo ilógico es fuente nutricia de imágenes renovadoras donde

la palabra flota soberana en libertad. De ahí el incesante proceso que las hace y las deshace en el habla de todos los días, de ahí esa apabullante sensación de estar rodeado no de las palabras de la literatura sino de las palabras de la vida. ¿Pero cómo iniciar una tarea si se es invisible en el orden social y esa condición de invisibilidad anula cualquier gesto? Sólo que quien ha nacido en la necesidad de todo conoce bien que cada palabra como cada afecto se convierten en un tesoro único para resistir soledades y ofensas.

“En la tragedia de la ciudad, el hombre subterráneo es a la vez quien sufre la humillación y el coro cuyo comentario irónico pone al desnudo la hipocresía de las convenciones. El hombre de las grandes profundidades posee la inteligencia sin la potencia, el deseo sin los medios; la revolución industrial le ha enseñado a leer y le ha dado un mínimo de distracciones; pero el triunfo simultáneo del capital y de la burocracia lo ha dejado sin gabán”. La descripción de George Steiner sobre el hombre del subsuelo nos recuerda cierto tipo de respuestas a esa condición: la de Ralph Ellison precisamente en su obra maestra “El Hombre Invisible”, la de Jean Genet, la de Elio Vittorini, la de James Joyce, donde surge ese punto de vista que fundamenta una narrativa moderna en la cual, el disloque, el monólogo, no son audacias “vanguardistas” sino respuestas de vida y de palabra.

Sólo el punto de vista del desposeído, del humillado puede señalar la tarea de hacerse en lo humano, del pensarse en una sociedad regida por la fraternidad humana y no por los caprichos terribles de los poderosos: el humo de las viejas casas apenas se insinúa en el horizonte, la lacónica risa de aquellos artesanos derrotados vibra aún en los pocos zaguanes que quedan. La palabra tenía que rescatar la medida de esa poesía.

MEMORIA DE MODERNIDAD

Todavía parecen sonar en mis oídos las retahílas de los curas enardecidos señalando el peligro de los libros nefastos. Pero también recuerdo a mi abuelo y a varios ciudadanos levantándose y salirse de misa en el momento en que el sacerdote arreciaba sus ataques a las ideas liberales y socialistas. El terror llegaba hasta las horas del sueño cuando el alma adolescente se sentía sobrecogida por la presencia en casa de esos libros, por vivir entre esas ideas condenadas. Después del asesinato de Gaitán la represión fue inaudita y en menos de un año ya se habían asesinado cerca de 40.000 personas, utilizando para ello las más crueles torturas. Había empezado en el país la quema de bibliotecas ya que la cultura se consideraba un gran peligro.

La actitud de los pensadores conservadores como Laureano Gómez, Andrade, Monseñor Builes, correspondía a la vigencia de los pensadores españoles y franceses de la extrema derecha, Maurras, Primo de Rivera, Ramiro de Maetzu. Los feroces ataques de Laureano Gómez contra la pintura de Pedro Nel Gómez tachando a su arte de “degenerado” tenía el mismo tono del de los jefes nazis condenando por perverso el arte moderno y reclamando el paradigma del arte griego. La cultura a través de la presencia del libro implica una visión independiente de la historia y supone un ejercicio de libertad que se vuelve peligroso para este pensamiento autoritario que al pretender mantener a las gentes en una supuesta inocencia la está “salvando” del peligro, del pecado y la condenación eterna.

Este concepto fue utilizado por Oliveira Salazar y Franco para aislar a sus sociedades prohibiendo los libros considerados como peligrosos, negando la cultura moderna por considerarla perniciosa frente a las instituciones tradicionales. No

fue raro entonces que la fiesta colectiva, el carnaval estuvieran prohibidos y que algunos alcaldes llegaran a prohibir el uso del suéter en las mujeres y exigieran la partida de matrimonio a las parejas que iban a cine. Personalmente viví en la España de 1958 este tipo de prohibición aparentemente ridícula pero que en el fondo era la manifestación beligerante de la ideología religiosa de esa nueva clase social: los mayoristas como los llamaba Fernando González.

Una burguesía de negociantes que carecía de pasado aristocrático frente a los pioneros industriales, frente a la élite industrial cuya vida se ocultaba celosamente detrás de los muros de los clubes exclusivos, detrás de sus mansiones. Esta clase social en la exigencia dictada por la racionalidad económica, por la taylorización del trabajo según el modelo norteamericano —“el tiempo es oro”— necesitaba, lógicamente, de una moral acorde con esta racionalidad. La moral basada en virtudes como la castidad, la piedad, la sobriedad, la usura y el agio. De ahí que el arte y la literatura fueran considerados como actividades marginadas por el hecho de no ser económicamente productivas, de no arrojar rentabilidad alguna. Y el hecho de que el artista fuera considerado como una especie de paria social, como un “bohemio”, calificativo que aún suele utilizar cierta clase media.

Después de la muerte de Gaitán el proceso de la represión conservadora a lo largo y ancho del país se tomó como una cruzada de salvación nacional incorporando el calificativo que precisamente Francisco Franco dio a un movimiento en contra de la República establecida. Durante la Segunda Guerra Mundial estuvo de parte de la Alemania nazi la mayoría de la intelectualidad conservadora e incluso en cierta universidad se colocaron los retratos de algunos de estos jefes. Aún hacia 1957 cierto grupo de intelectuales conservadores celebraba el aniversario de la muerte de Hitler y a las camisas pardas musso-

linianas se agregaba arrogantemente la svástica. Esto fue noticia mundial y “Life” así lo constató.

Era pues el imperio del hombre normal —según la definición de Simone de Beauvoir— la presencia beligerante de los llamados valores familiares, la vigilancia de una autoridad profundamente racista y clasista. Recordemos que en 1944 le fue negada la entrada al Club Unión al gran compositor portorriqueño Rafael Hernández por el hecho de ser negro. Esta connotación dio sentido a la música tropical que por entonces comenzaba a asentarse en el barrio de Guayaquil a donde llegaron hacia 1952 José Barros y Guillermo Buitrago, así como Peñaranda el autor de la famosa Opera del Mondongo, abierto desafío a través de la procacidad contra aquel estólido mundo de normalidad impuesta. La existencia de una cultura urbana underground iría a tener una profunda repercusión como elemento de ruptura contra la ideología cultural españolizante, frente a un folclor inventado —la famosa antioqueñidad— por quienes, como señala Hugo Angel no estuvieron en ninguna de las colonizaciones, no vivieron la aterradora agonía de los pueblos a causa del criminal centralismo de Medellín y necesitaron inventar la idea de una arcadia, de un folclor desodorizado mientras la verdadera música, aquella que señalaba la incompreensión, la soledad de su derrota, agonizaba por no plegarse a aquel folclor inventado.

Había muerto Carrasquilla y la diáspora se había llevado el pensamiento, la estética independiente, el resto había sido condenado al exilio interior, Pedro Nel, Fernando González, Débora Arango, Luis Tejada. Expulsados de los puestos públicos, asistiendo a la muerte de aquella noción de libertad y tolerancia que defendieron y soñaron, en esa agonía de las poblaciones sobre las cuales cayó el olvido, muchos testigos sin nombre se suicidaron. Hoy la obra de José Posada está desaparecida, la obra de Merino, de Hanné Ga-

llo, etc. La generación de escritores de los años 50, Mejía Vallejo, Castro Saavedra, Oscar Hernández, Restrepo Rivera, deben enfrentarse a este provincialismo que les exige no realismo sino cuadros de costumbres, glosas a la supuesta raza, etc. Era la presencia del hispanismo como estilo castigo frente a la nueva palabra que cada uno de estos escritores buscaba como tarea, afirmada a través de su propia experiencia de vida.

La aparición casi clandestina de "Camino de la Patria" de Castro Saavedra sacudió la parroquia con su intenso acento de protesta ante el crimen colectivo y la furia de esa intolerancia. La aparición de "La Tierra Eramos Nosotros" condujo a chismes infames, a ofensas personales tal como sucedió con la primera exposición de Débora Arango sometida al escarnio público, excomulgada. Los defensores de las "buenas costumbres" cuyos nombres ha borrado piadosamente el tiempo, señalaban diariamente los peligros que supuestamente conllevaba esa estética donde se mostraba el otro lado de la arcadía.

¿Cómo hacer comprender hoy el sufrimiento, la soledad a que fueron sometidos estos creadores, la discriminación a la cual se les sometió permanentemente? Contra Fernando González los argumentos eran de orden académico: carecía de sistema, no tenía una erudición como la de López de Mesa y su lenguaje procaz y altanero se salía de las normas de urbanidad que solicitaba y ponía como primera condición aquella ideología de derecha. La respetabilidad ante todo.

Ser piadoso, ser casto, se correspondían con una educación basada en el terror metafísico: los ejercicios espirituales cumplían esta función de aterramiento. Por un lado la mujer era presentada como "un pozo de veneno" y por el otro la imagen oscilante de las llamas del infierno, castigo para el pecador, llenaban de espanto las noches de niños y adolescentes. De acuerdo con las normas que la iglesia establece a partir del siglo XVIII —recor-

demo a Philip Ariés— una vez convertida la muerte en un negocio los cementerios se convirtieron tal como lo vemos en la novela gótica, en Poe, en un escenario macabro. Forma de dominación que se introducía en el espacio íntimo hasta derrotarlo a través del pánico permanente. Los temores atávicos desatados fueron un elemento decisivo en la cruda violencia de la cruzada de "salvación nacional".

Las pastorales de Monseñor Builes incitando al odio hacia quienes consideraban como enemigos de la iglesia es un vívido documento de la violencia con que esta ideología operó sobre la población a través del terror metafísico. Esto mismo encontramos en un personaje como Montalvo salido de las tinieblas de la inquisición y para el cual la tarea de Salvación Nacional debía hacerse a partir de aquel discurso de Laureano Gómez donde éste describe sin piedad alguna las inclemencias de nuestra geografía, de nuestra "pobre" raza, fatalidad terrible para quien como Paladín de Occidente soñó en fundar una iglesia católica colombiana e imaginó que sólo una ruda educación podía redimirnos de esa fatalidad de atraso, para finalmente tener como país propio, un inmenso convento.

Esta certidumbre agresiva de haber sido castigados por Dios a tener que vivir entre enfermedades espantosas y seres primitivos. ¿Cómo leer a Platón teniendo paludismo? ¿Cómo escribir bien teniendo el argot y no lo castizo? Es algo clave en esta ideología de derecha, en su literatura: los exacerban los cuarterones, los mulatos, los negros, los librepensadores. Hay —como en cierto historiador antioqueño— la actitud compulsiva de rastrear en los árboles genealógicos la presencia de un negro, de un indio. Buscar esta diferencia era la manera de creerse superiores, de creerse occidentales, y, de justificar por lo tanto este paternalismo terrible que en Antioquia, en Medellín alcanzó una mayor beligerancia. Al inferior es ne-

cesario castigarlo pues, cultural y socialmente, es algo menos que un niño.

¿Qué podía ser en el orden social un pobre músico? ¿Qué podía ser ante esa moral de triunfadores sociales un simple escritor? En el "Hermano Pequeño" de H. E. Nossack donde se describe la Alemania del llamado milagro económico esa beligerancia de esta moral de comerciantes lleva a decir a un personaje: "Escritor, no es verdad, todavía sería algo soportable, a pesar de que no ofrece tampoco muchas garantías. Pero de todos modos es una especie de profesión. ¡Pero poeta! ¡por favor! ¡Es algo que uno no le desearía ni a su peor enemigo!". El clima social a través de este oscurantismo va sumiendo la ciudad en el más terrible de los provincianismos, desaparece la cultura de la noche, desaparece mediante decreto el uso del espacio público.

Por un lado hay la idea de una alta sociedad que presume de su cosmopolitismo en su gusto, en su arquitectura, y a través de los cuales se diferencia radicalmente del resto de la sociedad —el imperio del rico como lo describe Celine— pero que sin embargo es políticamente ultraconservadora, reaccionaria hasta lo indecible. Y sobre todo algo muy importante: dueña absoluta de los valores en juego de la actualidad ya que es en ésta donde los mecanismos del poder actúan con más fuerza y con mayor sutileza para dar a entender que —por ejemplo— la idea de belleza femenina es exclusiva de ella, tal como lo es la noción de cultura, la noción de literatura.

La ciudad que Olano planteó como una réplica de París había dejado paso a los modelos de la ciudad norteamericana pues la taylorización de la economía, la racionalidad en el empleo del tiempo que se impone al ciudadano debe contar con una ciudad eficiente. Lo que sucede es que el tipo de arquitecto y urbanista que se produce en los años 60 obedece igualmente a los patrones de esta nueva economía. De ahí que desaparezca la visión humanis-

ta y el funcionalismo se adopte como única filosofía, un funcionalismo para el cual la belleza es superflua, la calidad de los acabados es un gasto innecesario. El llamado Plan Regulador del año 53 planificó la ciudad pero respondiendo a los intereses de los especuladores. Los efectos de la violencia política con sus desplazamientos de población comienzan a crear conflictos importantes en el espacio urbano, a despertar las primeras protestas ante la llamada valorización.

Sobre los nadaístas ya se ha escrito mucho pero son ellos quienes ilustran el conflicto de la nueva clase media —cuyo origen son los tenderos, pequeños comerciantes, finqueros, empleados— con la moral impuesta: es la desobediencia para no ir a misa, para no comulgar, para negarse a cantar el Himno Nacional, para asumir un lenguaje procaz, para permitir que las mujeres entren a los cafés exclusivos de los hombres y para incorporar a la palabra zonas prohibidas de la ciudad, el otro rostro de la ciudad normal. Y esto tiene un valor definitivo pues tanto Humberto Navarro como Jaime Espinel incorporan en sus relatos un ámbito de experiencias vitales, de otros lenguajes y otros códigos de honor que entran abiertamente en pugna con el español académico considerado como norma única. Se apartan, además, de los modelos culturales de la derecha española para acogerse a los modelos de la literatura urbana norteamericana: Kerouac, Ginsburg, Burroughs, la carretera, la droga, el nomadismo urbano, otras formas de desarraigo y soledad frente a los valores de la sociedad respetable.

La secularización del lenguaje iniciado por Carrasquilla, Uribe Piedrahíta y Fernando González, con el paganismo de Barba Jacob, con la palabra cotidiana de Castro Saavedra, rompe con la dependencia hacia un modelo de lenguaje impuesto mediante el terror metafísico y la aquiescencia moral. Es aquí donde la otra ciudad irrumpe, reivindicando así otra forma de relato, otro léxico popular, impuro, que re-

coge la voz de quienes habían sido callados, otra cotidianidad, otra gestualidad, otra música. La novela de Mario Arrubla "La legendaria infancia de Ramiro Cruz" se desarrolla en un área estigmatizada socialmente, zona de prostitución, de pobreza, Lovaina. Plebeya es la música que acompaña, plebeya es la palabra que la nombra, plebeyos los sentimientos de estos seres que abocan el delirio de la ciudad abriendo la fábula y cerrando la historia con la espera que da la melodía popular. Ahí estaba ya el palpito de otra vida, la voz del suburbio.

Ya en un cuento suyo aparecido en el tabloide "Junio" hacia el año 55, "La Dama de las Camelias", donde el nombre es una parodia pues dicha dama lo es de un sector de prostitución llamado así, Arrubla incorpora el ácido lenguaje urbano de estos nuevos protagonistas, incorpora una moral de libertad que viene de François Villon. La lección Celiniana de agujerear el lenguaje establecido, la hipocresía de lo normal, mediante la utilización de estas impurezas, de estos despropósitos, desquicia así la escala de valores impuestos por la ideología de derecha. ¿No fue esto lo que hizo el autor del Jorobadito?

En ese año aparecen dos tabloides. "Crisis" de clara tendencia marxista y donde estaban Estanislao Zuleta, Mario Arrubla, Delimiro Moreno y "Movimiento" donde estaban Carlos Gaviria, Jorge Acevedo y Darío Ruiz Gómez. Si "Crisis" analizaba la situación obrera, la violencia gubernamental e incorporaba a Freud, a Havelock Ellis, "Movimiento" publicó artículos sobre James Joyce Eliot, Mauriac, Hermann Hesse, Buñuel, etc. Desde esta perspectiva de búsqueda de un horizonte intelectual que sobrepasa la ignorancia parroquial, aparece un nombre clave: Jean Paul Sartre. Por un lado el compromiso político, pero por otro lado el juicio a la familia tradicional y sus falsos valores, el concepto de pareja y la liberación de la mujer, del niño, puntos claves para la derecha en su ideología de sometimiento, de dominación.

Ante una encrucijada como aquella se carecía de una tradición propia y nombres como Diego Montaña Cuéllar, Antonio García, Nieto Arteta, representaban una admirable respuesta política, pero aquellos problemas —que ya Estanislao Zuleta había planteado al introducir a Freud— de familias, de ideología religiosa, necesitaban de planteamientos muy claros: era, repito, por un lado el cuestionamiento a fondo de la familia y por otro los problemas de una individualidad asumida, sacada del magma en que habían dejado el relato y la crónica de costumbres. Esa individualidad que ya había planteado Carrasquilla y que de pronto allí en la pobreza, en el espacio de aquella clase media urbana, se planteaba como la tarea histórica a realizar y como —frente al enquilosado lenguaje oficial— la posibilidad de unas palabras en libertad, de unos espacios donde apenas la vida comenzaba a tener nombre propio. ¿No fue esto lo que hizo Passolini sumergiéndose en el volcán del habla popular, en aquellos otros códigos de vida donde se señalaba un comienzo?

Individualidades asumidas como un Yo y por supuesto aquello que Marx olvidó: la necesidad de una moral individual para enfrentar así las nuevas situaciones. Aquello que Sartre describe admirablemente en el tomo primero de su trilogía "Los Caminos de la Libertad" en "La Edad de la Razón": ¿compromiso político o libertad individual? Ilustrar una retórica establecida, seguir la norma literaria vigente es lo más fácil y cómodo pues elimina escrúpulos y sobre todo esfuerzos ya que sólo un cuestionamiento a fondo de lo establecido puede llevar a lo que ya Fernando González había planteado pero que los jóvenes escritores de entonces, desconocían: la crisis personal es una crisis de lenguaje, una crisis de formas ¿cómo trascender el simple testimonio y acceder a una escritura? ¿Cómo salir de la mera descripción y alcanzar la madurez de la reflexión?

Pero en este caso había —nos lo aclararía más adelante Gramsci— el problema

de aquello que pretendía sofocar a esa individualidad: la extrema derecha lo hacía con sus normas estrictas, con su férrea disciplina y su terrorismo político y metafísico y la llamada cultura oficial lo hacía con sus falsos íconos, sus falsos héroes o sea, una historia amañada de la cual habían sido borrados por el olvido por decreto, por la infamia, la obra de Vargas Vila, satanizada hasta lo increíble, la obra de Osorio Lizarazo por su origen social, la obra de Luis Tejada. Cuando el reconocimiento mundial a García Márquez por "Cien años de Soledad" toda la gran prensa a través de sus más importantes columnistas trató de restar importancia a este hecho pues ¿cómo podía lograr un desconocido, sin genealogía social, algo que los bogotanos cosmopolitas no habían logrado? Ya el monolítico discurso había sido agujereado.

El concepto de escritor **engagé** que Jean Paul Sartre dio en su texto sobre la literatura y la política definió al escritor enfrentado a esas complejidades: encontrar los universales, deber fundamental para negar la cárcel de provincianismo en la medida en que la lucha política tenía en esos momentos una dimensión universal, y, estaba conectada con el proceso de reivindicación —Aimé Cessaire, Fanon— de los llamados pueblos del Tercer Mundo y que comenzaban a plantear la existencia de sus propias voces, de su propia música, o sea, de esa otra palabra que Sartre había anunciado en su texto "Orfeo Negro".

En 1958 viajando por el Caribe hacia España, escribí en el "Américo Vespucio" el cuento "Aspasia tiende una trampa": vidas innombradas, voces innombradas e intrascendentes, los espacios ocultos, la palabra negada. Un libro "Retrato del Artista Adolescente" sería un paradigma secreto: la pobreza en la niñez, la crisis de

las palabras establecidas y la tarea única de forjar en la fragua del espíritu un nuevo término de lo humano en la palabra, el envés negado por la Historia oficial y por el Poder.

No es gratuito entonces que en "El amor en grupo", en "Hojas en el Patio" esté presente esta vocación por la otra palabra, esta presencia de nuevas temporalidades: ¿cómo escribir sobre estas nuevas experiencias de vida con gastadas palabras? La forma, había señalado Sartre, conduce a una metafísica. ¿Cómo dar forma al desarraigo urbano, a la soledad de unos seres sin patria? ¿Cómo dar forma a este dislocamiento con el retoricismo de Rómulo Gallegos, el indigenismo de Asturias? La vocación formal era entonces decisiva. Es la otra palabra en la poesía de Mario Rivero profundizando en estas cotidianidades de vidas sin biografía alguna. ¿Qué había quedado de aquella pequeña ciudad de los mayoristas y su rígida e intemperante moral? Revítese los números de la "Revista Antioquia" para darse cuenta del gran esfuerzo intelectual —o sea incomprendimientos, abucheos— que supuso resquebrajar ese orden hecho de hipocresía y de inhumanidad, ese modelo económico excluyente, la arrogancia social de unos supuestos ungidos por la verdad de la historia, por Dios.

Aquí está establecido entonces el problema de nacimiento de una escritura y el problema de lo que implicó la modernidad pues tal como lo exigió Rimbaud con aquello de que "hay que ser absolutamente modernos", esta tarea estaba encaminada fundamentalmente a la labor de vencer prejuicios, de matar tabúes, normas injustas establecidas por los poderes; para buscar en la palabra liberada las nuevas razones de la vida.

Dest... las sábanas, es...
entre las sábanas, es...
las a... sus dientes, su...
su hi... su corazón, el...
... una parte de su cuerpo

cae como por la lepra.

jairo montoya g.

EL HORIZONTE DE COMPRESION DEL LENGUAJE EN LA EPOCA CLASICA

“La íntima unidad de palabra y cosa era al principio algo tan natural que el nombre verdadero se sentía como parte de su portador, e incluso cuando sustituía a éste era sentido como él mismo. Es significativo que en griego la expresión que significa ‘palabra’, **ónoma**, signifique al mismo tiempo nombre, y en particular nombre propio, esto es, apelativo. La palabra se entiende desde el nombre. Y el nombre es lo que es en vir-

tud de que alguien se llama así, y entiende por él. Pertenecce a su portador. La adecuación de un nombre se confirma en que su portador atiende por él. Parece en consecuencia que pertenece al ser mismo”.

(H. Georg Gadamer. **Verdad y método**. (trad. de Ana agud y Rafael de Agapito). Salamanca: Ed. Sígueme. 1984. p. 487).

Así inicia Hans-Georg Gadamer su reflexión en torno a las relaciones entre el lenguaje y el logos en su ya famoso libro **Verdad y método**, rescatando quizá una dimensión del lenguaje bastante olvidada en nuestra cultura, pero que aún insiste y persiste en el maravilloso mundo del lenguaje infantil en donde se conserva esa imbricación casi **mágica** entre las palabras y las cosas; o que aún vuelve a renovarse y a re-crearse en el decir del poema, bajo ese po-

der **mántico** del lenguaje que allí se pone en obra.

“La primera actitud del hombre ante el lenguaje —dice Octavio Paz— fue la confianza: el signo y el objeto representado eran lo mismo. La cultura era un doble del modelo; la fórmula ritual una reproducción de la realidad, capaz de re-engendrarla. Hablar era re-crear el objeto aludido. La exacta pronunciación de las palabras mágicas era una de las primeras condiciones de su eficacia. La necesidad de preservar el lenguaje sagrado explica el nacimiento de la gramática, en la India védica. Pero al cabo de los siglos los hombres advirtieron que entre las cosas y sus nombres se abría un abismo. Las ciencias del lenguaje conquistaron su autonomía apenas cesó la creencia en la identidad entre el objeto y su signo. La primera tarea del pensamiento consistió en fijar un significado preciso y único a los vocablos; y la gramática se convirtió en el primer peldaño de la lógica. Mas las palabras son rebeldes a la definición. Y todavía no cesa la batalla entre la ciencia y el lenguaje.

La historia del hombre podría reducirse a la de las relaciones entre las palabras y el pensamiento. Todo período de crisis se inicia o coincide con una crítica del lenguaje... Cosas y palabras se desangran por la misma herida. Todas las sociedades han atravesado por estas crisis de sus fundamentos que son, asimismo y sobre todo, crisis del sentido de ciertas palabras. Se olvida con frecuencia que como todas las otras creaciones humanas, los Imperios y los Estados están hechos de palabras: son hechos verbales. En el libro XIII de los **Ana-**

les, Tzu-Lu pregunta a Confucio: ‘Si el Duque de Wei te llamase para administrar su país, ¿cuál sería tu primera medida? El maestro dijo: la reforma del lenguaje’. No sabemos dónde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro”.

(Octavio Paz. **El arco y la lira**. Méjico: Fondo de Cultura Económica, 1983. P. 23).

Pues bien: la filosofía griega, aquella de la cual aún nosotros heredamos hoy horizontes de comprensión de la realidad, escalas jerárquicas de valuación de los haceres humanos y sobre todo regiones **delimitadas** de la reflexión teórica bajo la figura de disciplinas o saberes, esa filosofía griega “se inicia precisamente con el conocimiento de que la palabra es SOLO nombre, esto es, que NO REPRESENTA AL VERDADERO SER. Esta es la irrupción del preguntar filosófico dentro del dominio antes indiscutido del nombre. **Fe** en la palabra y dudas respecto a la palabra son lo que caracteriza la situación del problema bajo la cual consideraba el pensamiento de la ilustración griega la relación entre la palabra y la cosa”. (Gadamer, **op. cit.**, p. 487).

Pensar-filosofía y Lenguaje-Gramática, son pues dos identidades coexistentes que surgen al unísono como el suelo en el cual se instaurará la reflexión **esencial** respecto al pensamiento y la tematización **lógico-gramatical** respecto al lenguaje.

La figura de Platón cobra aquí toda su dimensión, no sólo porque es con él con quien se instaura una actitud en torno al conocer; no sólo porque es con él

con quien el lenguaje es sometido a los criterios de la exactitud o no respecto al pensamiento, sino y fundamentalmente porque con él se aclimata una forma de **comprensión del lenguaje** que nuestra cultura ha NATURALIZADO y que las diferentes concepciones teóricas en torno a él no han hecho más que re-crear. Utilizando las enseñanzas de la lingüística, podríamos decir que desde Platón estamos ante la presencia de una misma LENGUA (la suya), con diferentes HABLAS.

Sinteticemos al máximo este horizonte de comprensión para que ubiquemos el diálogo que queremos sostener con una de esas “hablas”: la(s) teoría(s) del lenguaje en la llamada época clásica.

Plantear ante el lenguaje la pregunta por su exactitud o no exactitud en el nombrar, implica una doble operación:

En primer lugar: que hayamos escindido la relación realidad/pensamiento, dándole a la primera la connotación de dato empírico (lo VISIBLE) y asignándole al segundo la condición de pensar **esencial**. (Lo INVISIBLE).

En segundo lugar: que consideremos en consecuencia el lenguaje como un INTERMEDIARIO entre ambos, con la función explícita de ser la DUPLICACION del pensamiento o de la realidad, bajo la figura de lo ENUNCIABLE.

O dicho de otra manera: entre lo VISIBLE y lo INVISIBLE, el lenguaje operará como lo ENUNCIABLE.

Al efecto de esta doble operación lo ha denominado Jacques Derridá el **logocentrismo** de nuestra cultura; o lo que es lo mismo, privilegio del **logos** ante el **grafos**, el **gramma**, y en consecuencia, SUBORDINACION del lenguaje (entendido como signo de...) al pensamiento (entendi-

do en consecuencia como "realidad pura").

La conversión de la palabra en signo y por consiguiente su abandono como EIXON, imagen, hace que el lenguaje tenga su ser en la "función de su EMPLEO y que su aptitud consista únicamente en ser un INDICADOR" (Gadamer, *op. cit.*, p. 496), borrando o tachando esa función OBJETIVA que podía tener como imagen y que le permitía ser juzgada más bien por sus grados de semejanza con su "original".

Esta conversión y este abandono, quedan confirmados con el "desplazamiento del conocimiento a la esfera inteligible, de manera que a partir de ese momento toda la reflexión sobre el lenguaje se monta no ya sobre el concepto de imagen (eixon) sino sobre el de signo (semeion o semainon). Esto no es sólo un cambio terminológico sino que expresa una decisión que hizo época en torno al pensamiento de lo que es el lenguaje. El que el verdadero ser de las cosas deba investigarse 'sin los nombres' quiere decir que en el ser propio de las palabras como tales no existe acceso alguno a la verdad, por mucho que cualquier buscar, preguntar, responder, enseñar y distinguir esté obligado a realizarse con los medios lingüísticos. Con esto queda dicho también que el pensamiento llega a eximirse a sí mismo del ser de las palabras —tomándolas como simples signos que dirigen la atención hacia lo designado, la idea, la cosa—, que la palabra queda en una relación enteramente secundaria con la cosa. Es un simple instrumento de la comunión, que extrae y presenta lo mentado en el medio de la voz. Y está en la consecuencia de todo ello el que un sis-

tema ideal de signos, cuyo sentido fuese la asignación unívoca de todos los signos, desenmascararía la fuerza de las palabras, el marco de variación de lo contingente inscrito en las lenguas históricas concretas, como mera distorsión de su utilidad". (Gadamer, *op. cit.*, p. 498).

Este es también el horizonte en el cual se moverá la concepción del lenguaje en la Época clásica, obviamente rescatando un "habla particular" y en ella también una voz particular, la de la Institución de Port-Royal, que es la que queremos indicar, al menos en tres líneas de reflexión que hemos privilegiado explícitamente:

—El lenguaje en la Época Clásica y el paradigma hombre-máquina.

—El desdoblamiento lengua enseñante-lengua enseñada.

—La palabra-signo y los cuatro esquemas teóricos que configuran su reflexión.

1. EL LENGUAJE EN LA EPOCA CLASICA Y EL PARADIGMA HOMBRE-MAQUINA

Con la sutileza que caracteriza el estilo cartesiano cuando las condiciones ideológicas así lo exigían, el **Discurso del método** introducía de esta forma el conjunto completo de una doctrina cuyos alcances iban más allá del debate propiamente filosófico:

"He intentado explicar las principales (verdades sacadas como consecuencias de ciertas leyes establecidas por Dios en la naturaleza) en un Tratado que algunas consideraciones de índole muy delicada me impedían publicar; no obstante diré sumariamente lo que este tratado contie-

ne... Decidí (en él) exponer con amplitud lo que yo creía cierto sobre la luz... ocupándome también de los cielos que la transmiten; de los planetas, de los cometas y de la tierra, que la hacen reflejarse; y en particular de los cuerpos que están en la superficie de la tierra, ya que son coloreados, transparentes o luminosos; y por fin, del hombre que es el espectador de todos ellos" ⁽¹⁾.

Este **Tratado del Mundo o de la Luz** aquí aludido debía haber aparecido hacia el año 1634; pero la condena de Galileo no sólo hizo retrasar su publicación sino también abandonar el desarrollo completo del proyecto en su conjunto. Hacia 1637 algunos de sus principales apartados aparecieron publicados anónimamente precedidos de una breve introducción explicativa con la fundamentación teórico-práctica que quería ponerse a prueba: **El Discurso del Método**. Otros no obstante quedaron simplemente enunciados en el resumen que de ellos hizo el **Discurso** y sólo aparecieron después casi en el mismo estado en el cual Descartes los había esbozado en su proyecto inicial.

Esta suerte la corrió el llamado **Tratado del hombre** cuya primera edición, en latín, fue realizada sólo en 1662 ⁽²⁾ y cuyos tres objetivos: "describir el cuerpo, describir el alma y finalmente mostrar cómo esas dos naturalezas deben estar unidas para dar lugar a la formación de hombres que sean semejantes a nosotros" ⁽³⁾, quedaron apenas como enunciados componentes del capítulo XVIII del **Tratado del Mundo**. En efecto, sólo la descripción del cuerpo se logró realizar, pues el tratado fue interrumpido cuando debía abordarse el tratamiento del alma.

No obstante la quinta parte del **Discurso del método** presen-

ta una excelente síntesis del conjunto de dicho tratado sobre el hombre, cuyo papel en el problema del lenguaje tuvo consecuencias más profundas de lo que parece, pues lo que allí trataba de estructurarse era una nueva concepción del hombre cuyas raíces se situaban consecuentemente en la nueva concepción mecánica de la naturaleza y el movimiento y que, como en la penumbra, sostendrían el debate en torno a la capacidad humana para construir signos.

“La industria —dice Descartes aquí en el **Discurso**— construye máquinas que se mueven empleando pocas piezas en comparación con la multitud de huesos, músculos, nervios, arterias, venas, etc. **Si consideramos el cuerpo como una máquina**, hemos de venir a la conclusión de que es mucho más ordenada que otra cualquiera y sus movimientos son más admirables que los de las máquinas inventadas por los hombres puesto que el cuerpo ha sido hecho por Dios” (4).

Si el cosmos no era más que una especie de gigantesco reloj del cual es posible conocer su mecanismo, no era de extrañar que Descartes elaborase explícitamente la misma figura como paradigma del hombre-máquina (o más exactamente del animal-máquina) para comprender la organización interna del ser vivo, sin tener que recurrir a un principio vital que así lo animase.

Ciertamente la figura no es nueva, pues ya Aristóteles la había utilizado; pero lo que sí ha cambiado en ella es tanto el tipo de máquina que sirve como elemento de comparación, cuanto el lugar que ocupan las explicaciones causales que del modelo propuesto se derivan.

“Cuando Descartes busca analogías para explicar el orga-

nismo por las máquinas —dice Georges Canguilhem— invoca autómatas de resorte, autómatas hidráulicos. El se vuelve en consecuencia tributario, intelectualmente hablando, de las formas de la técnica de su época, de la existencia de relojes, de molinos de agua, de fuentes artificiales, órganos, etc. Se puede pues decir que en tanto que el ser humano vivo o el animal ‘se pegue’ a la máquina, la explicación del organismo por la máquina no puede nacer. Esta explicación no puede concebirse sino el día en que el ingenio humano construya aparatos que imiten movimientos orgánicos, por ejemplo, el lanzamiento de un proyectil, el vaivén de una sierra, y cuya puesta en marcha no necesitan al hombre” (5).

El **Tratado del hombre** logró esto último. He aquí la descripción que hace del cuerpo:

“Supongo que el cuerpo no es otra cosa que una estatua o máquina de tierra a la que Dios da forma con el expreso propósito de que sea semejante a nosotros, de modo que no sólo confiere a la misma el color de su exterior y la forma de todos nuestros miembros, sino que también dispone en su interior todas las piezas requeridas para lograr que se mueva, coma, respire, y en resumen, imite todas las funciones que nos son propias, así como cuantas podemos imaginar que no provienen sino de la materia y que no dependen sino de la disposición de los órganos.

Conocemos relojes, fuentes artificiales, molinos y otras máquinas similares que habiendo sido realizadas por el hombre, sin embargo poseen la fuerza para moverse dentro de modos distintos en virtud de sus propios medios;

creo que no sería capaz de imaginar tanta diversidad de movimientos en ésta, que supongo construida por la mano de Dios, ni de atribuirle tal artificio, como que no tengáis motivo para pensar que pudiera ser aventajada por otra” (6).

Hay conceptos cuya justificación y cuyo papel en el interior de una teoría se definen no tanto por la forma como acotan un campo referencial específico, cuanto por la función operativa que desempeñan en la disposición de otros conceptos y de sus respectivos campos de referencia. Tal función la cumple este paradigma animal-máquina en los estudios sobre el lenguaje en la Época Clásica. En efecto, no deja de ser significativo el que su presencia se deslice por entre los debates en torno del lenguaje no necesariamente como tema de interés explícito en las diferentes obras y tratados, pero sí como punto en torno al cual se organiza la disposición interna de muchos de sus enunciados.

Intentemos mostrarlo:

Descartes mismo fue explícito en señalar cómo la teoría del hombre-máquina se insertaba en el marco de su “pienso luego existo”. A partir de ella fundamentó la radical diferencia entre cuerpo y alma, y con ella dio otro argumento más para la clásica distinción de esas dos sustancias, la **rex extensa** y la **rex cogitans**, de la cual se ocupó una de sus **Reglas para la dirección del espíritu** (7).

“Examinando las funciones que podían tener lugar en ese cuerpo —dice— observaba que eran las mismas que se verificaban en nosotros cuando no pensamos, cuando el alma —parte distinta del cuerpo— no contribuye con su actitud intelectual a la realización de esas funciones que son las mismas que hacen nos asemejemos a los

animales irracionales. En este supuesto, ninguna función de las que nos corresponden como hombres, encontraba en aquel cuerpo humano. En cambio encontraba todas las funciones racionales y las explicaba con perfecta lógica, si admitía la existencia de un alma racional, unida al cuerpo por Dios" (8).

Quien dice aquí alma, no piensa tanto un principio vital cuanto La Razón, o como lo expresa bellamente Canguilhem, "al no tener el alma sino una función que es el juicio, es imposible admitir un alma animal, puesto que no tenemos ningún signo de que los animales juzguen, incapaces como son de lenguaje y de invención" (9).

La preocupación cartesiana iba pues dirigida no tanto a dar una explicación anatomista del hombre cuanto a señalar la especificidad de ese "ser espectador de todos los fenómenos" en su condición de ser pensante:

"Quería mostrar —dice en el **Discurso**— que una máquina con los órganos y la figura exterior de un ser humano y que imitase nuestras acciones en lo que moralmente fuera posible, no podía ser considerada como un hombre; y para ello aducía dos consideraciones irrefutables. La primera era que nunca una máquina podía usar "palabras ni signos equivalentes a ellas, como hacemos nosotros para declarar nuestros pensamientos. Es posible concebir una máquina tan perfecta que profiera palabras a propósito de actos corporales que causen algún cambio en sus órganos... lo que no es posible es que hable contestando con sentido a todo lo que se diga en su presencia, como hacen los hombres menos inteligentes.

La segunda consideración era que aún en el caso de que

estos artefactos realizaran ciertos actos mejor que nosotros, obrarían no con conciencia de ellos sino como consecuencia de la disposición de los órganos... Por cualquiera de las consideraciones expuestas se puede conocer la diferencia que existe entre los animales y las bestias. No hay hombre, por estúpido que sea, que no coordine varios vocablos formando partes para expresar sus pensamientos, y ningún animal, por bien organizado que esté, por perfecto que sea, puede hacer lo mismo" (10).

Alma-cuerpo; razón-sinrazón; animal-hombre: He aquí los tres pares de oposiciones que a la luz del paradigma del hombre-máquina y más allá del campo específico en el cual tienen su eficacia, cumplirán en los estudios sobre el lenguaje la función operativa de la que hemos hablado. En efecto, en el intersticio que separa estas parejas de oposiciones, la época clásica pudo pensar el lenguaje.

Razón puede tener Noam Chomsky al intentar describir como "lingüística cartesiana" aquella "constelación de ideas e intereses que aparecen en la tradición de la 'Gramática Universal' o 'filosófica' que se desarrolla a partir de la **Grammaire Générale et raisonnée** de Port Royal (1660); en la lingüística general que se desarrolló durante el período romántico y sus consecuencias inmediatas; y en la filosofía racionalista de la mente que, en parte, constituye para ambas un fondo común" (11).

Razón puede tener también la dura réplica hecha a este trabajo por el Profesor Aarsleff cuando sitúa en Locke y no en Descartes la perspectiva abierta para los estudios sobre el lenguaje básicamente a lo largo del siglo XVIII (12).

Ambas argumentaciones, antagónicas por cierto, polarizan en una de estas perspectivas los dos caminos que desarrollaron en forma explícita estos estudios sobre el lenguaje y cuyo recorrido puede seguirse en forma evidente.

Pero lo que no deja de sorprender es el hecho de que, más allá de las elecciones temáticas que aquí se ponen en juego, el racionalismo francés, el empirismo inglés y los desarrollos que de ellos se hicieron en torno al problema del lenguaje, construyen sus argumentaciones al lado de este paradigma del hombre-máquina. Señalemos algunos ejemplos de lo aquí dicho:

Locke, Berkeley, Hobbes, Fontenelle, D'Alembert, La Mettrie, Rousseau, Smith, para mencionar unos cuantos, gustan como Descartes (y ello a pesar de la divergencia de sus empresas teóricas), de la utilización de la metáfora del reloj, justo en el momento en el cual están situando en el hombre la capacidad de representar sus pensamientos por medio del lenguaje (13).

La **Logique** de Port-Royal, al caracterizar el concebir como la primera acción del espíritu, avalla en toda su dimensión la separación entre la *res extensa* y la *res cogitans*, con el propósito de explicar la distinción entre los modos y las sustancias (14). Por su parte Locke, Berkeley, o incluso La Mettrie, al querer señalar más bien la génesis del pensamiento y de su expresión, centran la discusión en torno al dualismo alma-cuerpo: Si Locke y Berkeley lo aceptan estableciendo no obstante una estricta secuencia entre ambos polos (15), La Mettrie puede por su parte rechazarlo rotundamente, ya sea para mostrar cómo "los diversos estados del alma son siempre correlativos a los del cuerpo", ya sea para postular al pensamien-

to como consecuencia de la particular organización del cerebro ⁽¹⁶⁾.

En fin, también Leibniz, Du Marsais, o Condillac, matizando a su manera esas polaridades, hicieron de ellas los soportes de la argumentación sobre el lenguaje ⁽¹⁷⁾.

Hemos insistido en el marco de aparición de este paradigma porque si efectivamente el **Tra-tado del hombre** (obra en la cual se debía desarrollar) apareció sólo dos años después de publicada la **Grammaire générale et raisonnée** de Port Royal, la síntesis de su contenido que ya había presentado la quinta parte del **Discurso del método** era más que suficiente para comprender el peso real que tuvo en el problema del lenguaje.

No se encuentra en la época un sólo planteamiento del lenguaje que no sindique la separación hombre-animal y su correspondiente par razón-sinrazón, con la existencia del lenguaje. O más expresamente: si podemos decir que el lenguaje en sentido estricto no existe, es porque su razón de ser está en marcar visiblemente esta diferencia.

Así lo dice expresamente Locke: "Si existe alguna duda sobre si los animales irracionales pueden, hasta cierto punto, componer y de esa manera ampliar las ideas, en esto me parece que puede ser tajante: carecen totalmente del poder de abstracción y es la posesión de ideas generales lo que establece la diferencia completa entre el hombre y los brutos... pues es evidente que no se puede vislumbrar en ellos ninguna huella de que empleen signos generales para expresar ideas universales" ⁽¹⁸⁾.

Poco importa incluso que se reconozca como lo hacen Rousseau, Beauzée, La Mettrie, Gé-

belin, o de Tracy un "lenguaje natural" en los animales. Lo que allí se piensa bajo dicho término sólo es la exteriorización de un comportamiento instintivo en el cual no aparece la voluntad expresa de representar un pensamiento.

"Cada una de las lenguas —dice Beauzée en el artículo **Langue** de **L'Encyclopédie**— que el hombre habla, provee expresiones al lenguaje del corazón y al del espíritu. El lenguaje de los animales parece no tener por objeto más que las sensaciones interiores, y es por esto que es invariable como su manera de sentir" ⁽¹⁹⁾.

La argumentación rouseauniana es aún más clara: "Sea como fuere —dice— dado que todas estas lenguas (de los animales) son naturales, no pueden ser adquiridas. Los animales que las hablan las poseen al nacer, todos las poseen y en todas partes es la misma; no la cambian ni hacen el más mínimo progreso. La lengua convencional sólo pertenece al hombre y por eso éste hace progresos ya sea para bien o para mal, al contrario de los animales. Esta única distinción parece llevarnos lejos: algunos pretenden explicarla por la diferencia de los órganos. Siento curiosidad por conocer esta explicación" ⁽²⁰⁾.

El puesto del lenguaje está pues claramente definido: Si él hace evidente la distancia que separa al animal del hombre, su tratamiento deberá resaltar la función precisa que desempeña en el marcaje de esta diferencia.

Pero aún hay otro efecto atribuible sin lugar a dudas a este mismo paradigma. Mencionémoslo:

En uno de los más bellos comentarios hechos en torno al **Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha**, Michel Foucault

definió así la grandiosidad de esta obra:

"Don Quijote es la primera de las obras modernas ya que se ve en ella la razón cruel de las identidades y de las diferencias jugar al infinito con los signos y las similitudes; porque en ella el lenguaje rompe su viejo parentesco con las cosas para penetrar en esta soberanía solitaria de la que no saldrá, en su ser abrupto, sino convertido en literatura; porque la semejanza entra allí en una época que es para ella la de la sin razón y la de la imaginación. Una vez desatados la similitud y los signos, pueden constituirse dos experiencias y dos personajes pueden aparecer frente a frente: el loco... y el poeta" ⁽²¹⁾.

La misma experiencia sobre el lenguaje puesta aquí de presente en el ámbito de esta obra literaria, parece cruzar en sus más diversas modalidades el ámbito de los enunciados sobre el lenguaje en la Época clásica. La locura, el sueño y hasta la imbecilidad, dejaron de ser temas excluidos por una doctrina Gramatical que en aras de una normatividad inherente a su proyecto, demarcaba con precisión su dominio frente a los barbarismos y solecismos; e ingresaron sin problema al ámbito de los estudios del lenguaje como una experiencia que podía incluso ser explicada desde el análisis de la razón. Al fin y al cabo, fenómenos de lenguaje también, expresaban formas de representación que era factible comprender y analizar: Inadecuación entre un razonamiento y su expresión —como puede acontecer en la locura—; incoherencia en el orden de las ideas que buscan formas de manifestarse, como en el sueño; retraso individual o a veces colectivo en el desarrollo de la representación, como el que se observa en los idiotas,

o "en los pueblos del Nuevo Continente" ⁽²²⁾, como lo expresa Condillac en sus **Ensayos sobre el origen de los conocimientos humanos**.

Y con el mismo derecho con el cual estas experiencias son objeto de reflexión en los estudios sobre el lenguaje, la segunda mitad del siglo XVIII vio florecer la preocupación por formas de expresión propias de los ciegos, los sordos y los mudos. El Abate L'Épée y Diderot, hicieron de dichos lenguajes el tema de sus trabajos teórico-prácticos ⁽²³⁾ y Condillac y Court de Gebelin convirtieron al "lenguaje de acción" en la vía alterna para explicar la construcción de esos lenguajes especiales ⁽²⁴⁾.

Hemos intentado hasta ahora ubicar el puesto que la época clásica asignó al lenguaje. El paradigma del hombre-máquina y las consecuencias que de él se desprenden, nos han servido para ubicar el espacio de aparición y disposición de los enunciados en torno al mismo. Nos resta ahora vislumbrar cómo a partir de aquí pudo pensarse en él.

Uno de los capítulos más interesantes del **Curso de lingüística general** es aquel en el cual Ferdinand de Saussure logra delimitar el objeto de análisis de la lingüística: la lengua. Con ello logró precisar no sólo una perspectiva precisa en su estudio —la semiología—, sino también ubicar una serie de aspectos colaterales al fenómeno propiamente lingüístico, cuya pertinencia corresponde a otros ámbitos teóricos.

Hablando con propiedad, tampoco la lengua así entendida, fue la preocupación de los estudios sobre el lenguaje en la época clásica. Inseparable del pensamiento, aunque no confundido con él, la facultad de construir signos —en este caso ver-

bales— sólo puede comprenderse como efecto del análisis del pensamiento.

El lenguaje NO ES. ANALIZA. Así lo estipula claramente la **Grammaire de Port Royal**: "Por esto es por lo cual —dice— no se puede comprender bien las diversas clases de significaciones que están comprendidas en las palabras, que no se ha comprendido antes aquello que pasa en nuestros pensamientos, puesto que las palabras no han sido inventadas más que para hacerlos conocer" ⁽²⁵⁾.

Sea que con las palabras, "señales exteriores de nuestras ideas interiores", expresamos ideas universales ⁽²⁶⁾; o sea que con ellas "transformemos nuestro discurso mental en verbal" ⁽²⁷⁾, el hecho cierto es que, como dice Condillac, "hemos reconocido que nuestros pensamientos son naturalmente cuadros confusos, en los cuales no distinguimos las partes hasta tanto no aprendamos el arte de hacer suceder, con orden, ideas que se nos ofrecen para su ensamblaje. Este arte ha comenzado con las lenguas, y como ellas, se ha perfeccionado lentamente" ⁽²⁸⁾.

Puesto que analiza, el lenguaje —o ahora sí, el sistema de las lenguas, como dice Condillac— debe pues ser formado sobre aquel sistema que ofrecen nuestros pensamientos ⁽²⁹⁾, al menos en esta construcción analítica, como la denomina el artículo **Grammaire** en **L'Encyclopédie**: "Las palabras están colocadas en el mismo orden en que se presentan las ideas al espíritu en el análisis del pensamiento" ⁽³⁰⁾.

En el Discurso preliminar de la Enciclopedia señalaba D'Alembert cómo "la ciencia de la comunicación de las ideas no se limita a poner orden en las ideas (sino que) debe también ense-

ñar a expresar cada idea de la manera más clara posible y por consiguiente a perfeccionar los signos destinados a expresarla" ⁽³¹⁾.

Era lógico: lo que la época había resaltado hasta la saciedad era no sólo la primacía del pensamiento, sino su forma simultánea de representar ⁽³²⁾. De allí que su manifestación sensible en signos que lo representasen tenía razón de ser en tanto permitiese analizar en forma sucesiva las operaciones simultáneas que en él se realizaban.

Se comprende ahora por qué debía aparecer el lenguaje como un acto deliberado de un sujeto que se da una representación de sus ideas ⁽³³⁾. "Tan pronto como un hombre es reconocido por otro como un ser que siente, que piensa, semejante a él —dice Rousseau—, el deseo o la necesidad de comunicarle sus sentimientos y sus pensamientos lo llevan a buscar medios para lograrlo. Esos medios sólo pueden provenir de los sentidos, los únicos instrumentos con los cuales un hombre puede actuar sobre otro. Así se instituyen los signos sensibles para expresar el pensamiento. Los inventores del lenguaje no hicieron este razonamiento, pero el instinto les sugirió su consecuencia" ⁽³⁴⁾.

Es posible que la continua referencia a la función comunicativa del lenguaje en estos textos haga de ella uno de los rasgos fundamentales del hecho lingüístico puesto de relieve en esta época. No es de extrañar, máxime cuando puede mostrarse cómo tal función ocupó el lugar privilegiado que hasta el Renacimiento tuvo la función referencial en el lenguaje. Poco importan a su vez por ahora estas referencias aparentemente ambiguas a sistemas de signos de naturaleza muy diversa, o a estas continuas distinciones de

lenguajes diferentes. Lo que sí es necesario recalcar es que tanto la función comunicativa como estas ambigüedades y distinciones no son más que el efecto de superficie de la consideración del lenguaje como ordenación analítica del pensamiento.

El paradigma del hombre-máquina y la distinción entre el animal y el hombre que de él se derivan, permitieron pues en el proyecto gramatical que se desarrolló de Port Royal a Delormel, o al Abate Sicard, privilegiar monolíticamente en el lenguaje esta forma reflexiva que hizo de él una representación duplicada.

Y fue necesario que dicho paradigma fuese puesto en tela de juicio para que aflorase al menos la posibilidad de otra consideración distinta en torno al lenguaje.

No en vano Herder, al querer oponer a esta tarea reflexiva la **forma orgánica** de la lengua, tuvo que dedicar la primera parte de su **Ensayo sobre el origen del lenguaje** a una crítica a fondo de este paradigma y de sus consecuentes polaridades.

2. EL DESDOBLAMIENTO LENGUA ENSEÑANTE- LENGUA ENSEÑADA.

"El calvinismo —dice Voltaire— debía necesariamente producir guerras civiles y sacudir los cimientos de los Estados. El Jansenismo sólo podía producir querellas teológicas y guerras de pluma, ya que una vez rotos por los reformadores del siglo XVI todos los lazos con los que la Iglesia Romana mantenía atados a los hombres, considerado como idolatría lo que tenía de más sagrado, y abierto las puertas de sus claustros y

puestos sus tesoros en manos de los seglares, era preciso que uno de los dos partidos pereciera a manos del otro. En efecto, en ningún país la religión de Calvino y de Lutero apareció sin provocar persecuciones y guerras. Pero como no atacaron en lo más mínimo a la Iglesia, no discutieron los dogmas fundamentales ni amenazaron los bienes, y escribieron sobre cuestiones abstractas, unas veces contra los reformadores, otras contra las constituciones de los Papas, los Jansenistas no tuvieron prestigio en ninguna parte; y han terminado por ver a su secta despreciada en casi toda Europa, aunque haya tenido algunos partidarios muy respetables por su talento y por sus costumbres" ⁽³⁵⁾.

Y como Voltaire, el debate religioso suscitado por el enfrentamiento de tesis teológicas opuestas en torno a la gracia y a la predestinación parece haber acaparado la atención de la mayoría de los historiadores que han visto en dicho acontecimiento la causa del antagonismo surgido entre los Jesuitas y la secta Jansenista anclada en Port Royal, durante la casi totalidad del siglo XVII.

El hecho de que esta institución de Por-Royal hubiese aparecido rodeada de un acontecimiento llamativo como éste y en plena época de reformas y contrarreformas religiosas, es lo que explica no sólo la caracterización que se hizo de su movimiento sino también las fuertes medidas de coartación que contra él se tomaron y que encontraron en esta "salvaguarda de la integridad institucional de la Iglesia" su más descarnada legitimación.

Pero más allá de este efecto evidente y de hecho focalmente ruidoso, lo que Port-Royal estaba consolidando era una lenta trans-

formación intelectual cuyos alcances sobrepasaban el ámbito religioso:

La apertura de las famosas "Petites Ecoles" en los campos aledaños al Monasterio y la prolífica publicación de obras pedagógicas, morales y científico-literarias, así lo corroboran.

El propósito era claro: se trataba de una oposición decidida contra los desórdenes ya evidentes en muchos de los Monasterios de la época, amparados en un aparato eclesial cada vez menos espiritual pero más intransigente y de una lucha frontal contra la mediocridad intelectual que había anquilosado a instituciones de enseñanza como la Universidad, y que excluía por todos los medios los nuevos caminos abiertos por la ciencia moderna.

Ello explica por qué Port-Royal fue reputado por la severidad con la cual hizo respetar sus reglas monacales, y fue temido por las nuevas formas que quería dar a la enseñanza. Y si pudo polarizar en torno a sus tesis a los Obispos de París, la seriedad de sus debates dividieron también a "todos cuantos se preciaban de razones" en la institución universitaria ⁽³⁶⁾.

Este hecho aparentemente tan simple y tan restringido adquiere sin embargo otra dimensión si se tiene en cuenta lo que aquí se estaba consolidando. En efecto: al observar con detenimiento una distribución geográfica de los Colegios Jesuitas en Europa a mediados del siglo XVII puede constatarse cómo desde la península Ibérica hasta el Reino de Polonia en los límites con el Imperio ruso, difícilmente se encuentra ciudad o Provincia en las cuales la presencia de la enseñanza jesuita no se haga manifiesta. Un control tal del aparato escolar debía engendrar mecanismos tan precisos de fun-

cionamiento, que cualquier propuesta que intentase modificar los sistemas de enseñanza imperantes —y de ellos es un buen ejemplo Port-Royal—, debía ser puesta en tela de juicio.

De hecho sólo en los últimos decenios del siglo, cuando los nuevos caminos abiertos por la ciencia habían ya consolidado un trabajo que poco a poco se imponía, este modelo pedagógico de los jesuitas, anclado en una tradición institucional ya ancestral, iría a aceptar —como lo hizo por ejemplo en Francia— “darle un lugar preeminente a las matemáticas, al lado del latín, y renunciar sin drama, en la práctica, a la física de Aristóteles”⁽³⁷⁾.

No fue ciertamente Port-Royal la única fuerza alterna; pero sí fue la labor desarrollada por algunos de sus miembros la que logró consolidar teóricamente uno de los nuevos fundamentos en los cuales debía sostenerse la puesta en obra del pensamiento moderno, y cuyos efectos en el ámbito de los estudios del lenguaje debían producir una modificación de plano en las formas enunciativas de su proyecto: nos referimos al desplazamiento que sufrió el latín como lengua “vehicular” por excelencia de toda forma de conocimiento y de cultura, y a la consecuente emergencia de las llamadas “lenguas vulgares” como instrumentos paralelos de transmisión del saber.

Salvo las consideraciones de tipo sociológico que se han dado a este acontecimiento y que han rescatado en él generalmente el contexto de las luchas ideológicas que afectaron la hegemonía cultural de una Institución como la Iglesia, el desplazamiento del latín en la Europa de fines del siglo XVI y comienzos del XVII ha sido un tema relegado casi al olvido en los estudios propiamente lingüísticos, o

cuando más encasillado dentro de los trabajos dedicados al análisis comparado de las lenguas.

Pero bien vale la pena examinar con más detalle este hecho pues ciertamente las funciones que una lengua cumple en un contexto socio-cultural determinado configuran una red de relaciones muy precisas de ella con otras lenguas y con factores de tipo social cuya incidencia toca de raíz el funcionamiento mismo del lenguaje⁽³⁸⁾. Modificadas dichas funciones, aparece otro espacio de relaciones y por ende otras formas de funcionamiento.

Tal fue lo que aconteció con la lengua latina. En efecto; además de los cambios acaecidos en torno a la utilización alterna de otras lenguas para la escritura de las obras científicas, los estudios temáticos y los análisis estadísticos de las composiciones de las Bibliotecas muestran una lenta transformación en los volúmenes impresos cuyos datos son bastante significativos.

Con razón la obligación del latín, aún celosamente conservado y cultivado a comienzos del siglo XVIII en el Collège Royal, es mirado como un “signo de arcaísmo”⁽³⁹⁾, pues los progresos registrados en la mayoría de las ramas del saber habían modificado de tal manera la cultura científica, que impusieron la necesidad de reducir el tiempo consagrado a las lenguas muertas, en provecho de las “nuevas ciencias”; o lo que es lo mismo, exigían la modificación de las funciones asignadas socio-culturalmente a las diversas lenguas y construían por ende otro espacio de relaciones entre ellas:

Las lenguas “vivientes”, término con el cual se designan aquellas lenguas efectivamente habladas en el territorio europeo, empezaron así a funcionar

como verdaderas lenguas vehiculares del saber, desplazando a las lenguas “muertas” (el hebreo, el griego y fundamentalmente el latín) al espacio de las lenguas referenciales de un centro cultural cuya preocupación iría a estar ahora fundamentalmente bajo el cuidado “filológico” del estudio crítico de sus textos clásicos.

Este desplazamiento interlingüístico localizado en medio de un siglo convulsionado por profundas reformas religiosas, políticas, sociales y científicas, y acompañado la mayoría de las veces de fuerte debate y luchas ideológicas cuyas consecuencias sobrepasan la confrontación propiamente teórica, debía producir también un vuelco en los estudios sobre el lenguaje.

Fue ciertamente Port Royal una de las primeras instituciones en materializar en los estudios sobre el lenguaje estas reformas; pero no fue la única: a partir del último tercio del siglo XVII y durante casi todo el siglo de las luces, ellas ocuparon un puesto privilegiado en los estudios sobre el lenguaje. He aquí un testimonio evidente: El **Discurso preliminar de la Enciclopedia** sintetizada así este nuevo espacio de las relaciones interlingüísticas construido sobre la crítica acérrima al prejuicio de los eruditos latinistas de fines del XVI:

“Se comenzó a advertir que lo bello no perdería nada estando escrito en lengua vulgar; que incluso ganaría la ventaja de llegar fácilmente a la generalidad de los hombres y que no había ningún mérito en decir cosas comunes o ridículas en ninguna lengua, fuera la que fuera, y menos aún en las que peor se debían hablar. Los hombres de letras pensaron, pues, en perfeccionar las lenguas vulgares y comenzaron por decir en estas len-

guas lo que los antiguos habían dicho en las suyas" (40).

Tal equivalencia lingüística puesta de presente ahora resulta incomprensible si no se tiene en cuenta el nuevo espacio abierto ahora para la comprensión del lenguaje: en tanto representación del pensamiento, cualquier lengua particular tiene, de derecho, los mismos instrumentos (caracteres) apropiados para ello; aunque de hecho, las formas como pueda realizar esta operación representativa varíen de acuerdo a los modos de organizarla espacialmente (construcción, sintaxis, arreglo o disposición), o por causa de factores externos (como el clima, las costumbres, las migraciones, las guerras, etc.) que la hacen más o menos apropiada para tal fin.

No es el latín el punto análogo por excelencia en los estudios gramaticales, ni su particularidad reside en ser modelo de ordenamiento de los elementos que componen el lenguaje: una lengua entre otras, participa como todas ellas de los mismos principios y de las mismas prerrogativas, a pesar de que su consideración como una de las lenguas no habladas exija un tipo de análisis diferente al de las lenguas llamadas "vivientes". Una vez comprendida la forma de funcionamiento de la lengua materna a través de la explicitación de su Gramática, podía intentarse la comprensión de otra lengua como la latina cuya forma de funcionamiento difería ciertamente de la primera.

Si la Gramática General pudo entonces distinguir tan claramente entre la lengua materna y la lengua por aprender; o lo que viene a la postre a ser lo mismo, entre lengua enseñante y lengua enseñada, era porque entre ellas era posible detectar ahora una diferencia de nivel y

de funcionamiento antes imperceptible y cuya explicitación se hacía necesario enunciar.

En efecto la primera distinción señala la diferencia que se encuentra entre la gramática entendida como el orden inmanente propio de cada lengua (el arte de hablar), y la gramática entendida como el discurso analítico de ese orden (o fundamentos del arte de hablar); en tanto que la segunda, asigna a la lengua enseñada el papel de **manifestar** las reglas que la lengua enseñante debería **enunciar** en sus fundamentos.

Semejantes distinciones no tendrían efectivamente la importancia que aquí les estamos dando si no fuera porque con ellas se instauraba una nueva red de relaciones entre la lógica y la gramática cuyos hilos definirían a la postre este otro espacio enunciativo al cual hemos venido haciendo referencia:

Port Royal acompaña la **Grammaire générale et raisonnée** de la **logique ou l'art de penser**, y sus autores advierten incluso, en 1664, cómo esta última "puede en mayor grado servir para esclarecer y probar varias nociones" que ya habían sido expuestas en la primera (41). Locke, Hume, Leibniz y Berkeley, insertan las consideraciones sobre el lenguaje dentro de sus trabajos referidos a la lógica. Du Marsais compagina su **Logique** con los **Principes de grammaire**. Condillac elabora bajo el mismo proyecto sus Ensayos sobre el origen de los conocimientos humanos y sus principios de gramática. En fin, De Tracy las expone una tras de otra en sus **Elemens d'ideologie**.

Los vínculos son claros, pero no por ello evidentes como para aseverar que el proyecto de la Gramática General asimile sus intereses a los de la lógica: La Gramática General reivindica

una lógica en el lenguaje; pero no reduce el lenguaje al espacio de la logicidad. Así lo señala por ejemplo D'Alembert cuando después de considerar a la lógica como el "arte que enseña a poner las ideas en el orden más natural", describe de esta manera la Gramática:

"Finalmente reduciendo el uso de las palabras a preceptos, se ha formado la Gramática que puede considerarse como una de las ramas de la lógica. Iluminada por una metafísica sutil y penetrante, dilucida los matices de las ideas, enseña a distinguir estos matices con signos diferentes, da reglas para hacer de estos signos el uso más convincente, descubre muchas veces, por ese espíritu filosófico que se remonta a las fuentes de todo, las razones de la elección, extraña en apariencia, que hace preferir un signo a otro, y sólo deja en fin a ese capricho nacional que se llama uso lo que no puede de ninguna manera quitarle" (42).

Ciertamente la Gramática General gusta utilizar términos lógicos, sobre todo cuando examina las partes de la oración, oscilando incluso a veces en sus análisis, entre las categorías lógicas y las categorías propiamente verbales de su estudio. Pero como ya lo hemos mencionado, bajo dichos conceptos no puede hallarse sin más un logicismo implícito en sus planteamientos: el hecho de que la proposición, el juicio o la oración aparezcan la mayoría de las veces alternando su aparición con el concepto de "discurso" es una buena prueba de ello.

En el cuidadoso trabajo sobre "logicismo y antilogicismo en la Gramática", el profesor Eugenio Coseriu ha logrado precisar así los cuatro errores fundamentales del logicismo gramatical:

—"Considerar el lenguaje como un objeto de naturaleza lógi-

ca; mejor dicho como producto del pensamiento lógico".

—"Colocar la 'lógicidad' (= semántica) en el 'sistema', en la lengua abstracta".

—"Confundir lo lógico (= semántico) y lo ontológico; es decir... los significados y las cosas significadas".

—"Pretender encontrar las mismas categorías —el mismo 'pensamiento' lógico— en todas las lenguas" (43).

Si se miran con detenimiento los ejes directores del Proyecto de la Gramática General puede constatar que ninguna de tales confusiones es avalada como punto de partida para la Gramática y que sólo en casos muy específicos y muy locales —referidos en su mayoría al análisis de las partes del discurso— pueden detectarse efectos particulares de los mismos.

El arte de hablar responde a una lógica: la de sus reglas de composición. El saber sobre dicho arte responde también a otra lógica: la de su forma expositiva. Mas ambas lógicas ni son idénticas ni se subsumen una en otra. Y si la primera expresa el orden inmanente a toda "palabra enunciada", a la segunda le corresponde definir "esta regularidad de una lengua que no es ni su ideal, ni su mejor uso, ni el límite que el buen gusto le permitiría franquear, sino la forma y la ley interior que le permiten simplemente ser la lengua que ella es" (44).

Un tal desdoblamiento no existe en el dominio de la lógica propiamente dicha: en relación al arte natural de pensar, objeto de su reflexión, la ciencia de la lógica es "una luz que nos permite conocernos a nosotros mismos y estar seguros que pensamos como pensamos. Ella muestra aquello que es verdaderamente el pensamiento y, en con-

secuencia, aquello que es el pensamiento verdadero. Su tarea es puramente **reflexiva**" (45).

Por el contrario la tarea de la Gramática es otra: no bastando con esclarecer mediante una simple reflexión las reglas que constituyen el arte de hablar, la Gramática General debe justificar su razón de ser y mostrar los mecanismos de su funcionamiento. Por ello entre este arte de hablar y la disciplina que establece sus fundamentos, se establece más bien una relación de **explicación**.

O digámoslo escuetamente: si en la lógica las reglas y los fundamentos del arte de pensar son una y la misma cosa, para la Gramática estarán en niveles diferentes.

Por eso la práctica pedagógica que había empezado a privilegiar en la lengua materna su función de lengua enseñante y que la había erigido en consecuencia como lengua "vehicular" de los "fundamentos del arte de hablar", estaba en el fondo era transformando aquel espacio que agrupaba a la Gramática, la Lógica y la Retórica dentro de las artes liberales del Trivium:

No hay ya lengua alguna que goce del privilegio de ser modelo gramatical por excelencia; ahora toda lengua posee un orden inmanente gracias al cual funciona como un verdadero arte de hablar.

No es ya el latín, el único medio para poner en obra la "ciencia"; la lengua vernácula puede cumplir exactamente la misma función (46).

Se comprende ahora por qué razón cualquier lengua podía constituirse en vehículo apropiado para la escritura de la Gramática General: al fin y al cabo el manejo inmanente de las reglas de la lengua vernacular era

razón más que suficiente para proferirlas en canal enunciativo de los "fundamentos del arte de hablar".

3. LA "PALABRA-SIGNO" Y LOS CUATRO ESQUEMAS TEORICOS

Es tan llamativa en los estudios sobre el lenguaje la reiterada referencia al ámbito de la pintura que bien vale la pena al menos constatar ese juego analógico establecido entre el acto de pintar y el de proferir palabras. Dos ejemplos extremos:

Privilegiando la función denotativa y el consecuente criterio de validez implícito en ella, gustaba ya Platón de utilizar en su tratado sobre **La República** al lenguaje como argumento explicativo para resaltar el carácter puramente imitativo de la pintura y excluir en consecuencia de la conformación de la Ciudad Griega a estos "imitadores de apariencias"; e, invirtiendo el orden de implicación entre ambos, prefería valerse más bien del arte del pintor que del raciocinio del lógico como punto de referencia para discernir por analogía con él la exactitud o no de las palabras. Y buscando modelos analógicos de comprensión y análisis, la producción pictórica contemporánea y sobre todo la reflexión hecha sobre ella no dejan de reivindicar en las diferentes teorías lingüísticas de nuestro siglo un modelo constructivo para dicha actividad o una fundamentación teórica sólida de su análisis crítico.

La época clásica no debía ser la excepción, máxime cuando ambas actividades definían en ella su razón de ser en torno a un lugar común: La representación.

Si la pintura representa la realidad como el lenguaje repre-

senta al pensamiento, es porque ambos ponen en obra el acto deliberado de un sujeto que construye signos para tales fines. Y si la primera lograba conformar el "lenguaje de la sensibilidad" que la estética clásica estructuró como efecto artístico por excelencia, el segundo lograba construir una suerte de "cuadro" cuyo original era el pensamiento ^(46A) y cuya forma de operar debía explicitarla la Gramática General.

Mas a diferencia de los casos antes mencionados, la analogía tocaba ahora de raíz la esencia misma del lenguaje al servir como forma de comprensión de su elemento fundamental: el signo. En efecto, no son la palabra ni el gesto, ni el símbolo, los ejemplos más evidentes de él; la representación gráfica o espacial—designada bajo los nombres de cuadro, pintura, mapa o dibujo— permiten comprender mejor su forma de funcionamiento y definen más escuetamente su composición interna.

He aquí uno de los más significativos testimonios:

"Cuando uno considera un objeto en sí mismo—dice la **Logique** de Port Royal— y en su propio ser, sin importar la vista del espíritu a aquello que él puede representar, la idea que uno tiene de él es una idea de cosa, como la idea de la tierra, del sol. Pero cuando uno no mira un cierto objeto más que como representando otro, la idea que uno tiene de él es una idea de signo, y este primer objeto se llama signo. Es así como uno mira ordinariamente los mapas y los cuadros. Así, el signo encierra dos ideas, una, la de la cosa que representa, otra, la de la cosa representada, y su naturaleza consiste en excitar la segunda por medio de la primera" ⁽⁴⁷⁾.

Representación de una representación y semejante al cuadro,

o al mapa cuyo contenido no es más que lo que representa y que sólo aparece por una representación, el objeto del signo deberá pues ser sustituible y equivalente a la idea del objeto significado. Con razón es lo que es por esta capacidad de desdoblamiento que posee y gracias a la cual se constituye en el punto nodal del análisis del lenguaje.

Abandonemos la analogía y examinemos más de cerca lo que ella estaba explicitando:

La descripción minuciosa que realizaron los lógicos de Port Royal sobre el signo es quizá no sólo la mejor comprensión que puede encontrarse de él a lo largo de la época clásica sino también la síntesis más clara de su forma de constitución interna. Y no sería exagerado afirmar que la mayoría de los trabajos sobre el lenguaje a los que hemos venido haciendo referencia no hacen más que ampliar o afinar, de acuerdo a los intereses particulares de sus análisis, este cuadro descriptivo. Veamos: Si el signo encierra dos ideas, una la de la cosa representativa y otra la de la cosa representada y su naturaleza consiste en excitar la segunda por medio de la primera, pueden con toda propiedad distinguirse tres variables que a la postre definen su conformación interna.

Necesarios o probables, los signos pueden diferenciarse **según la certidumbre de su enlace con el elemento significado**, dado que su capacidad significativa depende ahora del acto interno del conocimiento. Como efecto de él, sólo se constituyen cuando existe la posibilidad de establecer relaciones entre elementos ya conocidos, y a partir de él habrá de tomar su grado de certeza o su escueta condición de probabilidad.

Cuando Hobbes, Hume o Berkeley hablaban indistintamente

de indicios, señales o signos, al examinar las formas asumidas por las relaciones causales entre las ideas ⁽⁴⁸⁾, o cuando Condillac distinguía los signos accidentales de los naturales y de los de institución al analizar la forma como ellos recordaban la imaginación, la contemplación y la memoria ⁽⁴⁹⁾, no hacían más que señalar esta pertenencia del signo al acto mismo del conocimiento. Acotado así el espacio en que podían desplegarse, su existencia cierta o probable dependería ahora de la función representativa asignada a ellos por el pensamiento.

Existe una segunda variable: según sea **el tipo de enlace del signo con lo que significa**. Parte de la cosa designada o realidad totalmente separada de ella, esta estratificación del signo sólo pone de presente un hecho: para poder funcionar como tal, el signo "debe estar a la vez insertado en lo que significa y ser distinto de ello. En efecto, para que el signo sea lo que es ha sido necesario que se diera al conocimiento al mismo tiempo que lo que significa" ⁽⁵⁰⁾.

Es significativo que un autor como Locke designe con el nombre de 'Semiotiké' a la que él considera la tercera rama del saber a cuyo cuidado debía estar la consideración de la "naturaleza de los signos de los que la mente hace uso para la comprensión de las cosas o para comunicar su conocimiento a los demás" ⁽⁵¹⁾. Como médico que fue, tenía por qué saber que la medicina griega designaba con el mismo término la observación de los síntomas que permiten identificar la enfermedad. Y así como el descubrimiento de esta última es inseparable del análisis y reconocimiento de los primeros, así también la constitución de los signos se revelaba inseparable del análisis que los instauraba.

Porque el conocimiento analiza, puede darse signos que lo representen. Y porque ellos existen, puede el pensamiento desarrollar su actividad.

Existe por último otra variable posible. Según sea **el origen del enlace con la cosa designada**, pueden existir a su vez dos clases de signos: signos naturales frente a signos de institución, diferencia ésta que no marca más que la distinta conformación del elemento significante respecto al elemento significado: en el primer caso el elemento significante es tomado de la naturaleza de las cosas y constituido como signo por el pensamiento; en el segundo dicho elemento es elegido arbitrariamente y de esta forma erigido como signo por un acto de pura convención. Y es aquí en donde podemos encontrar la razón de ser de los signos del lenguaje propiamente dicho. De hecho, el que Port Royal considere a las palabras como signos de institución de los pensamientos y a los 'caracteres' como signos de ellas, no es casual. Con ello no se hacía más que reconocer el estatuto de los signos del lenguaje propiamente dicho y se situaba en toda su dimensión el proyecto de la Gramática General.

En efecto: un signo entre otros, la palabra no tiene frente a ellos más privilegio que el ser un "signo voluntario", de convención o, como dice Condillac, un "signo artificial" (52). Y como todos los signos su razón de ser radica en la capacidad de representar al pensamiento; sólo que por la condición particular que presentaba, su eficacia podía potenciarse ahora al máximo, al poder ser controlado su perfecto funcionamiento.

Cuando Descartes situaba la diferencia entre el animal y el hombre no tanto en el uso de elementos sonoros cuanto en la capacidad de "juntar palabras

diferentes formando con ellas una expresión con la que haga saber sus pensamientos" (53); o cuando Locke reconocía en el hombre la disposición natural —dada por Dios— para formar sonidos articulados y sobre todo la capacidad de "usarlos como signos de concepciones internas" (54); o cuando Court de Gebelin reconocía en el sonido articulado en palabras la expresión de la vida de inteligencia del hombre frente a la vida vegetal o animal (55), no hacían más que confirmar el que para la época clásica la palabra no vale tanto por ser sonora cuanto por ser un signo de convención, de institución, voluntario o artificial a través del cual se expresan las ideas. O lo que viene a ser lo mismo: que la Gramática General pensó siempre la palabra supeditando su carácter sonoro a la condición de ser signo de institución. Quizá esto explique los continuos paralelismos que se encuentran entre las palabras y otros signos de institución en la mayoría de las obras gramaticales o de las reflexiones sobre el lenguaje, y que más que ser síntomas de una inconsistencia teórica son el resultado de una forma de concebir el lenguaje.

Si se mira con detenimiento el planteamiento esbozado por Locke en su libro III del **Ensayo sobre el entendimiento humano** dedicado a las palabras, puede constatar el mismo hecho: Para "la comunicación de los pensamientos, se hizo necesario que el hombre encontrara unos **signos externos sensibles** por los que esas ideas invisibles, de las que están hechos sus pensamientos, pudieran darse a conocer a los demás hombres. Y para cumplir este fin, nada más a propósito, tanto por su riqueza como por su rapidez, que aquellos sonidos articulados de los que se encontró dotado y po-

día producir con tanta facilidad y variedad" (56).

Cuando Beauzée dividía la gramática en dos partes asignándole a la primera el análisis de la palabra y a la segunda el de la escritura (57); o cuando Condillac establecía las condiciones requeridas para convertir los signos naturales o de acción en signos de institución (58) y hablaba de la pantomina o del gesto como de otros tantos lenguajes (59), no estaban ciertamente confundiendo niveles en el hecho del lenguaje. Estaban simplemente sacando las consecuencias derivadas de la forma como el proyecto de la Gramática General abocó el estudio del lenguaje.

Signos artificiales por excelencia, las palabras se erigen pues en el vehículo más apropiado para la representación del pensamiento por su simplicidad, su economía y su riqueza expresiva potencial (60). No en vano la Gramática General contempló el proyecto de construir una lengua perfecta —así como lo intentaron realizar Leibniz y Condillac por ejemplo—, o un "Idioma común" como lo soñó Diderot, en el cual este carácter artificial y arbitrario de la palabra fuese estrictamente controlado. Y no en vano autores como Rousseau, Condillac, Bergier o Gebelin entre otros, trataron de buscar en el desarrollo y perfeccionamiento de estos signos verbales una prueba del desarrollo mismo de las naciones: "La institución de los signos vocales que representan las ideas —dice Diderot— y de los caracteres trazados que representan las voces, fue el primer género de los progresos del espíritu humano" (61). A partir de allí, tanto el uno como el otro podían perfeccionarse y el progreso del pensamiento podía ser revelado por el desarrollo de esos signos.

Se comprende ahora por qué razón el proyecto de la Gramática General se construyó en torno a un gran vacío teórico: la ausencia de una definición precisa de la palabra como signo "lingüístico". De hecho, de Port Royal a de Tracy, no se encuentra Gramática alguna que organice el desarrollo de su teoría a partir de esta definición. Por el contrario es en las reflexiones sobre el pensamiento o en los trabajos de lógica en donde aparece si no una tal definición, al menos su contexto nocional. Port Royal la desarrolla —como hemos visto— en el capítulo IV de la primera parte de la **Logique où l'art de penser**; Locke dedica el libro tercero de su **Ensayo sobre el entendimiento humano** a ello y otro tanto hacen Leibniz en sus **Nuevos ensayos**, Condillac en el cap. IV de la sección segunda de su **Essai sur l'origine des connaissances humaines**, y de Tracy en los "Principios lógicos" de sus **Elementos de Ideología**.

Mas ello no era de extrañar: siendo el análisis de los signos correlativos al análisis de las ideas que ellos representan, su consideración debía realizarse con toda propiedad en el ámbito de la reflexión sobre el pensamiento, justo allí donde debían analizarse las relaciones de las ideas con los objetos por ellas representados.

A la Gramática General le correspondería entonces analizar la manera como esta clase especial de signos artificiales —las palabras— cumplían su papel representativo al espacializar sucesivamente al pensamiento. Y para ello le bastaba con desarrollar los rasgos esenciales que la caracterización lógica del signo había especificado en los llamados signos de institución.

El hecho de que la teoría del signo aparezca pues desarrolla-

da en otro espacio diferente al de la Gramática, no implica sin embargo una identidad entre lo gramatical y lo lógico, ni mucho menos una simple subordinación del primero respecto al segundo. Lo que permite más bien es señalar la pertinencia de cada una de ellos y las relaciones concomitantes que acaban instaurando. En efecto, a partir de allí se impone a la Gramática General el estudio del doble principio implícito en el funcionamiento del signo: Determinar la dependencia de la relación de significación respecto a la relación del objeto, y la posibilidad que tiene la primera, de representar todas las posibles formas adoptadas por el segundo.

O en otras palabras: alojada en el espacio abierto por la idea que representa su objeto, la palabra-signo debería no sólo dar una representación verbal de una representación sino también disponerla a su vez en un orden general que la desarrollase.

Por eso cuando la Gramática General despliega el campo de sus conceptos para explicar la forma como el discurso representa al pensamiento no hace más que desarrollar las implicaciones de estos dos principios presentes en la caracterización de la palabra como signo.

Insistamos; ausente de su estructura teórica, esta forma de considerar el signo es la que permite no obstante entender cuáles son las reglas de formación de los conceptos de la llamada Gramática General.

No es de extrañar: lo que tal caracterización permite es definir el campo en el cual pueden emerger con toda propiedad aquellos conceptos que configuran el "espacio semántico" de la Gramática y que Michel Foucault lo ha identificado claramente así:

"Dado que el discurso liga sus partes como la representación sus elementos, la Gramática General deberá estudiar el funcionamiento representativo de las palabras en relación unas con otras: Esto supone, en primer lugar, un análisis del lazo que anuda las palabras (la teoría de la proposición y en especial del verbo); después un análisis de los diversos tipos de palabras y de la manera en que recortan la representación y se distinguen entre sí (teoría de la articulación).

Pero dado que el discurso no es simplemente un conjunto representativo, sino una representación duplicada que designa a otra —a la misma que representa—, la Gramática General debe estudiar la manera en que las palabras designan lo que dicen, primero en su valor primitivo (teoría del origen y de la raíz), después en su capacidad permanente de deslizamiento, de extensión, de reorganización (teoría del espacio retórico y de la derivación)" ⁽⁶²⁾.

Por ser representación duplicada, el discurso, y por ende los elementos que lo componen, han de ser analizados en su **DESIGNACION** y en su **DERIVACION**; y como análisis del pensamiento que es, la organización que él instaure en sus elementos debe ser también analizado tanto en su forma de **ATRIBUCION**, como en la de **ARTICULACION**.

Los dos principios implícitos en la consideración de la palabra-signo han sido pues desdoblados. Con ello se ha conformado ese espacio cuadrangular en el cual pueden ahora sí localizarse los conceptos que el proyecto gramatical en la época clásica construyó, modificó o simplemente redefinió en su desarrollo.

CITAS

1. Descartes, René. *Discurso del método*, México: Porrúa S.A., 1981, p. 25.
2. Cfr. Quintás, Guillermo. "Descartes, coordenadas y modernidad de su pensamiento", en *Tratado del hombre*. (Trad. y ed. de Guillermo Quintás). Madrid: Editora Nacional. 1980. p. 35 y sig.
3. Descartes, René. *Tratado del hombre*. Madrid: Editora Nacional, 1980, p. 49.
4. Descartes, René. *Discurso del método*. Op. cit. p. 31 y sig.
5. Canguilhem, Georges. "Máquina y organismo" en *El conocimiento de la vida*. (Trad. de María Luisa Jaramillo). Revista *Sociología*. UNAU. Medellín, junio, 1985. p. 28.
6. Descartes, René. *Tratado del hombre*. Op. cit. p. 50.
7. La regla XIV. Cfr. Descartes. *Op. cit.* p. 132.
8. Descartes, René. *Discurso del método*. Op. cit. p. 27.
9. Canguilhem, Georges. "Máquina y organismo". Op. cit. p. 31.
10. Descartes, René. *Discurso del método*. Op. cit. p. 31.
11. Chomsky, Noam. *Lingüística cartesiana*. Madrid: Gredos, 1978, p. 15.
12. Aarsleff, Hans. "The history of linguistics and Professor Chomsky. Language. Volumen 46, Number 3 (1970), p. 570 y sig.
13. A la metáfora de la máquina recurre muy bellamente Adam Smith para mostrar cómo al igual que ella, el lenguaje, a medida que se perfecciona, hace sus principios más simples:

"It is in this manner —dice— that language becomes more simple in its rudiments and principles, just in proportion as it grows more complex in its composition, and the same thing has happened in it, which commonly happens with regard to mechanical engines. All machines are generally, when first invented, extremely complex in their principles, and there is often a particular principle of motion for every particular movement which it is intended they should perform. Succeeding improvers observe, that one principle may be so applied as to produce several of those movements; and thus the machine becomes gradually more and more simple, and produces its effects with fewer wheels, and fewer principles of motion. In language, in the same manner, every case of every noun, and every tense of every verb, was originally expressed by a particular distinct word, which served for this purpose and for no other. But succeeding observations discovered, that one set words was capable of supplying the place of all that infinite number, and that four or five prepositions, and half a dozen auxiliary verbs, were capable of answering the end of all the declensions, and of all the conjugations in the ancient languages".

Adam Smith. "Considerations concerning the first formation of languages, and the different genius of original and compounded languages", en *The Early Writings of Adam Smith*. (Editado por J. Ralph Lindgren). Augustus M. Kelley Publisher. 1967. pp. 248-249.
14. A. Arnauld et P. Nicole. *Logique ou l'art de penser*. París: Presses Universitaires de France, 1965, p. 48.
15. Dice Locke "Sé que es opinión aceptada que el alma siempre piensa y que mientras existe constantemente tiene en sí misma una percepción actual de ciertas ideas y que ese pensar actual es tan inseparable del alma como lo es del cuerpo la extensión actual. Si esto es cierto, preguntar por el comienzo de las ideas de un hombre es lo mismo que inquirir por el comienzo del alma, porque según eso el alma y sus ideas, como el cuerpo y su extensión, empezaron a existir al mismo tiempo". Locke. *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editora Nacional, 1980. Cfr. *Idem*. Tomo II, pp. 694-695. Hobbes. *Op. cit.* pp. 51-53 Berkeley. *Op. cit.* pp. 13, 68, 69, 146.
16. Julien-Offray De La Mettrie. "El hombre máquina" en *Obras Filosóficas*. (Ed. Preparada por Menene Gras). Madrid: Editora Nacional, 1983. p. 222. Cfr. pp. 227-238.
17. Cfr. Leibniz. *Nuevos ensayos sobre el entendimiento humano*. Madrid: Editora Nacional, 1977, pp. 61, 70, 122. Du Marsais. *Logique et principes de Grammaire*, París, Chez Braisson libraire, 1769, pp. 1, 3, 5. Condillac. *Essai sur l'origine des connaissances*, pp. 13, 15, 17, 285-6.
18. Locke. Tomo I. p. 243.
19. Artículo *Langue*. Op. cit. p. 253.
20. J. J. Rousseau. *Ensayo sobre el origen de las lenguas*. B.A. Península, 1976, p. 45.

El influjo del mecanismo a lo largo del siglo XVIII debía tener efectos también en los trabajos sobre el lenguaje. En efecto: la distinción hombre-animal avalada por todo el sesgo racionalista que se puso en ella, llevó a muchos debates en torno a su justificación. Y así, frente a aquellos que defendían la existencia del lenguaje únicamente en el hombre en tanto él es el único animal que tiene razón, otros empezaron a postular la existencia de una clase de lenguaje natural en los animales, en tanto que también ellos, como los hombres, sienten y exteriorizan los sentimientos. Pero más allá de las razones propiamente biológicas o fisiológicas aducidas por unos y otros, lo que es interesante señalar es que todos coinciden en dar al lenguaje creado por el hombre el estatuto que aquí hemos tratado de señalar.

Cfr. Leibniz. *Op. cit.* pp. 148, 154-55. Condillac. *Essai...* Op. cit. pp. 61, 63 y 65.

D'Alembert. *Discurso preliminar de la Enciclopedia*. B.A.: Aguilar, 1961, p. 49.

Rousseau. *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*. (Trad. de Melitón Bustamante Ortiz). Barcelona: Ediciones Península, 1976. pp. 46, 47, 126.

La Mettrie. *Op. cit.* pp. 216 y 219.

De Tracy. *Gramática general*. Madrid, 1922, pp. 29-30.

Court de Gebelin. *Op. cit.* p. 3.
21. Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. México: S. XXI, 1981, p. 55.
22. Cfr. Locke. *Op. cit.* Tomo I. p. 244. Condillac. *Lógica y extracto razonado del tratado de las sensaciones*. (Trad. de Josefina Villa y J. Gimeno). Buenos Aires: Aguilar Argentina S. A. de Ediciones, 1982. pp. 93-94. Condillac. *Essai...* Op. cit. p. 94. Rousseau. *Discurso*. Op. cit. p. 14. Artículo *Etymologie*. Op. cit. Tomo VI, 1967. pp. 100-101. Smith, Adam. *Op. cit.* pp. 244-245.
23. Cfr. Diderot. *Lettre sur les aveugles*. Gêveve: 1951, pp. 3 y sig. Condillac. *Principes de grammaire*. Op. cit. p. 359.
24. *Idem*.

Cfr. Court de Gobelín. *Histoire naturelle de la Parole*. París, Boudet, 1775, p. 97.
25. A. Arnauld et P. Lancelot. *Grammaire générale et raisonnée*. Stuttgartbad, 1966, p. 27.
26. Locke. *Op. cit.* Tomo I. pp. 242-43; Tomo II. pp. 631-632. Cfr. Buffier. *Op. cit.* p. 46.
27. Hobbes. *Op. cit.* pp. 139-40; cfr. Bergier. *Op. cit.* pp. 8-9. Smith, A. *Op. cit.* p. 226.

28. Condillac. *Principes de grammaire*. Op. cit. p. 458.
29. Cfr. Condillac. *Principes de grammaire*. Op. cit. p. 372.
30. Artículo *Grammaire*. Op. cit. p. 844.
31. D'Alembert. Op. cit. p. 57.
32. He aquí lo que dice el Conde de Tracy:
"Son pues muy útiles, no puede repetirse bastante, los signos de nuestras ideas; empero, no conviene persuadirse, como se ha pretendido, que los necesitamos absolutamente para pensar, porque si no tuviéramos ideas primero, jamás habíamos creado signos; ni que los signos ya creados obren antes, o sin ideas, porque, ¿de qué serían signos?".
Op. cit. p. 41.
33. Cfr. Locke. Op. cit. Tomo I. p. 566. Condillac. *Principes de grammaire*. Op. cit. pp. 401-402.
34. Rousseau. *Ensayo...* Op. cit. pp. 44-45.
Cfr. *Discurso sobre la desigualdad*. Op. cit. p. 76.
35. Voltaire. *El siglo de Luis XIV*, México: F. C. E., 1978, p. 417.
36. Cfr. Voltaire. Op. cit. p. 420.
37. Pierre Chaunu. *La civilisation de l'Europe des lumières*. París, Flammarion, 1982, p. 181.
38. No hacemos más que enunciar aquí el modelo tetralingüístico que Deleuze y Guatari han desarrollado a partir de los trabajos de Ferguson, Gumperz y Henry Gobard:
"La lengua vernacular, maternal o territorial, de comunidad rural o de origen rural; la lengua vehicular, urbana, estatal o incluso mundial, lengua de sociedad, de intercambio comercial, de transmisión burocrática, etc., lengua de primera desterritorialización; la lengua referencial, lengua del sentido y de la cultura, que realiza una reterritorialización cultural; la lengua mítica, en el horizonte de las culturas y de reterritorialización espiritual o religiosa. Las categorías espacio-temporales de estas lenguas difieren, para decirlo brevemente, en esta forma: la lengua vernacular es aquí; la vehicular, por todas partes; la referencial, allá; la mítica, más allá.
- Gilles Deleuze y Félix Guatari. *Kafka. Por una literatura menor*. (Versión de Jorge Aguilar Mora). México: Ed. Era, S. A., 1978. p. 39.
39. Pierre Chaunu, Op. cit., p. 185.
40. D'Alembert. Op. cit. p. 91.
41. Citado por R. Donzé. Op. cit. pp. xxvi-xxvii.
42. D'Alembert. Op. cit. pp. 58-59.
43. Eugenio Cosseriu. Op. cit. pp. 238 y sig.
44. Foucault, M. *Introduction a la grammaire Générale et raisonnée*. París, Sedes, 1986.
45. *Idem*.
46. Quizá aquí esté, al menos en parte, la justificación del silencio que hemos guardado en torno a las ideas gramaticales de la España de la misma época.
La huella dejada por Antonio de Nebrija y Francisco Sánchez de las Brosas marcó de tal manera los estudios sobre el lenguaje que la casi totalidad de las obras aparecidas hasta el último tercio del siglo XVIII, no hacían más que "confirmar la autoridad e impronta Nebrijense", como bien lo anota el profesor Ramón Sarmiento.
Muchas son las causas que explican este fenómeno. El profesor Sarmiento señala algunas: Prioridad de la lengua escrita sobre la oral; concepción de la Gramática como "ciencia que enseña a hablar y a escribir correctamente"; confusión de las categorías del pensamiento con las del lenguaje...; sentimiento del nacionalismo lingüístico; exacerbación del logicismo gramatical; prestigio de las reglas o normativismo; y sobre todo profundo arraigamiento en la "falsa creencia de que el aprendizaje del latín era suficiente para entender la estructura gramatical del Castellano" (p. 107).
"Es verdad que en 1771 las circunstancias eran más favorables para el triunfo de una gramática nueva que las anteriores: Los jesuitas habían sido expulsados y sus textos proscritos". Y "no es descabellado pensar que Carlos III, prefiriendo su dictadura a la de los Jesuitas, pusiera sus ojos en la Corporación que precedía el Gentilhombre de su Cámara y Decano del Cuerpo de Estado, el Duque de Alba, a fin de llenar el vacío existente en el aprendizaje del idioma". (p. 108).
Por ello cuando en el mismo año de 1771 —un siglo largo después de haber aparecido la *Grammaire générale et raisonnée* de Port Royal— la Academia de la Lengua publica su *Gramática de la Lengua Castellana*, lo hacía después de haber sostenido múltiples debates en torno al método a seguir en su construcción. Por ejemplo: "se trataba de decidir —dice el acta del 8 de febrero de 1742— si se había de hacer una gramática uniendo sus reglas y los fundamentos, o si sería más conforme, formar un tratado de solas las reglas, colocando en otra distinta, con extensión, todas las cuestiones que se habían ofrecido y disputado para establecer los preceptos". (p. 112).
Más allá del nivel anecdótico que aquí pueda encontrarse, lo que sí es importante señalar es la manera como en España aparecieron muy tardíamente las transformaciones institucionales, pedagógicas y teóricas que ya habían hecho curso en casi todo el resto de Europa. Con razón las formas adoptadas por sus trabajos gramaticales, presentan el desfase teórico que presentan.
- 46 A. Así lo expresa bellamente Beauzée en el artículo *Grammaire de l'Encyclopédie*. Op. cit. p. 841.
47. Antoine Arnauld et P. Nicole. *Logique ou l'art de penser*. Op. cit. pp. 52-53.
48. Cfr. Hobbes. Op. cit. p. 136. David Hume Op. cit. p. 146. Berkeley. Op. cit. p. 93.
49. Cfr. Condillac. *Essais...* Op. cit. p. 51.
50. Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Op. cit. p. 67.
51. Locke, John. Op. cit. II, p. 1.068.
52. Condillac. *Grammaire...* Op. cit. p. 358.
53. Descartes, René. *El discurso del método*. Op. cit. p. 31.
54. Locke, John. Op. cit. II, p. 605.
55. Cfr. Court de Gebelin. Op. cit. p. 97 y sig.
56. Locke, John. Op. cit. II, p. 609.
57. Cfr. Beauzée. Artículo *Grammaire*, en *L'Encyclopédie*. Op. cit. p. 843.
58. Cfr. Condillac. *Essais...* Op. cit. p. 205.
La misma argumentación se encuentra en De Tracy. Op. cit. p. 38.
59. Cfr. Condillac. *Grammaire...* Op. cit. pp. 357; 384.
60. Así lo sintetiza De Tracy:
"El lenguaje convencional se forma principalmente de signos verbales, por ser más cómodos, susceptibles de infinito mayor número de variedades y distinciones finas y delicadas y quizá también por ser más inmediatamente expresión del afecto sentido...". Op. cit., p. 31.
61. Diderot. *Reflexiones sobre las lenguas...* Op. cit., p. 201.
62. Foucault, Michel. *Las palabras y las cosas*. Op. cit. p. 97.



carlos mario gonzález

EL DIFÍCIL AMOR

Para Claudia Angiolillo,
mi inolvidable palomita.

De todas las criaturas vivas el hombre es la que sostiene una más peculiar relación con la naturaleza. Una relación que, por decir lo menos, es ambivalente: de un lado, es evidente su deuda con ella en tanto ser de lo real que despliega su existencia únicamente en los términos y posibilidades que le depara su condición biológica; de otro lado, se caracteriza por su carencia de registro para el instinto. Sostenida en un orden de materialidad biológica, que le sirve de soporte, la existencia del hombre carece de cualquier información genética que defina su conducta, sea en materia anímica, afectiva, intelectual, sexual o de preservación. El hombre es una criatura armada por la naturaleza pero despojada por ésta de una conducta programada instintivamente. En esta peculiar condición es que se articula la necesaria dimensión cultural que forjará el ser del hombre y que lo hará, consecuentemente, una criatura histórica, es decir, que hace y transforma todos los contenidos de su existencia en el proceso de su propia acción.

Si el hombre no está equipado por la naturaleza en lo relativo a conductas, sentimientos y saber, sino que su ingreso a la vida propiamente humana es por la vía de la historia, entonces, se suele decir, la educación es la gran forjadora suya. Se delinea así una oposición que ya es un lugar común: naturaleza-cultura y se enfatiza que el hombre es esencialmente producto de esa forma excelsa de la cultura que es la educación que define, según circunstancias y acontecimientos de por medio, los contenidos que vestirán su vida.

Pero esta manera de entender la especificidad de lo humano deja muchas lagunas y muchos puntos oscuros, pues si el hombre es una especie de tábula rasa sobre la que va escribiendo la educación, según el dictado de la época, no se entiende de dónde surgen las diferencias irreductibles que son distintivas de la individualidad humana o por qué no se consiguen los fines de armonía y buena vida que se propone toda educación; en fin, por qué existe, una discordancia —presente relativamente en todos los sujetos, aunque en algunos acentuada de manera tan radical que los lleva a actitudes de marginación o subversión— con respecto a las prescripciones formativas de la sociedad.

Es evidente que entre la naturaleza y la cultura, asumida como inserción educativa (y en esto entendiendo la inserción que se hace en los valores familiares, en el régimen del saber escolar, en la institucionalidad social y política, en las ideologías vigentes, etc.) hay un tercer término que falta, que sirve como bisagra y que permite articular el fundamento biológico del hombre con su condición de agente social, un término que explica en el sujeto su carácter social simultáneamente con su carácter singular, un término, en fin, que ata y desprende al mismo tiempo lo social y lo individual a la manera como la hoja de papel une y diferencia las dos caras que la constituyen. Ese término: **estructura**. Entre la naturaleza que, como real, funda y disuelve nuestro soporte vital y la educación que promueve valores, concepciones e ideales, se sitúa esa bisagra que define que todo ser humano es un sujeto estructurado. Y es estructurado por la intervención de la ley, que si de un lado le hace perder con relación a sus míticos fueros originales, del otro lado lo compensa habilitándolo para hacer de su vida la posibilidad de una creación original, por modesta que ésta sea.

La historia, por lo tanto, no se escribe sobre una tábula rasa que sería el hombre configurado por la naturaleza como vaciado de conductas a priori, más bien escribe lo que puede según el juego de posibilidades e imposibilidades que ordena la estructuración del sujeto por el ingreso a la ley. Es esto y sólo esto lo que permite encontrar algo **común y universal**, algo que autoriza a hablar del hombre como constituyendo el mismo conjunto en el que entran los hombres de las más variadas culturas y de los más diversos tiempos: nuestras diferencias y diversidades, las que nos permiten contar con culturas e historias múltiples, son variaciones a partir de una estructuración común, es decir, por la que tiene que pasar todo aquel que se reconoce como elemento de conjunto "humano". Lo que estatuye nuestro conjunto no es la peculiaridad de especie biológica sino la condición de sujetos de una estructura configurada por el ingreso a lo simbólico. Decir que esto es lo que nos hace comunes a todos los seres hablantes, como para poder reconocernos en el mismo conjunto "humano", no es negar la diversidad antropológica, sociológica e histórica, sino más bien precisar que la diversidad en estos órdenes no se da aleatoria y azarosamente, sino como uno de los efectos posibles de la estructura.

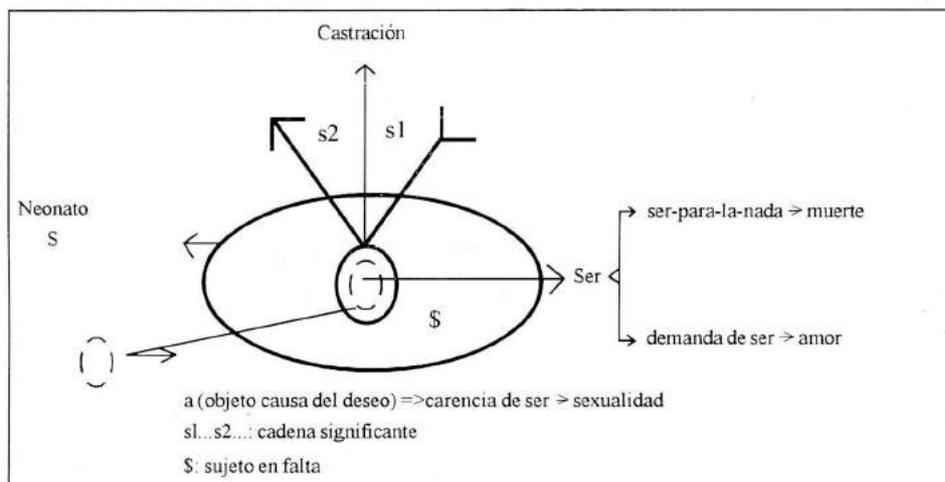
Para el caso de la historia, tendríamos que decir que ésta, tanto en lo personal como en lo colectivo, no es otra cosa que una historia estructurada, es decir, una historia que se hace en el juego de posibilidades que

una necesaria estructura, vacía de contenido, permite, y en esa medida la historia va dando forma explícita y sentido a la vida de los hombres. No es posible cualquier cosa en la historia, sólo es posible lo que permite el juego de posibilidades y combinaciones de los elementos-fuerza de la estructura, sea ésta económica, política, social, cultural, psíquica, etc., lo que sin duda incrusta un dardo más en nuestro narcisismo, pues niega que para el hombre todo sea posible y le impone a su historicidad un orden, lo que no necesariamente tiene que entenderse como los dinosaurios extinguidos de los dominios del historiador: linealidad, progreso, leyes. Decir que la historia tiene el orden que la estructura impone no es resucitar el sangriento fantasma de la teleología, sino más bien, señalar que el hombre hace su impredecible camino sin que todo le sea posible. Que la historia —insistamos: la personal y la colectiva— siempre obedece al orden de la estructura, es una afirmación que se equilibra con la otra que dice que la estructura sólo puede encarnar y ser reconocida a través de las formas que la historia depara, lo que puede ser bien ilustrado con el ejemplo que permite la lengua: es un hecho que toda lengua es histórica, es decir, que está sometida a cambios, pero éstos no acaecen al azar, sino obedeciendo a los patrones de la estructura, y a la inversa, la estructura de esa lengua —que no es ningún contenido ideático o significativo, sino puro orden de elementos vacíos en sí mismos— sólo puede ser aprehendida en función del estado presente y de las formas actualizadas de esa lengua. Historia estructural y estructura histórica, historia que labra sus derroteros sobre un orden fundante y precedente (lo que no quiere decir originario e inmutable), estructura que fundamenta al hombre (haciendo que algo común siga sosteniendo la posibilidad del conjunto “humano” más allá de las sendas particulares de sociedades e individuos) pero que sólo se puede expresar como acto histórico concreto: he ahí la dialéctica que rige la aventura humana.

Entonces, la criatura humana, esa criatura que no recibe de la naturaleza ni el lenguaje, ni el pensamiento, ni los sentimientos, ni la sexualidad, ni la agresividad, se constituye por mediación del Otro, en sujeto de una estructura que define el juego de posibles e imposibles para el despliegue de su existencia, juego que se actualizará en función de las circunstancias que se le vayan presentando, lo que es otra manera de decir que para el sujeto humano la historia es lo que se teje en la dialéctica entre un pasado fundante y un presente original. La estructura, anterior a la criatura humana, que opera en ella el efecto de sujetación es, dicho de manera general, la del lenguaje, la cual se realiza para el advenedizo en la forma privilegiada de la lengua que se habla a su alrededor y que desde antes de su llegada ya lo nombra, confiriéndole con el nombre un trazo fundamental de su identidad y certificándole así un lugar en el deseo del Otro. Pero la inscripción en el lenguaje, operación por la que tiene que pasar **todo** aquel que se quiera reclamar de los humanos, produce efectos de estructura, presentes en **todos** los seres hablantes, que permiten reconocer en los hombres algo común a todos ellos, independientemente de historia y cultura, aunque estas últimas le den a eso común formas particulares y únicas. El primer fundamental efecto que produce el ingreso al lenguaje —ingreso que según el psicoanálisis se realiza a través de la castración, operada desde la función del padre— será el de constituir una pérdida para

el sujeto, la que al definirlo como un ser en falta lo ata al orden del deseo y lo emancipa del imperio de la necesidad. Este objeto perdido a causa de la ley de la castración será, de ahí en más, el objeto causa del deseo que signará al sujeto con la deriva de una búsqueda de nunca acabar, pero búsqueda que no será en vano, pues, si es verdad que el objeto nunca será alcanzado, también lo es que el despliegue en pos de él deja como rédito el camino y el obrar que hace una vida, sea ésta dichosa o desgraciada. Un objeto perdido que promoverá al sujeto al orden del deseo, en su acepción sexual, y un estado de falta que no será otra cosa que una falta-de-ser que si de un lado lo condiciona a esa demanda de ser que es el amor, de otro, lo cruza con su destino de ser-para-la-nada, esto es, destinado a la muerte.

Ahí, como orden estructural determinado por la ley, está para todos los humanos configurada la terna de relaciones que jamás dejarán de cobrar su atención: amor, sexualidad y muerte.



El sometimiento a la ley de la castración además de abrirnos a esas dimensiones esenciales humanas que son el amor, la sexualidad y la muerte, también produce como efecto fundamental la escisión del sujeto, ese desgarramiento propio del ser humano entre un orden consciente y un orden inconsciente, que hace añicos cualquier ilusión de unidad, transparencia o soberanía del sujeto sobre sí mismo. Sujeto barrado (\$) a causa de una falta que lo hace desear allí donde el objeto real se ha escabullido y escisión que también es causa de las turbias relaciones entre eros y tánatos que lo gobiernan.

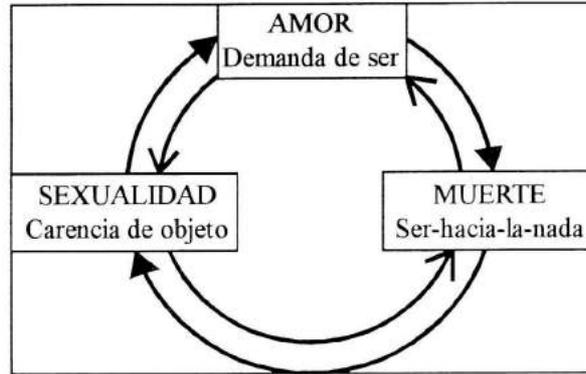
Ahí en esa estructura, en sus efectos y en sus condicionamientos, están esbozados todos los seres humanos; todos, en todo lugar y toda época, vivirán relaciones definidas, en lo personal y en lo colectivo, con el amor, con la sexualidad y con la muerte, marcándose las diferencias históricas o culturales, no en la presencia o ausencia de estos puntos focales, sino en las formas particulares como se elabora la relación con ellos, a la manera como todas las sociedades tienen que constituirse a partir de una estructura productiva la cual, no obstante, se expresará en la historia como una diversidad de modos de producción, o de la misma manera

en que todos los hombres, para ser tales, requieren de una estructura lingüística, la que sin embargo adoptará la forma particular de cada lengua.

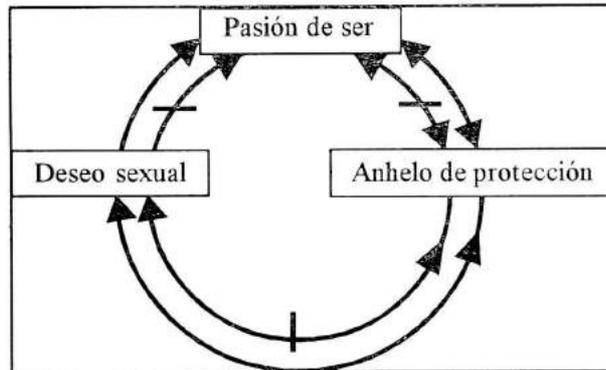
Permítasenos, empero, reiterar la advertencia contra un malentendido: no se trata de una estructura originaria e inmutable, que seguiría impertérrita a lo largo de los siglos, expresándose bajo máscaras diferentes (a la manera de los arquetipos psíquicos de Jung: eternamente los mismos, subyacentes tras las renovadas apariencias), sino de una estructura que **es** sólo en la forma en que se manifiesta, forma que es el resultado significativo y variable de un orden de elementos que en sí mismos no disponen de ninguna significación (y que por eso pueden articular las más diversas) pero que se sostienen como orden. Un ejemplo sencillo que ilustra esto sería la prohibición del incesto la cual puede cobrar muy diversas formas de una cultura a otra, pero existiendo siempre **algo** que se llame incesto y que estará prohibido. Volviendo al punto que ocupaba nuestra atención y para redondear las proposiciones que hemos presentado más arriba: por su ingreso a la ley de la castración el hombre define unas relaciones con el amor, la sexualidad y la muerte, que cobrarán las formas de que pueda proveerlo la historia personal que él constituye en el escenario de la historia social. Por eso, valga decir, la literatura, que construye sus universos en torno a los conflictos esenciales del ser humano (vida, muerte, amor), es una magnífica fuente para conocer las formas históricas con que contaban los hombres de una sociedad y de una época específicos para dar cuenta de esos asuntos esenciales de los que siempre se han ocupado y se habrán de ocupar los hombres de todos los tiempos.

Uno de los aspectos fundamentales en el ser humano es el que lo define en función del amor. Como ya hemos dicho el amor, en tanto lugar en la estructura de la subjetividad, es una condición constante, independientemente del tipo de sociedad y cultura de que se trate. Digámoslo otra vez: todo hombre está en la malla del amor como uno de los efectos ineludibles de su ingreso al lenguaje y a la comunidad humana. Pero hecha esta afirmación general, se hace necesario y conveniente depurar el término amor de un sinfín de usos que tiene en el lenguaje coloquial, e incluso en el intelectual, para así evitar inútiles malentendidos en lo que respecta a la utilización que nosotros haremos de él. Es importante detenerse en esta depuración para afirmar mejor nuestra indagación, pues en el vocablo amor queda comprendida una gran variedad de sentimientos que obedecen a mecanismos muy diferentes. Así, se habla de amor en la relación de una madre con su hijo, de dos hermanos entre ellos, de un amigo con su par, de un esposo con su cónyuge, de un sacerdote con su grey, de un ídolo con su auditorio, de Abelardo con Eloísa y de ésta con aquél, de un ciudadano con su patria, de un hombre con la humanidad y hasta del acto sexual si se atiende uno a la manida expresión que lo señala como la práctica de "hacer el amor".

Tratemos, pues, de poner un poco de orden a esta multívoca utilización de la palabra amor. Retomando el grafo 1' tenemos el sujeto cruzado por la ley que, a partir de la falta que ésta instaura, queda determinado por tres relaciones: con el amor, con la sexualidad y con la muerte, relaciones que lo definen en una demanda-de-ser, una pérdida-de-objeto y un ser-hacia-la-nada, características éstas que además se vinculan entre sí.



Estos tres rasgos, efecto de la falta instaurada por la ley, disponen la vida del hombre en tres vías compensatorias: pasión de ser, deseo sexual y anhelo de protección, haciendo del semejante el pivote para el desarrollo de cada una de estas inclinaciones, las cuales, a su vez, se pueden reforzar o contrarrestar en su tendencia a ser hegemónicas en el sujeto.



Estas tres tendencias compensatorias del sujeto (porque son eso: tendencias, ya que su realización efectiva depende de las vicisitudes de la historia personal y en particular de la relación entre la verdad del deseo y su represión), han sido llamadas indiscriminadamente amor, pese a sus notorias diferencias, lo que ha enturbiado inmensamente lo que se quiere decir con este vocablo y, en consecuencia, cualquier discusión que tome al amor como objeto. Así, se habla de amor cuando un ser humano, a través de otro (que puede ser de carne y hueso o imaginario, como en el caso de los místicos) accede a una experiencia de ensanchamiento de sus posibilidades ontológicas, despliegue sostenido por la fascinación que suscita el objeto, tal como se lo expresa Werther a su confidente Guillermo: "En su presencia yo soy más de lo que soy, pues soy todo lo que puedo llegar a ser" ⁽¹⁾. También se llama amor a la fijación ineludible que guardan dos seres entre sí a partir del intenso goce erótico que alcanzan en el encuentro de sus cuerpos, sin que medie entre ellos ningún otro tipo de vínculo esencial. Igualmente se suele llamar amor a la relación duradera de dos

seres humanos que se brindan, de manera imprescindible, compañía y seguridad mutua. Como se ve, son tres caminos bien diferentes, aunque no dejen de tener sus entrecruzamientos, que sólo tienen en común la utilización de la palabra amor entendida como solicitud al otro: amor como asunto-de-ser, amor-sexual y amor-compañía. Pero este uso indiferenciado de la palabra amor, para aludir tanto a la experiencia ontológica como a la corporal y a la de compañía del sujeto, produce graves confusiones en la elucidación del sentimiento que representa el diosencillo de las flechas. Por nuestra parte, a partir del grafo N° 1 sólo podremos llamar amor a lo que, en tanto demanda de ser, instituye al sujeto en la imparable y productiva deriva de una pasión-de-ser, efecto éste bien distinto a los que activan la sexualidad y la muerte. Hacer esta triple diferenciación permite situar sentimientos como el conyugal, el fraterno, el filial, etc., en un lugar distinto al del amor pasión-de-ser, es decir, al del amor sin más.

Otro tanto conviene hacer, siendo osados, con la terminología que proviene del psicoanálisis y que, para el caso del tema que nos ocupa, no está exenta de cierta ambigüedad, por ejemplo, cuando Freud dice:

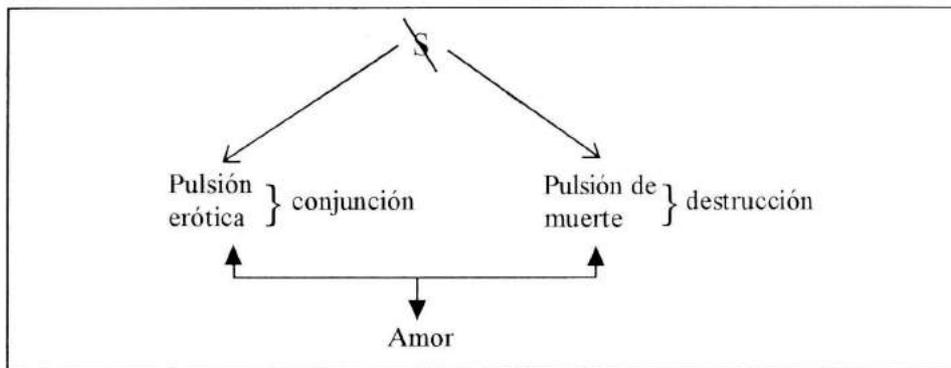
“Obtenemos entonces aquel cuadro cuyos dos aspectos han sido tan frecuentemente idealizados por determinadas orientaciones literarias. El hombre muestra apasionada inclinación hacia mujeres que le inspiran un alto respeto, pero que no le incitan al comercio amoroso, y, en cambio, sólo es potente con otras mujeres a las que no ‘ama’, estima en poco o incluso desprecia. Pero lo más frecuente es que el joven consiga realizar en cierta medida la síntesis del amor espiritual y asexual con el amor sexual y terreno, apareciendo caracterizada su actitud con respecto al objeto sexual por la acción conjunta de instintos libres e instintos coartados en su fin. Por la parte correspondiente a los instintos de ternura libres coartadas en su fin puede medirse el grado de enamoramiento, en oposición al del simple deseo sensual”⁽²⁾.

Como se puede ver, el uso de los términos por Freud poco contribuye a la claridad del asunto: “comercio amoroso” para denotar el acto sexual, “ama” para señalar un lazo espiritual, el mismo que después se indicará como “amor espiritual y asexual” para contraponerlo al “amor sexual y terreno”, en fin, convengamos que este tipo de expresiones merece la precisión que hemos formulado antes, máxime cuando el contenido del texto de Freud ratifica las diferencias que hemos querido relieves. De paso digamos, acordes con Freud, que el término “enamoramiento” es un equivalente acertado para el amor como pasión-de-ser, es decir, para el amor.

Ordenando pues las cosas en la perspectiva freudiana, cabe decir que, según el modelo pulsional, el sujeto humano atrapado en la malla simbólica queda regido por el par conjugado eros y muerte. La pulsión de muerte se expresa como pulsión de destrucción hacia la unidad configurada, incluso la que constituye el propio sujeto. Por su parte la pulsión erótica señala todos los procesos que apuntan a la constitución de nuevas unidades. Pero si pulsión erótica y pulsión de muerte son antitéticas, sólo su imbricación y mutua restricción promueven, sostienen y desarrollan la vida, tarea suprema de la cultura. Dichas así las cosas, se reconocerá que

no es correcto decir pulsión de vida en lugar de pulsión erótica, pues ésta, aunque tiende a la constitución de nuevas unidades, si no encuentra la restricción de la pulsión de muerte termina también produciendo un efecto devastador sobre la vida. Pero combinadas son la mejor garantía para la vida, como lo muestra el hecho de que si bien en la estructura del sujeto hay un lugar para la muerte, entendida ésta como pulsión de destrucción, también hay un lugar para la pulsión erótica que con su función unificadora preserva al sujeto merced, precisamente, a la angustia que siente por su disolución, y lo conduce a vincularse al Otro a través de una demanda de ser.

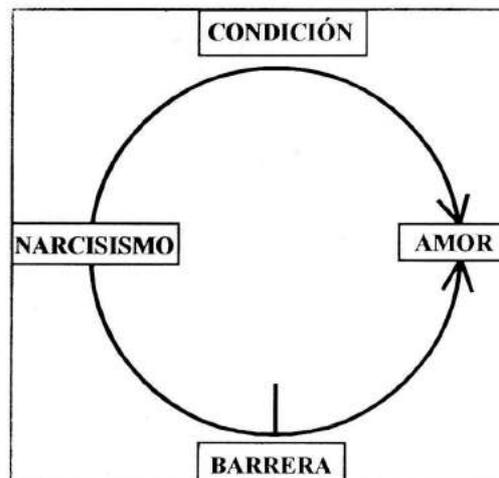
En conclusión, un ordenamiento de la nomenclatura freudiana podría ser:



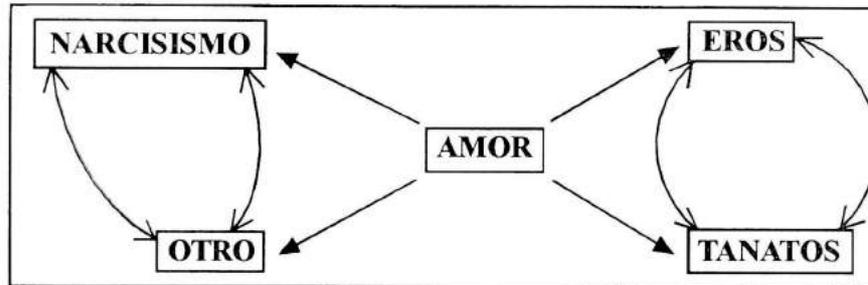
Volviendo, a partir de las anteriores aclaraciones, al objeto de nuestro interés presente, se puede afirmar que el amor, o el enamoramiento que es su sinónimo, además de ser un lugar cruzado simultáneamente por la pulsión erótica y la pulsión tanática, está prefigurado por la conjunción entre una disposición estructural del sujeto y la modalidad de una cultura que lo ha constituido como un elevado valor y unpreciado ideal de la experiencia vital de sus miembros. La cultura provee la forma que adopta la pulsión erótica en el sujeto a partir de las posibilidades estructurales que le ha definido su ingreso a ese orden definitorio de la misma cultura que es la ley. Pero no se trata de dos tiempos, más bien se puede decir que la cultura estructura al sujeto en el mismo movimiento con que lo dota de formas históricas concretas. Esto define para el sujeto humano una peculiaridad que lo separa de la naturaleza y de la vida animal: para él la identidad y la realidad no son dadas de antemano, sino que tienen que ser alcanzadas a través del Otro. Sólo obtendrá una identidad propia a través de la identificación con una imagen provista por el Otro, para lo cual ha tenido como precondiciones haber ingresado al lenguaje y ser objeto de amor por parte de la madre, la cual si le ofrenda este don es por lo que se juega allí de su propio narcisismo. Dialéctica, pues, del sujeto con el Otro, mediante la cual aquél conquista una identidad que nada tiene de natural y que lo recorta en una forma histórica específica. Pero para que este amor de la madre sea constituyente, y no obturador, del sujeto, es menester que ese goce narcisista suyo acuse una falta por la intervención de la función fálica ejercida por el padre y que marca, para la madre, un deseo hacia él, que rompe

el cristal de plenitud en que se había enajenado con su “maravilloso” niño. La presencia de este molesto intruso, portador de un significante para el deseo, perturba el goce absoluto del hijo, introduce una falta en él —esto es: lo castra— porque tiene que encarar una madre castrada, es decir, deseante de un falo que otro detenta, situación que ya no le permite a él completar el goce de la madre, con lo cual algo de ella queda irremediablemente perdido para él, objeto perdido al que él, no obstante, no renunciará jamás, constituyendo la causa de su deseo, y que perseguirá a lo largo de toda su existencia sin que le sea posible re-encontrarlo de otra forma que bajo la serie de simulacros suyos que se le presentarán a lo largo de su vida, constituyendo la historia de sus amores y de sus objetos sexuales y de compañía.

Narcisismo en falta de la madre y, de manera concomitante, narcisismo en falta del hijo: doble y simultáneo efecto del significante fálico y condición necesaria para el ingreso a la humanidad del deseo, lo que señala que para el hombre no hay impotencia mayor que la que deriva de no poder reconocer la castración. Ese narcisismo en falla es el que sostiene para el hombre la peculiaridad de que su condición como ser es, precisamente, la de no-ser, y el que lo hace perseverar a lo largo de la vida, y desde ese estado de insatisfacción fundamental que es el deseo, en la pregunta: ¿entonces quién soy? Pregunta fundamental que se formula desde la certeza de una singularidad irreductible, tanto para el vivir como para el morir, certeza que, no obstante, se intenta aliviar con la **ilusión** de esa fusión que depararan la sexualidad, la compañía o el amor, aunque el ineludible conflicto de todo encuentro humano no tarda en desvanecerla como colorida burbuja a la que deshace un soplo de viento. Igualmente ese narcisismo en falla es condición para dotarse de una historia en el amor, aunque al mismo tiempo juegue de barrera por la competición que el yo le hace al objeto en lo pertinente a la investidura libidinal.



Doble frente de relaciones que establece el amor y que denota su compleja y ambivalente constitución: uno lo vincula a esos términos, conectados a su vez entre sí, que son el narcisismo y el Otro; el segundo lo vincula a Eros y Tánatos nociones también ligadas entre sí:



El amor pone en juego el Ideal del Yo del sujeto en la medida en que la persona amada va a ocupar el lugar de éste: amar es salir de sí para ser más que uno mismo según las exigencias del Ideal del Yo. Salir de sí por algo propio perdido que se reencuentra en el Otro como una mirada, una sonrisa, un contacto, una palabra. Salir de sí por algo de sí que el Otro personifica. Pero el amor también, lógicamente, concierne al objeto causa del deseo en tanto se cree reencontrarlo en esa persona amada. El amor evoca en el sujeto la pérdida de un objeto que él siente reencontrar en el instante de una mirada suspendida sobre esa persona que se le presenta como particular y diferente. Es lo que Jacques Alain Miller ha definido de manera bien precisa: "Amor es el esfuerzo por dar un nombre propio al (a) [objeto causa del deseo]; encontrar el (a) en la mirada de una mujer y poder dar a eso, como hizo Dante, un nombre propio y construir alrededor una obra de lenguaje" ⁽³⁾.

Con relación a la muerte el amor aparece como una respuesta a ella, ya que representa el intento de vivir más allá de uno (en el Otro) y de producirse más allá de lo que se es. Así, pues, el amor al colocar al amante fuera de sí, intenta transgredir la finitud que lo determina para apuntar a esa forma de la inmortalidad que es permanecer más allá de la presencia. Pero también existen otras relaciones del amor con la muerte que no necesariamente se complementan con la anterior y que, incluso, pueden llevar en dirección contraria. La experiencia amorosa se sostiene para el ser humano en la ilusión de alcanzar un lugar de concordancia con el Otro partiendo de la base de que los amantes constituyen realidades diferentes. Para el sujeto el amor y la muerte se vinculan a partir del anhelo contradictorio que lo habita: la continuidad y la discontinuidad, la conjunción y la disyunción, prolongarse en el abrazo con el otro y permanecer en su singularidad, el deseo de objeto y el deseo narcisista, en fin, la comunidad y la diferencia. Desgarramiento del sujeto entre estas dos tendencias, sin sutura posible, que determinan que siempre lo que se abone en la cuenta del placer se abone también en la del sufrimiento. El amante, puesto en la lógica de ser, desea que el amado lo confirme en lo que es y, al tiempo, lo transforme, es decir, lo niegue para superarlo, que garantice su continuidad en lo que es pero, simultáneamente, que lo refute

en esto para poder concretar otras posibilidades de su ser, esto es, que le permita experimentar su propia discontinuidad. Pero de la misma manera, sólo que invertida, es lo que se desea para el otro: que siga siendo el encantador ser que lo cautivó, pero que al mismo tiempo deje de serlo para que pueda abrir un lugar y llevar la marca del amante. Es la dialéctica en la que está inserta la experiencia amorosa del sujeto: de un lado la pulsión erótica que lo impele a la conjunción, a ir más allá de sí para constituir una unidad superior, de otro lado la pulsión tanática que lo impulsa a romper esas unidades y a saber alcanzar el goce de su propia singularidad. Amar al otro por encima de sí mismo y amarse a sí mismo por encima del otro: he ahí el insoluble desdoblamiento del sujeto que jamás le dejará alcanzar, ni en vida ni en muerte, eso con lo que muchos han soñado: la dicha completa. Más aún: no es sólo con una dicha o una desdicha relativa con lo que el ser humano debe bastarse en su experiencia amorosa, sino que ésta también está cruzada por esas modalidades de la pulsión de muerte que son la agresividad y el odio, ancladas en el plano de la rivalidad que separa al amante de su amado. Incluso entre más intenso sea el deseo de conjunción con el otro más acentuada es la rivalidad y más potente el odio, expreso o latente, que sobre él recae. Por eso la facilidad con la que el encuentro amoroso gira sobre sí y culmina en el desencuentro violento de los enamorados.

El amor, como se ve, no es el lugar en el que simplemente se escenifica el encuentro humano de una manera dichosa, como han querido verlo el cristianismo y ciertas filosofías orientales, sino que, como experiencia concreta en la vida, él está también asistido por la pulsión de muerte, que pone en juego el desencuentro y la desdicha. Por eso, a fuer de contradecir una larga tradición del pensamiento occidental, es menester decir que el amor —insistimos: como experiencia concreta de la vida y no como ilusoria idealización— no es exclusivamente el testimonio de la pulsión erótica sino también expresión de la pulsión tanática, y, en esta medida, que el opuesto del amor no es el odio, ya que éste es definitorio de aquél, y, más bien, si el odio se opone a algo es, en tanto manifestación de la pulsión de muerte, a la pulsión erótica. En todo caso, y no por mero escrúpulo y capricho en el uso de las palabras, sino por lo que se juega allí conceptual e ideológicamente, conviene deslindar términos y romper la sinonimia entre pulsión erótica, como tendencia a la conjunción, y amor, ya que éste también comprende la disyunción, lo que, por la misma razón, obliga a superar la antinomia odio-amor, ya que si el odio es destrucción, el amor no deja de albergarla en su seno.

Finalmente, dirijamos la mirada en otro sentido. El objeto perdido, que de un lado determina la relación con la sexualidad propiamente dicha, de otro lado marca para el sujeto esa falta en ser que el amor, de manera delirante, pretende suplir en la forma de un reencuentro suyo en la persona amada. Reencuentro que concierne al sujeto en la verdad de su deseo y que, mientras a la persona amada la engalana con los fastos de la belleza, al amante lo hace prisionero de una felicidad no ajena a la angustia y al dolor, pero felicidad que carga a la vida de sentido, es decir, la afirma jubilosamente como existencia. Entonces, ¿por qué hay hombres que no

aman?, ¿por qué lo difícil es encontrar gente que ame?, ¿por qué el amor es algo excepcional? La respuesta es: porque el amor pone en juego para el hombre lo más difícil para él: el ser, porque si la sexualidad es asunto de tener, el amor es asunto de ser. El amor atañe al sujeto en la cuestión del ser en tanto lo revela como aquel que no-es, y, por tanto, que no sabe quién es. La experiencia amorosa presentifica la pregunta ¿quién soy?, indicando al sujeto que no es el que pretende ser, pero brindándole la promesa de que podrá ser el que anhela ser. Diciéndolo al revés, el que coincide consigo mismo está inhibido para amar pues carece de la pregunta por su propio ser. Si uno ama es porque no-es y, en consecuencia, porque no sabe quién es. El amor es, al mismo tiempo, la denuncia de que no soy lo que pretendo ser y la promesa de que podré ser lo que no soy. ¿Cómo nos atrae alguien? Como la promesa de coincidir con algo que sabemos que nosotros mismos no somos. Si el amor nos ratifica en lo que somos, en tanto la elección de objeto responde a un modelo narcisista, también nos promete ser otro, lo que es angustioso por la disolución que impone a esa representación imaginaria del sujeto que es el Yo. Si no saber quién se es, es algo que angustia, la huida de ésta es mediante el expediente de imaginar que se es, certeza imaginaria que precisamente el amor disuelve, haciendo radicar en esta génesis de angustia, más allá de los logros que también depara, la razón de porqué lo excepcional es encontrar a alguien que ame. El que no puede ser otro no puede amar, el que niega su alteridad y sólo se puede ratificar en la leyenda de su Yo, desconoce la experiencia amorosa que reclama siempre abandonar ese parapeto imaginario del sujeto que es el Yo para entregarse al vértigo de la otredad. Esa es, pues, la dificultad para amar: si se ama lo semejante, lo que se es, también se ama, simultáneamente, lo diferente, lo que se quiere ser, y para soportar esta crisis del Yo se requiere una posibilidad psíquica en la estructura del mismo sujeto y particularmente en su configuración inconsciente.

El amor, entonces, es operador de profundas y vastas transformaciones en el sujeto. Amar es un modo de pensar, ver, sentir y vivir completamente diferentes porque, a partir del objeto amado, se resignifica el mundo, pues todo lo de éste que entre en contacto con aquél o lo aluda cobra una valoración nueva. Esa es la potencia y la peligrosidad del amor, esa es la condición de la dicha y la desdicha que depara y por eso en él la cultura occidental ha definido un lugar privilegiado para la experiencia ontológica del individuo, en una inevitable oscilación entre el infierno y el paraíso.

NOTAS

1. Goethe, J. W., *Los sufrimientos del joven Werther*, Edaf, Madrid, 1981. Traducción: José Va'lor. p. 626.
2. Freud, S., *Psicología de las masas*, Alianza Editorial, Madrid, 1992, p. 49.
3. Miller, J. A., *Lógicas de la vida amorosa*, Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1991, p. 17.



jorge alberto naranjo m.

EL DRAMATURGO CERVANTES

Mejor suerte que los trabajos poéticos han corrido los trabajos dramáticos de Cervantes, de los cuales se conserva algo más de una tercera parte de cuanto pudo haber escrito. Quizá falte una visión de conjunto, comprensiva y abarcadora, pero obra por obra se cuenta con comentarios incisivos, instructivos para su justa valoración, y estudios como los de Astrana y Cannavagio han estado muy cerca de entregarnos la imagen acabada del dramaturgo que tanto interesa para justipreciar a Cervantes como artista y escritor. Nos parece que la sombra de Lope ha obscurecido esa imagen y ha borrado algunos de sus rasgos y diluido un tanto su color. Se insiste con tanta frecuencia en el carácter prelopesco del drama cervantino que bien cabe preguntarse si no sería más útil pensar el de Lope como un teatro post-cervantino. Cronologías hablan, y no faltan imitaciones ni adaptaciones lopescas de dramas cervantinos, reconocidas o tácitas, para dar validez al aserto: "Los esclavos de Argel" tras de "El trato de Argel", "Amistad y obligación" y "La traición bien acertada" tras la historia cervantina de Timbrio y Silerio. Está por otra parte el testimonio del propio Cervantes:

él pertenece a la tercera generación de autores de drama profano, representada la primera por Lope de Rueda el sevillano y la segunda por Navarro el de Toledo. Sus obras, veinte o treinta, se representaron con buen recibo —sin pepinos ni barahúndas— allá por los 1580-1590, antes de Lope iniciar su trabajo. Introdujo Cervantes reformas básicas en la estructura del drama, disminuyendo de cinco a tres las jornadas de la comedia, introduciendo la representación de imaginaciones y pensamientos, sacando a escena figuras morales, manteniendo los versos en el estilo ínfimo que piden las comedias, en el lenguaje propio de cada figura representada. Los estudiosos han calibrado con sumo detalle el alcance de las innovaciones reseñadas por Cervantes; los análisis de Astrana son a este respecto esclarecedores, y a pesar de matices y puntualizaciones, de las necesarias complementaciones historiográficas y dramáticas, queda claro que Cervantes no inventa nada al "salir de su llaneza" y atreverse a registrar sus propios aportes. No fue el *único* en reducir las jornadas de cinco a tres, por ejemplo, y Clemencín enseña casos precisos de reducción de cinco a cuatro;

pero Cervantes hizo un uso sistemático de la reducción, como un limado estructural conveniente, densificador del drama. Y los autos sacramentales tenían vieja tradición en presentar figuras morales en la escena, pero Cervantes lo hace en un teatro profano y laico, y con tal riqueza de medios y tal habilidad que lo anterior apenas sí parece esbozo de su propio invento. De la misma forma, la corporificación de entes abstractos, imaginaciones y pensamientos, se encontraría en muchas obras de teatro postmedieval, en forma ingenua, bastante hierática y rígida, sin la plasticidad y vida con que surgen a la escena cervantina, sin la penetración psicológica de sus figuras mentales. La contención de su verso dramático en ese estilo ínfimo, en cambio, apenas comienza a ser apreciada ahora.

Después vino Lope de Vega, es cierto; una cuarta edad del teatro laico español, y la imposición de un nuevo canon dramático, particularmente expuesto en su libro de 1602, "Arte nuevo de hacer comedia", e inculcado a todos los públicos gracias a una copiosa y brillante producción teatral en el nuevo estilo. Arrinconó, tal vez, al público del teatro cervantino, mas no al propio dramaturgo, que apenas sí modificó con lentitud y mesura algunos conceptos bajo la presión de las ideas lopescas. En lo esencial el teatro cervantino se desarrolla por vías propias, sigue su propia evolución, con interacciones apenas leves y esporádicas con el de Lope. Los biógrafos tienden a prestar más atención a la rivalidad material de los dos autores que a las diferencias conceptuales entre sus dramaturgias, y puesto que Lope llenó teatros y Cervantes se dedicó a otros menesteres parecen inferir que su teatro era superado al mismo tiempo. Este paralogismo, que da a un hecho histórico (y no del todo esclarecido) un derecho estético, no se puede ya sustentar: es lo curioso que, andando los siglos, el teatro cervantino ha ido ganando audiencia y aprecio, que el dramaturgo Cervantes va adquiriendo

ya dimensiones de gran artista, reformador e innovador que creó el "teatro en el teatro" y aún, si, "las márgenes del teatro"; que, más allá de su producción teatral, deja su impronta de dramaturgo en toda la obra, y muy especialmente en Don Quijote. Los trabajos de Astrana hace ya tiempos, los de Ynduráin y Cannavagio más recientemente, discriminan con amplitud y hondura lo específico y notable de ese teatro, y probablemente ya se ha rebasado el punto de no retorno a las concepciones de un drama cervantino apenas prelopesco.

Es un teatro distinto, con sus propias referencias conceptuales, capaz de auto-plantearse como obra, capaz de resistirse como crítica al teatro lopesco y, lo que es admirable, capaz de teatralizar su propia autocrítica. Están en primer lugar los entremeses cervantinos, la admiración por los cuales prácticamente es unánime entre los estudiosos. Nadie elevó tan alto el arte expresivo ni el valor dramático, nadie transformó tan ricamente la estructura de ese género menor como lo hiciera Cervantes. Creó verdaderos paradigmas formales, como los entremeses de sucesión de personajes, y potenció casi hasta hacer irreconocibles las formas fabricadas dos generaciones antes por Lope de Rueda. Abandona los estereotipos y la sucesión casi inmóvil de cuadros: no se interesa ya por los tipos rudamente recordados del antiguo entremés, el bobo, la negra, el sacristán, el rufián, y elimina unos y sutaliza los otros. Representa mejor que al bobo a la simpleza, mejor que al rufián a la vida de picardía. Los tipos devienen caracteres psicológicos, funciones sociales. Crea cambios de escenario, escenas aparte, y hace que el afuera de la escena contribuya al drama con ruidos y voces. Al lector o espectador lo sitúa en parte como intérprete, en parte como constructor de la trama, objeto directo de transformación por la obra. Diálogos animados, lenguaje colorido y fiel a la índole del personaje; expresivos gestos acompañando la

elocución y dándole cuerpo no verbal a emociones y sentimientos de cada conversador; movimientos físicos, valorizado el escenario con detalles que adquieren un valor de usos dramáticos y de expresión simbólica muy alejados del relativo quietismo con que actúan los tipos y yacen las cosas en el entremés arcaico. La acción es precisa, lacónica y consistente; la suave gracia, la benevolencia de la mirada artística de Cervantes, dimanan de sus obras como si fueran su jugo y sustancia. Las honduras psicológicas, las complicaciones de alma, la riqueza de intenciones, dan a los personajes fisonomía espiritual compleja, siempre sugerente: son figuras abiertas a la especulación, nada cerradas en un tipo esquemático. Y toda la trama envuelta en aires populares, cantares y coplas, refranes y alusiones que densifican el ambiente y lo pueblan de realidad, que parecen situar el entremés en medio de la vida; en fin, estos y otros rasgos hacen del entremés cervantino un modelo en el género, y sin duda, como dice Astrana, hacen de Cervantes “la figura más alta” de la dramaturgia española en creación entremesística. El género fue menor hasta Cervantes, que lo potenció y hasta lo hizo salir de sus límites. Por eso nos parece tan justo el comentario con que Sevilla y Rey concluyen sus estudios del “Arte del entremés”: en menesteres entremesiles Cervantes iba muy lejos de la comprensión de sus contemporáneos.

Menos justicia se ha hecho al teatro mayor cervantino. Los desacuerdos de los estudiosos parecen ser aquí también mayores. Clemencín, hace casi dos siglos, afirmaba de esas obras teatrales que “para la gloria de Cervantes hubiera sido mejor que se perdieran” como se perdieron las otras, y en una biografía reciente se afirma todavía “el desconocimiento —por parte de Cervantes— de lo que era verdaderamente dramático en una obra” y se califican esas obras de “meros ejercicios” carentes de ritmo, rígidos, sin fuerza dramática, reveladores del “dramaturgo que

sigue sus teorías en lugar de sus instintos”. Es un prejuicio muy viejo, y algo deberían haber logrado contra él los análisis de Asensio, Astrana e Ynduráin, o los más recientes de Cannavagio quien sustenta con eruditas bases, con vigor y persuasión, la tesis de un teatro cervantino experimental, libre de inventarse sus propias normas, ajeno a convenciones y estereotipos, muy dueño de convertirse después en modelo para otros dramaturgos; lo que es por estas breñas, sin embargo, el lugar común del dramaturgo frustrado, poco hábil, barrido por Lope de la escena, imagen recientemente avalada por las opiniones de la citada biografía, sigue circulando cual moneda segura, y es un pesar, porque haciendo caso de esas opiniones el lector rara vez sentirá curiosidad por leer esas comedias en las que se hallan algunas de las más altas notas cervantinas.

Pocas obras tan estremecedoras e intensamente dramáticas, en todo el teatro universal, como “El cerco de Numancia”. No hay allí personajes propiamente, ningún relato individual recorre y articula el drama. Los personajes numantinos surgen y se deshacen con prontitud, actualizados y activados por fuerzas prepersonales —el Hambre, la Furia— y fuerzas supraindividuales —el Amor a la Ciudad sobre todo—; encarnación de un Destino Colectivo, cada personaje transporta, pasajera-mente, el sentimiento común, realiza una fase del heroísmo global, y se disuelve de la escena, que no obstante permanece tensa, intacta en su potencia generadora de drama épico, la emoción intensificada aún más con ese paso del personaje ya ausente y predispuesta a recibir todavía más pesadas cargas de fatalidad. Caen y caen numantinos, “retornan a la naturaleza” —última patria para su humanidad desgarrada—; caen el amor y la amistad, la filiación, la paternidad y el matrimonio; la infancia, la vejez y la juventud; caen los vaticinios, funestos sin esperanza posible, y se levantan los muertos para caer

más hondo. Pero Numancia va elevándose, elevándose, vuelta morada de la tragedia, triunfo estoico sobre la humillación y el vilipendio de un pueblo, símbolo espiritual de una "fuerza no vencida".

Tragedia de altura esquiliana, hermana de "Los Persas" por sus acentos de pasión colectiva, de identidad de la nación ante sus desventuras, en la que se sienten palpar —como en Esquilo— fuerzas y potencias extraindividuales, que tejen y destejen la humana condición; tragedia estoica, con el temple de las de Séneca, con la misma voluntad trágica presidiendo las autoinmolaciones; con aires de Plauto en el dibujo de los jefes romanos, de su oficio bélico y diplomático, igual conmovió a Shelley y Schopenhauer que a los sitiados en Zaragoza. Se la emparentó, por algunas de sus escenas, con el "Fausto" de Marlowe, con el "Macbeth" de Shakespeare; la han copiado, imitado y variado diversos autores españoles, sin dar la medida del original. Bella y emblemática cuando conviene, llena de plasticidad en cada movimiento escénico, ágil en la sucesión de figuras, de sobria estructura, completa —¡y hasta qué punto!— en la intriga, con un crescendo dramático casi insoportable pero hábilmente modulado, "El cerco de Numancia" es obra imprescindible para justipreciar la versatilidad creativa de su autor. Allí Cervantes entonó su mejor nota épica, su más profundo cántico trágico y marcial. Posiblemente, junto con "Fuenteovejuna", sea el más noble modelo de "teatro social" que nos legó el barroco español.

En principio, el arte cervantino de hacer comedias se configura bajo los preceptos y modelos de Séneca, Terencio y Plauto. La unidad de lugar, tiempo y acción; la verosimilitud y concordancia del tema; el verso ínfimo, coloquial, en metro y entonación variables según el personaje y las circunstancias de enunciación, constituyeron determinantes formales de la comedia a los que Cervantes atribuyó suma importancia, y de cuya transgresión

hizo honda crítica, por interpuesta persona, en Don Quijote (1,48). Sólo muy tarde en su propia evolución de dramaturgo admitió que el ligero pensamiento, sin extravío ni cansancio, muy bien puede seguir y asistir a un drama que salte lugares y épocas, y que un teatro de hechos y no de relaciones precisa incluso la transgresión del principio de unidad de lugar; pero aún allí fue una concesión provisoria, para uso restringido y de excepción, sin convencimiento pleno: el conjunto de las comedias está hormado según preceptos clásicos, en cierta manera aristotélicos si atendemos a la lección de Américo Castro y de Riley. Las innovaciones introducidas por Cervantes, de las que ya se hizo mención, afinaban la forma pero no alteraban la horma. En el fondo, como señala Castro, se mantiene el valor de contención y autorregulación de la forma, como un molde expresivo casi invariante. No se ve por qué habríamos de reprochar esa constancia de estilo dramático, ese "clasicismo de la forma", a un autor que se movía tan hábilmente bajo esos cánones de expresión, y que los acataba no como "empaques" —uso la triste noción de Riquer— sino como alas del mensaje dramático.

Un primer grupo de comedias lo conforman las de teatro morisco, con temas centrados en el cautiverio de cristianos entre moros. Tienen todas un marco histórico seguro, aunque difuso, en hechos acaecidos durante el siglo XVI, y con frecuencia aparecen, nombrados o actuantes, personajes de la época (gobernantes y militares moros y europeos, sacerdotes y prisioneros, mártires y renegados). Son cuatro obras —una de ellas, "El trato de Argel", muy temprana— en las que el testimonio de cosa vivida, de emoción personal, se transpiran en muchas escenas y fases del argumento. La intriga es liviana y poco rígida, cual conviene a la comedia; pero apenas por la apariencia podría considerarse simple, puesto que la complicación psicológica de la trama se eleva en ocasiones a terceras y cuartas poten-

cias (engaños ciertos que fingen ser falsos engaños, amores fieles "a cuatro bandas", discursos que solicitan y sobrellevan una triple interpretación manifiesta y una cuarta del lector-espectador), y el relato principal está salpicado de contrapuntos y hechos aparte, que transportan su propia fuerza dramática y adhieren a la relación dominante para completarla y contextualizarla, aportándole su contraste clarooscuro, creándole un fondo más ambiguo, de menos frivolidad aparente. Esos contrapuntos, trágicos a veces y cómicos en otras, son moduladores de la emoción principal, la adensan si leve, la aligeran si grave. Habitualmente, aportan color nacional y político a la trama. Así el martirio del padre Aranda en "El trato...", las gracias del sacristán en "Los baños de Argel" y las de Buitrago en "El Gallardo Español": hacen contrapuntos tan importantes que deben pensarse como funciones estructurales, de modulación y de contraste, que tejen la urdimbre para la trama. Algunos despistados cuestionaron la debilidad de la intriga de las comedias cervantinas, y en esos contrapuntos y contrastes sólo vieron motivos de distracción en contra de la misma intriga, sin darse cuenta de que daban al dramaturgo palo porque bogaba y porque no bogaba, y palos de ciego por añadidura: la intriga no es débil, plena de esa invención en la que Cervantes sobresaldrá siempre, bien temperada por los contrapuntos y contrastes; estamos ante una intriga polifónica, no lineal, aun cuando unitaria en tiempo, lugar y acción; se trata de un teatro a la vez psicológico y conceptual, popular y nacional: el relato íntimo está abierto a un afuera colectivo, cargado de significaciones sociales. Pocas veces como en esas obras se ha escenificado con tanta minucia y vigor el universo carcelario, la crueldad del secuestro, las pruebas espirituales, horrores y desfallecimientos, pesares y ausencias, la descomposición del carácter y los inciertos lazos entre verdugos y rehenes, las difíciles solidaridades entre víctimas. Leed,

os lo ruego, "El trato..." y "Los baños de Argel": con vivos trazos se despliegan mil y un semblantes de la vida cotidiana en aquella ciudad "gomia y tarasca del Mediterráneo": los jardines y las quintas, los baños y el magazín, las casas y sus interiores, el harén y las alcobas, el puerto y las salidas al desierto. El comercio de esclavos, el vilipendio de los niños, la confusión de las lenguas, la fiera mendicidad, el heroísmo abnegado, los intentos de fuga, las traiciones. Las infidelidades, los suplicios, las supersticiones. En suma, el choque global y diferencial entre dos culturas, la guerra civil. Hay lejanas semejanzas con el "Teatro de esclavos de Terencio, mas la esclavitud y el cautiverio dramatizados por Cervantes exhiben un contenido político y nacional casi ausente en esas esclavitudes domésticas dramatizadas por el portentoso latino. Y las filigranas del deseo, ante semejante variedad de condicionamientos sociales, desarrollan una historia propia, con particulares tonalidades de tristeza y de astucia, con tentaciones y obstáculos bien particulares, con expresividad moderada por variadas restricciones y peligros. Las luchas del alma, allí expuestas con rico detalle, dan a esas comedias una densidad psicológica admirable. Y de la comparación entre las dos surgen claros indicios del instinto dramático cervantino: de "El trato..." a "Los baños..." progresa en agilidad, en vigor, en naturalidad; afina la intriga y profundiza los caracteres; amplía los registros emocionales, alcanza un tono más sereno, hasta jocoso, y encuentra un final más teatral y más bello. En "Los baños de Argel" dio Cervantes la más precisa y profunda forma artística al tema de su propio cautiverio. Hay de todos modos evocaciones personales muy sinceras y conmovedoras también en "El trato...", presentes allí cual contrapuntos de su intriga principal, como el lamento de Saavedra, o sus esfuerzos por contener las ansias de algunos a renegar; y aunque de ensamblaje más tosco que "Los baños...",

y con cierta brusquedad dramática, "El trato..." es una obra muy hermosa, con una tristeza y severidad verdaderamente clásicas.

Asimismo hay seguros trazos biográficos cervantinos en la figura de Don Fernando de Saavedra, "el gallardo español", en la comedia así llamada; esos trazos nos informan mejor sobre el carácter del escritor —"humilde en la paz y sin igual en la guerra"— que sobre las hazañas concretas por él realizadas entre la morería. El valor y la gentileza, la atención equilibrada a los llamados de Venus y de Marte, la diplomacia y la gallardía en la guerra, atributos éstos que engalanan (y hasta exageran) a Saavedra, son los mismos que Cervantes nos muestra —a través de vida y obra— como inseparables de su carácter y de la forma de su ingenio. Escenificados a través de un personaje, por medio de un argumento un tanto artificioso y retorcido, con fondo histórico seguro aunque con mucha invención entreverada, esos atributos como que desarrollan en la obra, entre sutiles ambigüedades, el concepto cervantino de "gallardía". Al teatro de hechos y relaciones se superpone un teatro filosófico y psicológico. Esta obra tiene gracias indudables. Incluye dos personajes que remiten al inmortal dúo del caballero Don Quijote y su escudero Sancho Panza, de los que parecen variantes extremadas: Don Fernando, caballero sin parodia, de hazañas reales, idealista y generoso, que por gallardo arriesga vida y honra; Buitrago, que vive colgado de su hambre, materialista y utilitario, procaz. Poético el uno y prosaico el otro, aquél da nobleza a la intriga, éste jocosidad. Ambos integrados en completo contrapunto, con una vida dramática muy rica. Especialmente Buitrago: este soldado y mendigo, de genio disparejo según las tutelas del estómago, dicharachero e inoportuno, adquiere tal fuerza que por poco se toma la escena y pone punto final a la obra. Es casi imposible no sentir que Buitrago iba cobrando tal vida propia que al mismo dra-

maturgo le costaba ya cerrarle el pico. Además la atmósfera bélica y la forma confusa de la guerra entre moros y españoles, la oficina ibérica y morisca del combate, y la fusión de la intriga personal con el combate de gran escala en torno de Orán, San Miguel, Mazalquivir, todo sazonado con precisos apuntes sociográficos, psicológicos y de estrategia bélica, quedan muy bien plasmadas en esta obra de intriga medio novelesca.

Pero la más bella y teatral de las comedias cervantinas de temas moriscos es "La Gran Sultana Doña Catalina de Oviedo". El dramaturgo utilizó para hacerla materiales históricos apenas semiciertos, y con profunda libertad inventiva los ordenó y varió para componer con ellos una intriga perfecta de alta comedia. La economía de personajes, la armoniosa construcción de la trama, el verso ágil y musical; una forma diáfana, impregnada de una atmósfera cordial de tolerancia y comprensión, en un ambiente rico y colorido de inconfundible aire oriental; una acción hábil y ponderada, graciosa y grave sin exageración; y luego, los maravillosos pasos de Doña Catalina, que irradia "amor y majestad", que vuelve dulce al fiero, manso al hostil, libre al esclavo; la graciosa figura del "Madrigal" cautivo, uno de los mejores pícaros que fabricó Cervantes; y la dinámica de los diálogos, la caracterización tan rica de cada figura, la poesía de las escenas; los motivos psicológicos variados, y en fin, esa conclusión optimista y afirmativa, hacen que esta comedia merezca figurar en el repertorio de todo gran teatro. Ahí se encuentran, por añadidura, algunos de los más conmovedores poemas cervantinos: el valor posicional de cada parte se aprovecha al máximo, así que "el verso ínfimo" se carga de emoción, color y brío; seguramente la plegaria de Catalina, en forma de soneto, al final de la primera jornada, es de lo más hondo y expresivo que brotó de su mística pluma. Astrana, que tan bien supo apreciar los valores estéticos de esta come-

dia, tenía harta razón para emparentarla con “El rapto de Serrallo” y “La italiana en Argel”; ni más ni menos música, música escritural, alta comedia, una riqueza inventiva que sólo hallamos en Mozart y Rossini, eso es “La Gran Sultana...”. No dejaremos de notar —pues conviene a la demostración— que Cervantes sitúa el drama en tierra incógnita para él, no hallada por su pie de peregrino. Lo vivido y sentido colaboró aquí apenas indirectamente para dar verosimilitud y realidad a la intriga: fue pura intuición dramática, estudio y depuración de su arte, madurez artística y espiritual, lo que permitió a Cervantes concebir esta obra mayor...

Entre las comedias hay tres que se clasifican en el género de “capa y espada”, una en el estilo caballeresco medieval, otra en el estilo cortesano del renacimiento italiano, otra en el estilo burgués del barroco español. “La casa de los celos y selvas de Ardenia” parece haberse representado en la primera época del teatro, hacia 1580-90; su tramoya y sus trucos escénicos son los más complicados de cuantos inventó Cervantes: un padrón —o columna— hueco, del que brotan espíritus y personajes, un hueco en la escena que vomita llamas, un carro de fuego, una boca de dragón; tramoya con anverso y reverso, ascensiones en alas no visibles. Y como en las obras tempranas, aparecen repetidas figuras alegóricas y pensamientos: temor, curiosidad, celos, las dos famas; Venus y Cupido. El relato pone en escena legendarios personajes carolingios, los caballeros Roldán, Reinaldos y Galalor, el mago Merlín, la bella Angélica. A su lado, por nobleza y valor, pero desplegando una castellanía que hace contrapunto sutil a la idiosincrasia apenas galante de los caballeros de Francia, Don Bernardo del Carpio y su escudero. Ellos desarrollan una historia más bien decepcionante, sin conclusión, deshilvanada; apenas por escenas brilla algo de vida dramática. En cambio, los personajes populares que aparecen, pastores y pastoras, un vizcaíno, tejen ex-

celentes escenas cómicas, y el hieratismo de la historia principal se alivia un tanto con ello. La versión que se conoce de esta comedia parece una refundida de algunas de la primera época, y deja ver algunos detalles defectuosos del acabado formal. Y el riguroso estilo de los caballeros contrasta fuertemente con esa blanda molicie de los otros personajes, cual si faltara una interacción más plástica de los grupos sociales. En cualquier caso, la nota cómica de la obra es altísima, y sólo por ello vale la pena leerla.

“El laberinto de amor”, con escenario en Italia, es la menos interesante de todas las comedias cervantinas, con la intriga más artificial y menos verosímil. Sus tipos masculinos son desleídos, planos y convencionales; aquí la astucia femenina, aplicada en formas poco emocionantes, triunfa sobre unas voluntades masculinas débiles y sin objeto. Un sexteto amoroso sin cohesión desemboca —por arte de máscaras y simulaciones— en tres pares de amores desorientados. Es visible cierto “efectismo” buscado, un cierto goce en enredar la historia. El propio Cervantes decía de ella que trata “disparates y marañas de amor”, y visto así no hay por qué reprocharle al “Laberinto...” su carácter laberíntico, pero no se ve el hilo de Ariadna, el tensor dramático que sostenga la atención gustosa del espectador-lector a lo largo de tanto enredo. Aunque es cierto que se gana al releerla, atentos nada más al teatro psicológico: esta historia de conveniencias y cortesés discreteos se vuelve así un curioso espejo de las debilidades del espíritu cortesano, y un elogio —no desprovisto de ironía— a la mujer que sabe lo que quiere, así esto no parezca de mucho mérito a nuestros ojos. La figura dramática más convincente de la obra, Porcia, ocupa un puesto notorio en la galería cervantina de pícaros honrados.

“La entretenida”, entre las de capa y espada, es la mejor de las comedias cervantinas. Comedia de lacayos, pajes, fregonas, en un ambiente doméstico, entre

enredos amorosos algo difusos, con un incesto virtual sirviendo como tema de especulaciones y picardías y con intriga medio policial. Entretenida, es una buena calificación. Hay unas escenas de teatro en el teatro muy bien integradas al argumento. Comedia pura, sin tragedia a la vista, como sucede en casi todas las demás de Cervantes. El final establece un cambio interesante: nadie se casa, por no querer o no poder, contra la rutina de "casamientos" de tanta comedia lopesca... y cervantina.

"El rufián dichoso" ocupa un lugar aparte. Drama esencialmente religioso, "una de las mejores comedias de santos" del teatro español, narra la vida aventurera de Cristóbal de Lugo y su criado Lagartija, y la conversión y el proceso de expiaciones al que aquél se somete, ya en México, vuelto fraile dominico y devenido un "Don Quijote a lo divino" por la salvación del alma de una dama. El relato es rigurosamente histórico, y Cervantes insistía en ello tal vez para deslindar su obra de tantas otras inverosímiles comedias de santos, por entonces de moda en la católica España. La primera jornada transcurre, en un ambiente rico en pícaros y picardías, entre jácaras y germanía, en la luminosa Sevilla donde el diablo puso casa; todo lleno de simpáticas aunque no muy santas historias y acciones. Luego la obra cambia de tono, se adensa, se torna de allegro en adagio y andante; lenta, gradual, escalonadamente, el personaje asciende por caminos de perfección espiritual, se desprende de su pasado, renuncia de sí; sus plegarias, su ascetismo, son conmovedores: el "soliloquio de conversión" fue admirado e imitado muchas veces por otros autores. Los católicos pudieran hacerse un bien si estimaran mejor este católico teatro. El rufián, la sultana, el español gallardo y muchos otros héroes cervantinos son caracteres religiosos íntegros, completos, auténticos, contradictorios, victoriosos en su fe, ejemplares en su humanidad. Estudiándolos se enrique-

cería sin duda, en hondura, amplitud y tolerancia, el sentimiento religioso. Los elogios de Barrés a "El rufián dichoso" merecen repensarse en este sentido. En el carácter del personaje principal se fusionan "el españolismo", la manera española de cortesanía tan admirablemente expuesta por Stendhal; el misticismo a la manera de Santa Teresa y San Juan; la ascética, a lo Zurbarán. Igualmente las devociones y prácticas religiosas, las "devociones" y prácticas truhanescas y pícaras, tienen preciso sabor español. Esta comedia, como las moriscas, es teatro nacional. Astrana —por su fe y su nascencia— es a nuestro juicio quien mejor ha sabido captar el significado muy especial de esta gran comedia a la que los estudiosos luteranos consideran más fríamente, con una distancia emocional casi insalvable.

Por último —last but not least— el dramaturgo Cervantes nos regaló "Pedro de Urdemalas", una de las obras cimeras del teatro universal. Esta bellísima comedia picaresca se fabricó a partir de tradiciones orales y populares —y, tal vez, con base en algunos libros de consejas y relatos— acerca del "Proteo" de los pícaros y vividores españoles. Pedro de Urdemalas hacía parte sustancial del folclor pero no había entrado a la vida de las tablas, su elemento natural, su atmósfera espiritual congénita por así decir, aquello para lo que lo había educado una variada y aleccionadora existencia de farsante. Cervantes lo conduce a su medio a través de una intriga perfecta, entre graciosas peripecias, y al tragicómico tránsito del pícaro por tantas identidades lo transforma en la identidad de un auténtico actor. Al conquistarse una segunda naturaleza estética Pedro de Urdemalas —hijo de piedra, que no de padre— halla lo mejor de su propia naturaleza. Con sutiles trazos de nobleza embelleciendo sus truhanerías, y con él progresivo esclarecimiento de su verdadero camino espiritual, el personaje suscita en el espectador-lector, más que mera simpatía, cariño y admiración. Pedro es

figura tan plástica y estilizada, tan poética, cual Don Quijote o Sancho, con un carácter tan complejo y rico en expresión como el de las figuras más famosas del universo cervantino. Cervantes creó, en "Pedro de Urdemalas", el modelo teatral del pícaro honesto, en el que se basaron Salas Barbadillo, Montalbán y Calderón de la Barca para sus recreaciones literarias del tipo.

La obra desarrolla, en armonioso movimiento, cuatro motivos principales. Cada escena llena de vida y animación, alternándose ágiles unas a otras, componiendo juntas un gran retablo de la vida alegre, marginal y laica. Todo lleno de luz y color, de cantos y bailes, en un aire de fiesta de vísperas, de broma risueña y confiada esperanza. Un luminoso canto de amor a la vida y a las potencias liberadoras del arte. Todo estudiante de teatro haría bien si pusiera a "Pedro de Urdemalas" en su mesa de estudio: pues no se trata de encontrar el gran teatro del mundo —en él actuamos sin necesidad de arte— sino mejor de aprehender "el gran mundo del teatro", en esta obra teatralizado de manera precisa y elocuente. Surgiendo de la vida, entreverado con la corte y con el pueblo, el teatro es el doble de la vida, su réplica inmaterial y espiritualizada, intelecto que toma cuerpo y da a nuestra borrosa existencia figura concreta; vida que se objetiva, y, provisionalmente, encuentra un sentido para lo que le acontece y se reconoce en ese juego perpetuo —y gratuito— de fuerzas actuantes. Cervantes nos muestra, merced a una lograda proeza de "teatro en el teatro", el lugar del drama en el espectáculo de la vida, la potencia de segundo grado que el arte posee respecto de la vida. Y como para rubricar la novedad de su creación, él mismo se introduce como autor de la comedia mientras Pedro se convierte en actor que la representa. Finalmente, para coronar su obra "libre y suelta", "artificiosa, industriosa y galana", pone a Pedro a avisar que mañana representará ¡esa misma comedia! para los que no

la han visto, asegurándoles —y aquí nos imaginamos al creador esbozando una hermosa sonrisa, al actor ejercitándose en la suave ironía— que esa comedia no se parece en nada a las de la escuela aquella. Y cae el telón.

En conclusión creo haber mostrado que por sus entremeses no menos que por sus comedias, Cervantes merece considerarse gran dramaturgo, autor de obras que despliegan ideas escénicas autónomas y propias, independientes de las del teatro lopesco. Innovó en la forma y en el contenido del teatro mayor y del teatro menor. Cervantes pertenece a la tercera generación de autores dramáticos y sobrevive a la cuarta; como él mismo lo indicaba en un prólogo, sería una falta de perspectiva y equidad reducir al lopesco el teatro español de esa cuarta generación: Vélez de Guevara y Guillén de Castro, entre otros que cita, y —ahora lo sabemos con seguridad— el propio Cervantes, han "ayudado a llevar esta gran máquina al gran Lope".

BIBLIOGRAFIA

- ASTRANA MARIN, Luis, *Vida ejemplar y heroica de Miguel de Cervantes*, 7 vols., Madrid, 1948-1958.
- CANNAVAGIO, Jean, *Cervantes*, Madrid, Espasa Universidad, 1987.
- CASTRO, Américo, *El pensamiento de Cervantes*, Noguer, Barcelona, 1972.
- CLEMENCIN, Diego, Comentarios al "Quijote", en *Don Quijote de la Mancha*, Edición IV Centenario, ed. Castilla, Madrid, 1905.
- McKENDRICK, Melveena, *Cervantes*, Salvat Editores, Barcelona, 1986.
- REY HAZAS, Antonio y SEVILLA ARROYO, Florencio, "El arte del entremés", Revista *Anthropos*, Barcelona, N° 98-99, 1989.
- RILEY, Edward C., *Teoría de la novela en Cervantes*, Taurus Ediciones, Madrid, 1971.
- RIQUER, Martín de, *Aproximación al Quijote*, Salvat Editores, Navarra, 1970.
- VALBUENA PRAT, Angel, Estudio preliminar y prólogos, en *Las Obras completas de Miguel de Cervantes*, Aguilar, Madrid, 1960.
- YNDURAIN, Francisco, *Cervantes y el teatro*, Prensa Española, Madrid, 1969.



Luis jair gómez g.

LA GESTACION DEL CONCEPTO DE ECOLOGIA HASTA HAECKEL, Y MUTACIONES RECIENTES

INTRODUCCION

A pesar del amplio interés reciente por la Ecología, no es éste un campo del conocimiento cuya aparición tenga la misma juventud. Se suele fechar entre 1866 y 1870, según el texto de Haeckel de donde se toma su primera denominación y definición, pero en realidad su gestación fue un proceso relativamente lento, que inclusive antecede en varias décadas el nacimiento mismo de la biología y de la eclosión de la teoría transformista.

ANTECEDENTES PREDARWINIANOS

En Empédocles se rompe el animismo unificado anterior a él para dar paso a un animismo dual, en el cual el alma de na-

turalidad física y fluida se superpone a una segunda categoría de almas compuestas de elementos y por tanto precederías y consecuencialmente sometidas a los ciclos del devenir. Es la alteración del amor y el odio que en la "evolución del ciclo", regulados por el circular Sphairos hacen brotar de la "potencia vegetal de la tierra", los vegetales, "los peces que viven en las aguas, los animales salvajes que tienen su guarida en las montañas y los pájaros de mar que se deslizan sobre sus alas", y, por supuesto, al hombre, todos inmortales;

"un hombre sabio no formulará nunca en su interior el siguiente oráculo,

a saber, que durante todo el tiempo que viven lo que se llama vida

sólo entonces existen y sufren la desgracia o felicidad,

mientras que antes de que los mortales hubieran sido formados y después de su disolución no serían absolutamente nada.

Lo mismo que eran antes, igualmente serán y creo que nunca el tiempo infinito estará libre de esta alianza" (1).

escribe en uno de sus versos "sobre la naturaleza de los seres".

Se tardarían 22 siglos para que, por exigencia de la lógica de la física, este universo unificado, que se transforma cíclicamente, pero es eterno y único, fuera separado completamente entre alma y materia, es decir, entre substancia "constituida por formas y almas", y una substancia corpórea, que por ser de distinta naturaleza no pueden comunicarse sino sólo mantener su unidad mediante "un perfecto acuerdo" que es lo

que produce "lo que llamamos su **comunicación** y constituye la única unión entre el alma y el cuerpo", dice Leibniz ⁽²⁾.

A pesar de su discurso estrictamente filosófico, Leibniz sustenta su tesis en la teoría del encaje, en boga en la época, —siglo XVII—, formulada por Swammerdam, Malpighi y Loewenhock, "excelentes observadores contemporáneos" que "me han inducido a admitir fácilmente que el animal y toda otra sustancia organizada no comienza cuando nosotros creemos y que su generación aparente no es más que un desenvolvimiento y cierta suerte de crecimiento" ⁽³⁾. Y agrega luego, "es natural que el animal que siempre ha sido vivo y organizado, permanezca siempre así" ⁽⁴⁾.

Esta teoría del encaje le permite a Leibniz separarse de la metempsicosis necesaria a la concepción empedoclediana y además, separar los seres vivos de la influencia del medio, a pesar de que hace uso expreso del término "economía del cuerpo" ⁽⁵⁾, que probablemente sólo le sirve para explicar esa "cierta suerte de crecimiento" de que habla para negar la "generación" de los seres vivos.

A pesar de la distancia que toma el animismo propio de los griegos y de los ligeros avances sobre el "maquinismo" cartesiano, se mantiene aún una completa separación de los seres vivos entre sí y del medio. Con esta independenciamiento que da toda la fuerza al alma, como una primera incursión en el vitalismo, se entra al siglo de las luces donde el mundo de los seres vivos, que empieza a hacerse así distinguible del universo de lo inerte, echará mano de las relaciones entre elementos, que la teoría económica, ya de gran prestigio, ha reconocido como necesarios en la dinámica del mundo social de los intercam-

bios y que empieza a construir desde el mismo Petty sin que esto signifique que se ha abandonado al mecanicismo.

Pero para que pudiera aparecer un concepto complejo como el de Ecología, era necesaria una completa comprensión de la interacción ser vivo-medioambiente, que a su turno exigía la previa aparición del concepto de circularidad de la vida. Ambos aspectos sin embargo, toman cuerpo independientemente, como era de esperarse en una sociedad intelectual que se mueve dentro de la lógica analítica que sólo reconoce la racionalidad de los fenómenos una vez logra escindir el todo en sus partes y reconstruirlo nuevamente, en un doble juego de análisis y síntesis. El de circularidad, anomalía curiosa, nace a la sombra de la Economía Natural; el otro, —interacción ser vivo-medioambiente—, emerge de los estudios biogeográficos, pero sólo logra consolidarse dentro del concepto de Economía Natural.

No es casual sin embargo, que la dinámica de los seres vivos se resistiera a ser explicada desde la mecánica. Ya la idea de **comunicación** como forma de unión entre el alma y el cuerpo, que invoca Leibniz, es un rechazo a la mecánica, en tanto la animación propia de la materia viva, lejos de provenir de fuera como en el caso de las máquinas de sustancia inerte, mana de su propio ser, de su organización consubstancial.

En este punto los desarrollos logrados por la economía en constitución, eran los únicos que podían ofrecer alguna posibilidad explicatoria de interacciones entre elementos, aún no cabalmente comprendidos, tampoco, pero que suministraba una mejor clave para el conocimiento de la naturaleza.

Quesnay, médico y economista, se plantea, como nos hemos apresurado a señalar en el aparte anterior, el reciclaje de la materia a través del nacimiento y muerte de los seres vivos, con lo cual se avanza sobre Leibniz y se integra, por primera vez (desde Lucrecio), el mundo orgánico al inorgánico; pero sería Lavoisier, mezcla de químico y economista práctico, —recuérdese su prolongado trabajo de asistente general—, quien vuelca toda su capacidad para establecer una "rigurosa contabilidad agrícola", según la expresión de Dagognet, quien lo exalta además como el "agronomo revolucionario por excelencia" sería él, decía, quien formulara por primera vez la circularidad de la vida, principio fundacional sobre el cual puede empezar a avanzarse de la biogeografía a la ecología.

Cid ⁽⁷⁾ se apoya en Caullery para anotar que Lavoisier había ya planteado el ciclo general de la materia viviente en los tres reinos: "Los vegetales —escribe Caullery—, toman en el aire, el agua y el reino mineral los elementos necesarios para su organización, los animales se nutren de los vegetales o de otros animales que así mismo se nutren de vegetales; y, por fin, la fermentación, la putrefacción y la combustión dan a la atmósfera y al reino mineral los principios que los vegetales y animales le han tomado prestados", principio éste que parece haber sido consignado en sus obras de publicación póstuma.

Siempre a la sombra de la Economía de la Naturaleza esta concepción irá configurándose lenta pero seguramente. Aquí, uno de los campos de trabajo de los naturalistas de la época, que aporta elementos que fortalecen esta idea de los encadenamientos es el de los biogeógrafos, todos ellos sin otra lógi-

ca que la de la Economía Natural, entendida como la manera en que los seres vivos se relacionan en la perspectiva de constituirse todos, a partir de un gran fondo común de materia inorgánica desde la cual conservan su espacio, se expanden o retroceden en la lucha por la vida, siempre con igualdad de oportunidades. Esta concepción fundacional servirá de zócalo a todo el edificio de la biología que empezará a erigirse por este mismo tiempo.

Es realmente destacable observar cómo, paralelamente al desarrollo del concepto de transformismo y a la noción de biología que se construye en el seno de su teoría en tanto resulta insatisfactorio el complejo proposicional de la Historia Natural que aún lastra su exposición transformista, paralelamente digo, los biogeógrafos empiezan a plantearse los seres vivos como un conjunto dentro del cual interaccionan entre sí y se agrupan según exigencias de una Economía Natural. Limoges⁽⁸⁾ cita a Strickland, quien en 1811 escribe: "La provisión de seres orgánicos es exactamente proporcional a la demanda y la naturaleza no crea seres sin que la necesidad de ellos se haga sentir, (con el sólo fin de producir una clasificación regular) ni cuando éstos no pueden sobrevivir". Un lenguaje económico similar había empleado Cuvier unos años antes —1788— en una de sus cartas a Pfaff, en donde manifiesta la necesidad de abordar el análisis de las relaciones de los seres vivos con el resto de la naturaleza (Limoges⁽⁹⁾).

Se empieza así, en forma apenas perceptible, a pasar de la taxonomía propia de la Historia Natural, en la que cada especie ocupa un lugar específico e inmodificable, y en la cual las especies se agrupan "según la analogía de su estructura" (Humboldt), a un análisis relacional

mediante el cual se le integra al mundo físico y se crea "la geografía de las plantas propiamente dicha, y se relacionan con los problemas más importantes de la meteorología y la física del mundo", escribe el mismo Humboldt⁽¹⁰⁾.

Pero este modelo del biogeógrafo alemán, no se queda en la caracterización de un paisaje sino que incorpora, y de buena gana, aunque sin poderlo desarrollar suficientemente, el ciclo general de la vida que ya se perfila desde Lavoisier, tal como se refirió anteriormente. "Nos detendremos aquí en las especies vegetales, pues es su existencia donde reposa la de los animales. Las plantas trabajan, sin cesar, en apropiarse la materia bruta del suelo, en coordinarla orgánicamente, y preparar por la fuerza vital, la mezcla que, después de mil transformaciones, se purifica hasta el punto de convertirse en la irritable fibra nerviosa", escribe Humboldt⁽¹¹⁾, y más adelante agrega, "pero esta abundancia de la vida orgánica siempre ocupada en agrupar, bajo formas nuevas, los elementos desintegrados por la muerte, se renueva y varía según los climas"⁽¹²⁾.

En casi medio siglo después de la publicación del "Ensayo sobre la geografía de las plantas", en 1805, Humboldt avanzó en su idea de relaciones entre los seres vivos dentro de condiciones meteorológicas y geográficas generales: "se explica, —dice—, cómo, en un espacio dado, los individuos de una clase de plantas o de animales se limitan recíprocamente respecto a su número, y cómo, según las luchas y una larga oscilación, se puede establecer por las necesidades de alimento y género de vida un estado de equilibrio"⁽¹³⁾. Cabe hablar de dos puntos que deben destacarse en esta expresión de Humboldt.

En primer lugar una clara concepción entre seres vivos, modelada por las condiciones geoclimáticas, que conducen a un "estado de equilibrio", y que nos permiten, con todo derecho, reconocer ahí una noción preecológica; pero además aparece ya el sentido de "lucha" dado a esas interacciones, lo que lo pone, a su pesar, entre Lamarck y Darwin. No hay que engañarse sin embargo, la plena conciencia de lucha no es posible dentro del pensamiento fijista, en el cual el servicio vivo se ajusta al medio sin ninguna iniciativa, tal como ocurre en el lamarckismo. Sólo un enfoque dialéctico como el de Darwin haría posible surgir en el seno del evolucionismo, una noción como la de "lucha por la vida", como tan atinadamente lo ha hecho notar Nowinski⁽¹⁴⁾. En efecto, mientras para Lamarck no hay lucha por la vida sino que al "esparcirse generalmente por todas las regiones habitables del globo, cada especie ha recibido la influencia de las circunstancias en las que ha contraído las costumbres que le conocemos y las modificaciones en sus partes que nos muestra la observación"⁽¹⁵⁾, para Darwin "como son producidos más ejemplares de los que tienen posibilidades de sobrevivir, tiene que haber, en cada caso, una lucha por la existencia, ya sea de un individuo con otro de la misma especie, o con individuos de especies distintas, ya sea con las condiciones de vida"⁽¹⁶⁾. No olvidemos sin embargo, que para Humboldt las ideas evolucionistas de Lamarck y sus seguidores predarwinistas, son "fantasías sobre la transformación sucesiva de las especies tanto animales como vegetales"⁽¹⁷⁾.

En este proceso histórico de la incorporación del medio al análisis de las manifestaciones de los seres vivos, es realmente conspicua la posición de Comte.

En su conocida lección 40 del curso de "Filosofía Positiva", acoge plenamente "la definición filosófica de vida", planteada por Blainville, quien "propuso caracterizar este gran fenómeno por el doble movimiento intestino, general y continuo a la vez, de composición y descomposición, que constituye en efecto su verdadera naturaleza universal", a lo cual agrega el filósofo positivista: "Esta luminosa definición no me parece dejar nada importante qué desear, a no ser una indicación más directa y explícita de estas dos condiciones fundamentales correlativas, necesariamente inseparables del estado vivo: un **organismo** determinado y un **medio** conveniente" ⁽¹⁸⁾. Se avanza en esta posición comtiana de la apreciación puramente filosófica de Blainville, a una integración total del ser vivo al medio, es decir, y como escribe el mismo Comte hacia el final de la lección 40, se trata de "unir constantemente, de modo general y especial, la doble idea de **órgano** y de **medio** con la idea de **función**", aserto en el que se esboza, quizá sin proponérselo, un elemento central del evolucionismo darwinista: "conforme a la ley universal de la equivalencia necesaria entre la reacción y la acción, el sistema ambiente no modifica al organismo sin que éste ejerza a su vez sobre él la correspondiente influencia" ⁽¹⁹⁾. Se está a la altura con todos los elementos y relaciones que harían posible el salto darwinista que se erige con gran fortaleza sobre el trabajo extraordinario de Lyell, que hace posible referir los registros fósiles a la lógica transformista asentada sobre una visión sistémica de la vida y el medio en el que el término lucha, utilizado por Humboldt, un fijista, antes que Darwin restituya el ser vivo al medio en el que se desenvuelve, ubicando su dinámica vital

en una perspectiva teleonómica del intercambio permanente e irreversible con el ambiente biofísico.

LA ECOLOGIA A PARTIR DE DARWIN

La sola aparición de los conceptos no garantizan su integración a un nivel superior. Se requiere una aproximación dialéctica para lograr superar el atomismo que mantiene independientes estas dos nociones surgidas dentro de un pensamiento atomista y que, en consecuencia, impide llegar a la concepción, sistémica en esencia, de ecología. El proceso recorre necesariamente un camino: los biogeógrafos, particularmente Humboldt, reúnen ambos conceptos, pero el fijismo es un obstáculo epistemológico insalvable. Comte puede refinar el concepto de lo biológico a partir de la fisiología, lo que le ayuda a dar un paso más claro en esta dirección, aunque "inmediatamente cede ante el prestigio de la mecánica" (Canguilhem ⁽²⁰⁾); sólo en Darwin, y en Wallace naturalmente, puede desplegarse en su plena dimensión esa interacción, consubstancial a la vida, con el medio, aunque en ningún momento lleguen explícitamente a reconocer el concepto, en tanto su preocupación estaba centrada en el transformismo.

Es innegable el recato que caracteriza a Darwin en la exposición de su teoría. El cuidado y, por lo demás, la honestidad, que se percibe sin ninguna dificultad a lo largo de su discurso, parecen velar sus argumentos centrales. Probablemente la lección dejada por los fuertes ataques a Lamarck y a Chamber hayan agudizado su precaución, sin embargo, son perceptibles sin dificultad ninguna, los elementos centrales que nos per-

miten reconocer el nuevo giro que el concepto de medio toma en Darwin. En primer lugar la complejización de este elemento es evidente, pues, si bien para Comte existe una acción recíproca entre organismo y medio, ésta debe ser tan precisable que "conocido previamente el sistema ambiente, . . . se ve que el doble problema biológico puede ser planteado, lo más matemáticamente posible, en estos términos generales: dado el órgano o la modificación orgánica, hallar la función o el acto, y a la recíproca ⁽²¹⁾. Para Darwin, en cambio, "éste es un tema extremadamente intrincado", en el que todo el conjunto de los seres vivos que se relacionan entre sí y con el medio "de un modo tan complejo, han sido todos producidos por leyes que obran en torno a nosotros. Esas leyes, —agrega ya al final del Origen—, tomadas en el sentido más amplio, son: crecimiento con reproducción; herencia, que está casi implícita en la reproducción; variabilidad por la acción directa e indirecta de las condiciones de vida, y por el uso y desuso; una proporción de incremento tan alta que lleva a la lucha por la vida y en consecuencia a la selección natural, acarreado divergencia de caracteres y extinción de las formas menos mejoradas" ⁽²²⁾. Sólo una visión de las relaciones seres vivos-medioambiente como ésta, que conlleva un proceso evolutivo que incorpora el tiempo "mucho más que como un simple parámetro de la física, porque es indisociable de la génesis misma del mundo viviente y de su evolución" (F. Jacob ⁽²³⁾); es decir, el conjunto de seres vivos y su ambiente, como nosotros lo vemos en un momento dado son "entonces el resultado de una transformación irreversible, y proviene" de un estado anterior, para calcar la expresión de Pri-

gogine ⁽²⁴⁾. Es claro que la relación comtiana ser vivo-medio, por corresponder a "situaciones sencillas, idealizadas, que no son representativas de la relación física que nos rodea" ⁽²⁵⁾ es matematizable linealmente, mientras en el mundo darwiniano sólo sería interpretable por "ecuaciones no-lineales que tienen muchas soluciones posibles, y por consiguiente una multiplicidad, una riqueza de comportamientos" (Prigogine ⁽²⁶⁾).

Mirada desde el montículo formado por los conocimientos del último medio siglo, la exposición evolucionista de Darwin contiene ya, claramente expresadas aunque no necesariamente denominadas, casi todas las nociones fundamentales del concepto de ecología que nos llevan hasta la designación y aún significación de los aspectos fenoménicos que comprenden: organización, nicho, estructura sistémica, biocenosis, etc.; y por supuesto el concepto de ecología. Con razón se ha dicho que el darwinismo es una teoría ecológica de la evolución.

Pero a pesar de la claridad de Darwin, la visión mecánica, atomizante del mundo, seguirá deformando su pensamiento por varios decenios más, a pesar de que empiezan a parecer las denominaciones formales de las nociones fundacionales de su marco teórico. En efecto, la conceptualización de un intrincado campo de relaciones entre seres vivos, entre sí y con el medio físico, que aparece a los ojos de muchos bajo la visión equivocada de un despiadado campo de batalla donde impera sólo el más fuerte como tan adecuadamente lo ha hecho notar Kropotkin ⁽²⁷⁾, en contra del sentido metafórico de la expresión "lucha por la vida", que expresamente Darwin se empeñó en señalar ⁽²⁸⁾, fue lograda como culminación de un largo pro-

ceso con una doble manifestación, —el biogeografismo y el transformismo—, que se anudan a partir de un sustrato empírico: la tendencia a la multiplicación ilimitada y los estreñimientos que impone la lucha por las fuentes limitadas de alimento dentro de un espacio físico reconocible.

En un lado el transformismo había logrado una extraordinaria elaboración entre Lamarck y Darwin, que Haeckel acogió con gran efusividad, pero además al revisar el aserto de von Baer de 1828 cuando escribió, según la transcripción de Coleman ⁽²⁹⁾ "la historia del desarrollo es la verdadera fuente luminosa para la investigación de los cuerpos organizados", pudo moverse desde el espacio de la ontogénesis al de la filogénesis, que se inscribía mucho mejor en su concepción de la ecología como "esencia de lo que generalmente se denomina «Historia Natural»"; en tanto se corresponde mucho mejor con la idea lamarckiana de un progreso desde lo menos organizado hasta lo más organizado, respondiendo siempre a esas dos leyes fundamentales de la naturaleza la doctrina de la evolución y la ley de la sustancia según la enuncia en la última de sus obras, "Los enigmas del universo" ⁽³⁰⁾. Se entiende así el valor de su afirmación de que todas las formas de vida "aun las más superiores y complejas pueden surgir sólo a través de diferenciación gradual y transmutación de las formas más sencillas y más inferiores de existencia", según una cita de Coleman ⁽³¹⁾. Es ésta, seguramente, una condensación muy bien lograda del pensamiento lamarckiano con su pesado lastre mecanicista con el que se identificaba mucho mejor que con el pensamiento ya claramente biologizado de Darwin. En esta medida se entiende que la expresión de Hae-

ckel: "en una palabra, la ecología es el estudio de todas las complejas interrelaciones a las que Darwin se refería como las condiciones de la lucha por la existencia", tengan que ser aclaradas a continuación diciendo: "La ciencia de la ecología, a menudo considerada equivocadamente como «biología» en sentido restringido, constituye desde hace tiempo la esencia de lo que generalmente se denomina «historia natural»" ⁽³²⁾. Es innegable, a partir de este párrafo, el dominio del transformismo lamarckiano lastrado de mecanicismo en la idea de ecología de Haeckel; baste recordar que para éste, todos los cuerpos del mundo orgánico están "sujetos a las mismas «eternas leyes de bronce» de la física y la química" ⁽³³⁾. En efecto, señala luego, "todos los organismos vivos son sensibles, sin excepción, distinguen las condiciones del medio exterior que les rodea y reaccionan en frente de él por medio de ciertos cambios que en ellos se efectúan. La luz y el calor, la gravedad y la electricidad, los procesos mecánicos y los fenómenos químicos del medio ambiente obran como **excitantes** en el **psicoplasma** sensible y provocan en él cambios de composición molecular" ⁽³⁴⁾. Es éste un enunciado claramente lamarckiano, pero adobado con la "ley de la sustancia" cuya enunciación haeckeliana la hizo posible el avance de la física y la química del siglo XIX a las que no tuvo acceso Lamarck. No hay duda, la concepción que envuelve el primer enunciado sobre "ecología" hecha por Haeckel, es más lamarckiano que darwiniano, y de éste sólo se incluye la noción de "lucha por la vida", entendida como nutrición en tanto "el análisis espectral nos ha mostrado que nuestro globo y los seres que lo *habitan están compuestos* de idénticos materiales" ⁽³⁵⁾,

lo que le permite incorporar el concepto de Economía Natural de los biogeógrafos y del mismo Darwin, que no tuvo cabida en el pensamiento de Lamarck, sino sólo dentro de la idea de mantener "el orden general". en tanto la naturaleza tiene que tomar precauciones para restringir la multiplicación de las especies más imperfectas a unos "límites que nunca pueden franquear" ⁽³⁶⁾. Así, el concepto darwiniano de lucha por la vida fue asimilado al de economía natural de los biogeógrafos para actualizar el lamarckismo, conservando así, escrupulosamente, la concepción mecanicista del universo tan cara a Haeckel.

En otro lado la Economía Natural llevaría su preeminencia en los análisis de la nueva problemática de las relaciones entre los seres vivos, entre sí y con el medio. Si seguimos a Acot ⁽³⁷⁾ fue Warming el verdadero fundador de la ecología, a pesar de que el término hubiera aparecido casi tres décadas antes con Haeckel. La definición transcrita por Acot dice que la "geobotánica ecológica", a diferencia de la "geobotánica florística", "nos enseña de qué forma las plantas y las comunidades vegetales adaptan sus formas y sus comportamientos a los factores que actúan de forma efectiva, tales como la cantidad de calor, de luz, de alimento y de agua disponibles". Así el programa de Warming, dice el historiador francés, conduce al estudio de la economía de las plantas, lo que lo habilita para exclamar: "la ecología ha nacido", afirmando luego que "Warming se sitúa en el punto de ruptura: la ecología va a proporcionar a la geobotánica las bases biológicas que necesitaba para seguir progresando". Si nos atenemos a este análisis del texto de Warming y corriendo los riesgos que conlleva apoyarse en la reproducción inte-

lectual del pensamiento por una segunda mano, nos parece que apenas se ha avanzado un punto sobre Haeckel, en tanto es ya la biología, el punto de apoyo para el estudio de las relaciones ser vivo-medio y no la historia natural como preocupación que supone una marcha de organismos poco complejos a otros más complejos. Es, en efecto, interesante observar cómo para Warming, —y ésta parece ser una de sus preocupaciones centrales—, los caracteres particulares de las formas biológicas "...corroboran en cierta medida el punto de vista lamarckiano sobre la herencia de lo adquirido", según la cita de Acot ⁽³⁸⁾, lo que de nuevo y a diferencia de Darwin, establece una relación unidireccional medio-ser vivo, que a pesar del mecanicismo lamarckiano y haeckeliano, difiere del comtiano. Hay que anotar, como ya lo habíamos hecho, que para Comte "el sistema ambiente no modificará el organismo sin que éste ejerza a su vez sobre él la correspondiente influencia" ⁽³⁹⁾, en tanto para Darwin es un error, en el proceso evolutivo "considerar las condiciones físicas de un país como las más importantes, mientras no puede negarse que la naturaleza de las otras especies con las que cada uno tiene que competir es por lo menos igualmente importante, y, por lo general, mucho más importante como elemento de éxito" ⁽⁴⁰⁾.

Nos habilita este punto para insistir en que pueden, inicialmente, reconocerse dos corrientes en el proceso de ir dando forma a la noción de ecología, la mecanicista haeckeliana anclada en Lamarck y Comte; y la biogeográfica warmingiana anclada en Humboldt; corrientes que, en todo caso, no tienen, en ninguna circunstancia, la percepción globalizante de Darwin, en tanto es, hasta esta altura del tiempo, el único contexto en el

cual se reúnen en sentido sistémico, seres vivos entre sí y con el medio.

En todo caso también es punto para anotar, adelantándose a nuestro propio análisis, que la ecología nada tiene que ver con la forma en que el ser vivo y el medio se influyen y se modifican uno en otro, sino con el cuerpo de leyes que explica por qué una asociación de seres vivos, —una biocenosis—, es viable en un espacio dado, independientemente de las modificaciones evolutivas que puedan o no tener lugar; es decir, se trata más de reconocer las leyes que rigen la viabilidad reproductiva de las especies dentro de los constreñimientos que impone la red de complejas interacciones dentro de la biocenosis y de ésta con el medio físico, que la marcha evolutiva misma de la población y su ambiente. En esta medida el acento está puesto sobre la «economía de la naturaleza» y no sobre la evolución, aunque estos dos elementos no sean separables en la realidad sino en teoría con fines analíticos. De ahí que a partir de Haeckel y hacia adelante, la noción de Ecología que se prefigura en Darwin como necesidad de su teorización, sufra las deformaciones del mecanicismo dominante que rápidamente desvían la construcción lógica, a partir de referentes individuales y atomizantes, que provocan el surgimiento de nociones dentro de otros discursos con otras lógicas, que se van presentando inconexas haciendo irreconocible la unidad globalizante del texto darwiniano. De esta manera se va echando mano ilegalmente del discurso evolucionista darwiniano, y emerge en su plenitud una armazón que lentamente se va configurando a partir del mecanicismo como logot dominante.

Hay que decirlo, Haeckel, a pesar de lo que se quiera hacer creer, no es continuador de Darwin, y su apreciación ecológica responde a otra conceptualización, la mecanicista. De ahí que en adelante el término mismo de ecología pueda ser recortado a campos restringidos del mundo vivo, y se pueda dar lugar a nociones que a pesar de su importancia en las construcciones más recientes del discurso ecológico corresponden a campos recortados y aislados del contexto genérico darwiniano de "cantidad casi infinita de acción y reacción orgánica" de los grupos de seres vivos en su interacción con el medio. Estas formas de incorporar la noción de ecología en el discurso delimitado, genera expresiones como la de que es la "ecología" la que puede permitir avanzar en la preocupación fallida de Humboldt de las leyes que rigen las "relaciones que existen entre las formas biológicas y el medio" ⁽⁴²⁾ que es la preocupación de Warming; o aquella otra de Schimper, para quien la "ecología" permitirá "estudiar sistemáticamente la influencia que tiene el medio, en el plano fisiológico, sobre los órganos de las plantas", según lo expresa Acot ⁽⁴³⁾, propósito ése que permite llevar a la botánica el programa formidable de Bernard en fisiología humana, pero entre los que hay, en realidad, una profunda brecha; mientras para Schimper el problema de la ecología es la respuesta fisiológica de las plantas a los cambios ambientales, para Bernard el problema de la fisiología, es la manera como el nivel de complejidad orgánica en los seres vivos permite aislar su "medio interior", de los efectos cambiantes del "medio cósmico exterior". Cabe anotar que no hay en el fisiólogo francés ninguna preocupación por la ecología, en tanto su interés es

el ser vivo identificable como individuo a través de la constancia de un "medio interior, que es un verdadero **producto del organismo**" ⁽⁴⁴⁾.

Clements, tan exaltado por Acot, lleva a la población vegetal el concepto de entidad individual e identificable plenamente, y es, éste, sí, quien traslada la idea bernardiana de la homeostasis a ese "organismo", entendida como la tendencia a resistir las transformaciones y a mantener en un estado de equilibrio a esa población vegetal como organismo identificable, según lo expresa el mismo Acot ⁽⁴⁵⁾. No hay duda de que acá sería más apropiado hablar de una homeostasis en el riguroso sentido fisiológico de Bernard, y no desde la ecología, caso en el cual la validez de este concepto sería de muy dudosa aplicabilidad. En efecto, hablamos de homeostasis para referirnos a la rigurosidad funcional dentro de límites estrechos a pesar de condiciones externas, natural o artificialmente cambiantes. Por lo tanto, mientras el "medio interior" bernardiano mantiene su constancia por "mecanismos aisladores y protectores de los medios" ⁽⁴⁶⁾, en el espacio ecológico, la biocenosis se mantiene en tanto tenga capacidad de ajustarse a las cambiantes condiciones ambientales. Así, mientras el concepto del ser vivo para no modificarse, el concepto ecológico supone la reacción del conjunto de la biocenosis para modificarse.

Curiosamente el espacio de biogeografía humboldtiana había predominado recortado hacia la geografía botánica y apenas sí se habían aventurado algunos a delimitarlo hacia la zoología, pero es en este sesgo en donde empieza a tomar un giro nuevo la noción de ecología, nos referimos al de la inseparabilidad

de la fauna de la flora, inclusive superado ya el criterio de "Economía de la Naturaleza", sobre el que Humboldt, Darwin y Wallace habían hecho tanto hincapié y que Haeckel reduce a nutrición en tanto es, en su pensamiento, sinónimo de adaptación.

Se hace necesario entonces, invocar otras denominaciones que rebasen las limitaciones que el uso le ha dado al vocablo "ecología". Según Acot, el zoólogo Adams, en 1905, utiliza el término "comunidades bióticas", además del de "estadio", como culminación de un proceso que conduce a la configuración, más o menos estable, de un conjunto de seres vivos que deberían denominarse, según Acot, "estadio biótico" ⁽⁴⁷⁾. Posteriormente, en 1916, el mismo Clements que ya había mostrado preferencia por el término "ecología" para designar tanto la "descripción" como la "función" de los vegetales, en lugar de fisiología introduce el término "bioma", para "designar la entidad y la unidad biogeográfica constituida por una formación vegetal y la formación animal correspondiente", escribe Acot ⁽⁴⁸⁾.

Pero ese fraccionamiento del naciente campo de la ecología, y la inseguridad en las denominaciones de distintos aspectos, los tanteos diría mejor, no paran ahí, también se distingue en 1910 entre autoecología, que revive el medio interior de Bernard, y el de sinecología que revive el de biocenosis de Möbius, curiosamente conceptos originales, esbozados en 1865, el de medio interior, y en 1877 el de biocenosis.

No muy lejos de estas fechas, —1881—, K. Semper reúne a animales y a vegetales y empieza a dar cifras, y a bosquejar un análisis cuantitativo de la naturaleza, ya sugerido por Hum-

boldt en una de las adiciones que en 1849 hacía a su texto original de sus "Cuadros de la Naturaleza", cuando escribe sobre las limitaciones y ajustes recíprocos que en un espacio dado, se impone entre plantas y animales, hasta llegar a un equilibrio a través de "las necesidades de alimento y género de vida" ⁽⁴⁹⁾. Así, Semper establece por primera vez la proporción de 10 a 1 entre el conjunto de la masa vegetal producida por el suelo y los animales que viven de ella, según la cita de Acot ⁽⁵⁰⁾. Pasamos así del círculo trágico shakesperiano, en el cual "un rey puede hacer un viaje de gala por las tripas de un pordiosero" ⁽⁵¹⁾, cuando éste se ha comido el pescado capturado con el gusano que devoró las entrañas del rey muerto, a un espacio mayor, que tomará la forma piramidal con Elton, mediante limitaciones y ajustes entre plantas y animales. Por supuesto, aún las obstinadas discusiones experimentales entre Pasteur y Liebig primero y luego con Pouchet no habían alcanzado el eco suficiente, ni quizás tampoco las pruebas contundentes que transformarían el arsenal mecanicista sobre el cual se apoyaba el mismo repertorio de razones que explicaban los procesos en estudio, y que dejaron incomprendible por tanto tiempo la definición de Ecología de Haeckel. Aún, ya entrada la tercera década del siglo XX, G. Azzi, se explica el monumental trabajo de Vavilov sobre los efectos ambientales en la divergencia varietal del trigo, por su teoría de que "el ambiente físico —clima y suelo— en relación con el desarrollo y el rendimiento de las plantas cultivadas, desde el triple punto de vista cuantitativo (cantidad de producto), cualitativo (calidad del producto) y generativo (calidad de la semilla) ⁽⁵²⁾, es el campo propio de una disciplina que se llamará en

adelante "Ecología Agraria"; de igual forma reconocerá una Ecología Zoológica y una Ecología Humana ⁽⁵³⁾. Sin embargo, a pesar de su entusiasmo por el avance de este campo que asimila a la ecología, y para el cual reclama la calidad de disciplina autónoma, permanece aún fuertemente anclado en el lamarckismo y, sobre todo en el comtismo, a tal punto que a las relaciones planta-ambiente puede asignarles un valor derivado del rendimiento "que es el punto en el que el ser y el ambiente manifiestan armónicamente el resultado de sus relaciones" ⁽⁵⁴⁾. Esta conceptualización es tan cercana a la cuantificación mecánica comtiana que llega hasta escribir: "Las plantas agrícolas son, digámoslo una vez más, mecanismos vivientes que producen vino, harina, azúcar, aceite, perfumes, etc. . . Hemos de descomponer e individualar, —agrega—, las piezas de esta máquina que produce harina, materias grasas o azúcares. Cuando el producto sea idéntico en cantidad y calidad, aunque provenga de dos máquinas distintas, habremos de incluir éstas en un solo tipo, cualesquiera que sean las características botánicas diferenciales, las cuales no influyen en el rendimiento" ⁽⁵⁵⁾. Así pues, como en Comte, "dado el órgano o la modificación orgánica" se puede hallar la función o el acto.

En realidad hay que decir que la ecología se mantendrá por casi un siglo, incorporando materiales, relacionando componentes, produciendo elaboraciones, tanteando definiciones, en fin, sin lograr superar ni aprehender cabalmente el contenido que la simplificada definición de Haeckel había logrado extraer del texto darwiniano. Habría que agregar que Haeckel se preocupó fundamentalmente sólo por trazar el curso histórico evolutivo de los seres vivos, sin re-

basar los límites de la mecánica. Podría decirse que la riqueza de materiales que le proporcionó Darwin superaron las posibilidades de su marco de referencia, pues al fin de cuentas, era más el ser vivo como individuo, el principal objeto de atención, lo que los llevaría hasta Lwoff, pasando por Morgan, a todos aquellos que aún desechan a Smuts y al organicismo, por considerarlos representantes de la metafísica y por tanto de la anticencia.

MUTACIONES RECIENTES DEL CONCEPTO

Sólo asombro puede sentirse cuando se observa desprevencidamente el cambio formidable sufrido por el entorno cotidiano durante las últimas cinco décadas.

El desastre de la lucha del hombre contra sí mismo que se generó en el sentimiento primario del poder predador contra sus semejantes, se trastrueca en el ejercicio del poder sobre la naturaleza, que se quiere hacer suya sin ninguna concesión, por supuesto, al amparo de la engañosa sombra devastadora del poder del hongo nuclear de Hiroshima y Nagasaki. Se habla con orgullo de la "era atómica", que se refleja en ese cuadro desmembrado que representa el cubismo en el arte, en ese sentimiento de soledad y casi de impotencia interior del existencialismo, en la irreverencia sin límites frente a la estética convencional y "las buenas maneras" de comportamiento social, del movimiento Hippy, o aún en la expresión "patética" de la música, para hablar de quienes cultivan la sensibilidad artística, pero que a su vez se niegan con sus gestos o encaran con su preocupación desvalida, la soberbia, la desfachatez, la prepotencia del poder económico que

agrandada, falazmente, la aparente capacidad de la tecnología mecánica.

Pero no es solamente el enfrentamiento inocultable entre la sensibilidad humana, que se expresa en la creación artística, y el desarrollo racional calculado y frío, que además envanece, de los proyectos mecánicos presentados con ostentación irreverente. Es también una visión del mundo que se escinde en dos corrientes: aquellos que aún siguen aferrados a Bacon, poniendo la experiencia mecánica como punto de referencia para establecer juicios de validez universal sobre los fenómenos que se estudian, y que, en consecuencia, segmentan y analizan partes separadas, permitiéndose por lo mismo colocarse, como juez "objetivo", por fuera de la naturaleza. Otros en cambio, no sólo se sienten parte de esa misma naturaleza, sino que además la miran como una unidad global, no segmentable cuyos fenómenos son el resultado de múltiples interacciones de los componentes, a su vez, no entendibles sino en función de la unidad globalizante de la naturaleza.

El avance extraordinario del dominio mecánico cubre todos los frentes, y los logros económicos y tecnológicos del hombre durante el último siglo son tan significativos que se fortalece, cada vez más, el credo del "progreso", tangible en el desarrollo económico, independiente del sistema en vigencia, como expresión del avance metal-mecánico sobre el entorno en el cual se asienta la sociedad.

Sin embargo, la magnitud de las cuantificaciones tanto económicas, como de consumos energéticos, de minerales, de volumen y velocidad en el transporte, de gastos fundamentales y suntuarios, en fin, fueron opa-

radas por una serie de fenómenos que fueron apareciendo en contravía del formidable despliegue tecnológico y, sobre todo, a pesar del mismo.

Hubo quienes se preguntaron si en realidad el progreso podía ser tan indefinido como se pregonaba, y fue cuando se habló de "los límites del crecimiento", pero en el otro extremo de la cadena productiva, otros se preguntaron cómo deshacerse de los desechos, y fue cuando se habló de los "sumideros". Esta problemática empezaba a desbordar la tan celebrada capacidad tecnológica, al encontrarse el hombre con la realidad de que las soluciones concretas a los problemas puntuales no reinstauraban la normalidad. Se encontró entonces, frente a los límites de su conocimiento a pesar de la ostentación permanente de sus logros mecánicos.

Algunas voces, aisladas en principio, empezaron a llamar la atención sobre los efectos inesperados de los progresos tecnológicos. R. Carson⁽⁵⁶⁾, entre las primeras, presenta las cifras astronómicas de productos que alimentan el "desarrollo económico" de la floreciente industria de pesticidas químicos, que ella denomina más bien "biocidas", y los desastres sobre la biodiversidad. Luego el Club de Roma⁽⁵⁷⁾ llama la atención sobre las demandas energéticas y de materias primas, y la problemática ambiental de los desechos generados por el prodigioso desarrollo industrial. Pero además de estos reportes producidos a partir de un juicioso trabajo sistemático sobre las cifras, varios desastres inesperados agudizan la preocupación cada vez más extendida. Las muertes en el gran Londres, después del "smogs" de 1952 (diciembre); la muerte de los 46 pescadores de Minamata en 1956, la pérdida

de los bancos de sardinas en el Mediterráneo Oriental, cuando se alteró el flujo del agua del Nilo al mar, una vez se inició el llenado de la represa de Aswam, la desaparición del salmón de muchos lagos y ríos escandinavos; para no hablar de otros más recientes y espectaculares.

Así, los fenómenos desastrosos, muy ocasionales antes de la posguerra, empiezan ahora a hacerse más recurrentes y a llamar la atención sobre la influencia de los modelos conceptuales elaborados por buena parte de la comunidad científica que venían siendo tan exitosos en el desarrollo industrial, pero que resultaron insuficientes para explicar esta nueva problemática. El reclamo de Broecker⁽⁵⁸⁾, tomado como editorial de Science, es muy revelador al respecto: "Billones de dólares se están gastando en la construcción de facilidades diseñadas para verter los flujos de polucionantes a nuestras aguas continentales. Decenas de millones se están gastando en investigación tendiente a conseguir los conocimientos técnicos para estas necesidades nacionales. Casi nada se está gastando en investigación dedicada a la comprensión de los ecosistemas que buscamos preservar".

Claramente se advierten las dos caras de la moneda: de un lado, el afán tecnologista por resolver problemas puntuales desde el ángulo mecanicista; del otro lado, la insuficiencia de esta manera de abordar el problema ante la ignorancia sobre la forma en que operan los ecosistemas.

No es posible negar el prestigio de la mecánica, más cuando la llamada "ciencia occidental", lo conquistó apoyándose en los "Principia" de Newton, quien a su turno los derivó de la mecánica celeste que anteriormen-

te habían analizado Copérnico, Kepler y Galileo. Este desarrollo se ha caracterizado por el precepto de la universalidad de las leyes que fundamentan la ciencia y por la idea de la simplicidad de sus principios.

La solidez de este edificio teórico sustentado en formidables logros tangibles en el avance mecánico, ha empezado a acusar anomalías, hechos que han desbordado sus leyes. "Hoy día, dice Prigogine⁽⁵⁹⁾, hay que rendirse a la evidencia de que cualquier nivel que nos sea accesible, desde las partículas elementales hasta la cosmología, la naturaleza ya no se aviene a este paradigma clásico".

La ecología resulta ser un excelente ejemplo de esta ruptura paradigmática, y hay que reconocer además que aún se perciben los tanteos conceptuales propios de su crisis de juventud, como se intentó señalar en el aparte anterior. Haeckel mismo hizo un primer uso del término como sinónimo de "Biología", luego sustituye con él el de "Historia Natural", y por último el de "Economía Natural", indecisión de la cual hace eco amplificado Tudge⁽⁶⁰⁾, cuando dice que "la palabra «ecología» parece ser solamente una pieza de la ostentación académica: un nombre elegante para la Historia Natural". Por su lado Margalef⁽⁶¹⁾, un ecólogo moderno, aunque con reservas, la considera como otra de las ramas de la biología. Menciono estos dos investigadores, porque a diferencia de la mayoría de los restantes que han escrito textos específicos sobre el tema, además de evitar repetir simplemente a Haeckel, destacan la complejidad del tema, la amplitud de su objeto de trabajo, y hasta la dificultad para establecer unos límites a su contenido en tanto no sea posible reconocer un cuerpo proposicional coherente

e inequívoco. Es esa falencia la que le da la condición de heurístico al concepto que intenta desarrollarse hasta constituir un conjunto de nociones que le hagan posible ajustarse a situaciones de prueba. En esta medida parece más un campo científico de síntesis con la pretensión de configurar un núcleo a donde converjan disciplinas relacionadas, ya establecidas, mediante vínculos sistémicos que estructuralmente interaccionan a través de sus objetos de trabajo reconocidos como propios de ellas.

Un análisis cuidadoso, en efecto, parece mostrar que el campo de la ecología, sobre todo después del esbozo inicial de la teoría general de sistemas por Bertalanffy, ha ido avanzando en respuesta a los afanes diferentes de dos comunidades distintas. De un lado, el de la comunidad científica ocupada en reconocer y recortar campos del conocimiento con contenido propio, en forma tal que permita inscribirla en el listado de las ciencias. Hay que decir sin embargo, que no es un grupo homogéneo en su forma de abordar el estudio. Una porción de estos trabaja a partir del fondo del problema, su objetivo es desentrañar el contenido esencial del discurso ecológico.

Una forma de operar tal puede parecer metodológicamente sencilla. Se trataría de recoger el hilo de los precursores y avanzar en la dirección trazada, es retomar el camino donde Haeckel parece haberlo dejado. Algunos lo hicieron y su fruto se corresponde con el interés de rendir cuentas a la biogeografía, de tal manera que aunque Acot insiste en que hablan de ecología, es por su apego a que su núcleo está en la relación ser vivo - espacio físico, de ahí que acoja con tanto entusiasmo el trabajo que G. Azzi cons-

truye desde la agricultura, y en donde la ecología emerge como un subproducto. Esta línea entra a un callejón sin salida, donde aún deambulan los ecólogos practicistas, como si esto fuera posible. Kormondy⁽⁶²⁾, Vásquez⁽⁶³⁾ y Miller⁽⁶⁴⁾ para ejemplificar. Su trabajo es apelar a los datos, y reconocer y descubrir ciclos separados. Cuando se examinan con detalle se percibe fácilmente la dificultad en integrar en tanto están encadenados al mecanicismo simple.

Otra porción replanteó toda la conceptualización que Haeckel había dejado apenas en ciernes, llevando el núcleo duro desde la visión mecanicista a la visión sistémica, con tal fuerza que habría que decir que el interés tan destacado por el concepto de sistemas que desde hace unas pocas décadas se viene notando, es, por lo menos en gran medida, atribuible a las exigencias de los análisis ecológicos.

Dentro del marco teórico de la teoría de sistemas hay que inscribir primero a Odum⁽⁶⁵⁾, Margalef⁽⁶⁶⁾, Tudge⁽⁶⁷⁾; y a Morin⁽⁶⁸⁾ en particular dada la profundidad de su visión desde la filosofía. "La visión ecológica consiste en percibir todo fenómeno autónomo (auto-organizador, auto-productor, auto-determinado, etc.) en su relación con el entorno"⁽⁶⁹⁾. Esta visión universalizada de la ecología está empero, "parasitada por el pensamiento tecnocrático que, sin embargo, es su enemigo personal"⁽⁷⁰⁾. Este parasitismo es, más bien, su deformación mecanicista que se fundamenta en las "visiones simplificantes que aislaban a los seres de su entorno o reducían a los seres a su entorno"⁽⁷¹⁾.

Sobre estas dos aproximaciones, una recortada y segmentadora, y otra universalizadora e integradora, se ha desenvuelto

la teoría ecológica dentro de la comunidad científica.

El otro es el de la comunidad con intereses económicos en el aparato productivo que sustenta el poder político y que se plantea su propio crecimiento a partir de la noción de "desarrollo sostenible".

La expresión pública más acabada es seguramente el Informe Brundtland⁽⁷²⁾, donde precisamente se percibe esa inconexidad entre la génesis del problema ambiental y las recomendaciones políticas para su manejo. En el numeral 1 del capítulo I, se dice: "La tierra es una, pero el mundo no lo es. Todos dependemos de una biosfera para mantenernos con vida. Sin embargo, cada comunidad, cada país lucha por sobrevivir y prosperar sin preocuparse por los efectos que causa a los demás⁽⁷³⁾. Más adelante en el mismo capítulo se escribe: "50. El crecimiento económico entraña siempre un riesgo de perjudicar el medio ambiente y aumenta la presión sobre sus recursos. Pero los responsables de las decisiones políticas, orientadas por el concepto de desarrollo sostenible, trabajarán necesariamente para asegurar que las economías en aumento continúen firmemente adheridas a sus raíces ecológicas, y..."⁽⁷⁴⁾. No puede ignorarse, como sí lo ignora el informe, que "las economías en aumento" nunca han estado "firmemente adheridas a sus raíces ecológicas". Gravísima contradicción entre los intereses del "desarrollo económico" entendido como "crecimiento económico", y los intereses de la ecología entendida como el juego de interacciones que estructuran el ecosistema tierra, que hace posible la vida. "La preocupación ecologista está dictada por la exigencia de la supervivencia de la especie humana", ha señalado Hottois⁽⁷⁵⁾,

y es esta misma "exigencia de la supervivencia" la que nos obliga a revisar cuidadosamente la manera como estamos construyendo el conocimiento de la "Ecología".

La aproximación de Meadoux y Meadoux tan elogiada por Morin⁽⁷⁶⁾ en tanto "constituye un doble nacimiento siamés: el de la nueva ecología general, en su plena apertura planetaria, que engloba las inter-retroacciones entre la biosfera y la esfera antropológica, el de la nueva conciencia ecológica, en toda su amplitud antro-eco-planetary", se deshizo en su segundo informe⁽⁷⁷⁾, al incluir dentro de su "Ecosistema Global", que es por esencia, desde lo sistémico, circular, es decir, que opera como un "bucle recursivo", para utilizar los conceptos tan caros a Morin, un proceso lineal, —el industrial—, en donde se hace necesario hablar de "fuentes", en el extremo inicial, y sobre todo de "sumideros", en el otro extremo, conceptos éstos imposibles de ubicar en la estructura del ecosistema, pero que se ajustan perfectamente a la concepción mecánica del mundo construida desde la industria capitalista. Dice así el informe de Meadoux **et al.**, "La población y el capital toman materiales y la mayor parte de las energías de la tierra y devuelven a ella desperdicios y calor. Hay un flujo constante de insumos totales de los flujos materiales y energías, a través de la economía humana, hacia los sumideros planetarios donde acaban los desperdicios y agentes contaminantes". En este caso la figura de "sumidero" como la de "sobrepasamiento", que también utiliza el grupo de investigadores, supone efectos que escapan a la dinámica del "bucle ecológico", pero que por aparecer como límites físicos, se ubican conceptualmente al margen de la noción de límite en un siste-

ma, que obedece al potencial de ajuste de las estructuras invariantes que identifican al mismo. Es ahí en este aspecto concreto y fundamental, donde a pesar del valor genérico de la cobertura planetaria que posee el informe inicial de Meadoux y Meadoux, se contrapone a la formidable edificación conceptual de ecosistema que sale de la pluma de Morin.

Esta contradicción es obvia, puesto que se quiere interpretar el ecosistema desde la linealidad mecánica propia del proceso industrial, y se falla en incorporar esos procesos mecánicos que son superpuestos por la actividad antrópica, incorporarlos digo, a la circularidad inmanente del bucle recursivo de la sostenibilidad. Es decir, se interpreta lo circular desde lo lineal, lo que constituye una falacia lógica.

En el Informe Brundtland, el fenómeno es diferente. Ahí se trata de validar el "crecimiento económico", desde el discurso del "bienestar social", de tal manera que los efectos de ese crecimiento económico sobre el ecosistema, son un fenómeno externo a la actividad económica que con reglamentaciones políticas puede neutralizarse. Se trata de hacer un llamado a la sociedad, para que no renuncie al "desarrollo económico" y acepte algunas restricciones menores. Un análisis a fondo nos permite reconocer que la inconsistencia de este discurso está en la separación de la órbita económica de la producción capitalista, de la ecología global. Si volvemos a la sólida teorización de Morin⁽⁷⁸⁾ se trataría de dislocar el "nuevo bucle espiral eco-bio-antro-social" en dos, con conexiones lineales y no circulares: el ecobiológico y el antropológico.

La ecología no puede entenderse en toda su dimensión, si-

no una vez se haya restaurado la actividad social al espacio terrenal de la vida, pero a condición de que este último esté también restaurado a la naturaleza. No podemos seguir investigando los aspectos sociales como desconectados de la biosfera, lo que **ipso facto**, supone al hombre por fuera y por encima de la naturaleza. Se trata de reintegrar al hombre, en su actividad plena, a su espacio integral. Hablamos en todo caso de la naturaleza en su plenitud, no de la porción ya artificializada, sino de la totalidad del mundo bioecológico y todo su soporte físico-químico como esferas que operan como unidad global en un proceso coevolutivo.

A la formación de la corta historia de la sostenibilidad ecológica han contribuido también otras aproximaciones críticas tanto, externalistas como internalistas.

En el lado de las críticas externalistas son de destacar entre varias, la de Escovar⁽⁷⁹⁾ y de Ferry⁽⁸⁰⁾. Escovar plantea que la discusión entre naturaleza y sociedad exige una "transformación teórico-práctica de las nociones de desarrollo y economía", la cual se está dando, concluye Escovar, "a partir de la ecología como un nuevo sujeto histórico". De esta manera la problemática de la sostenibilidad se resuelve desde el exterior de la ecología, a partir de procesos políticos que mediante movimientos sociales enfrentan el desarrollismo, apoyados en "movimientos pluralistas y fundamentalmente democráticos". Esta posición es, por supuesto, congruente con su origen, al partir de la idea de que el "desarrollo" es un discurso inventado "por el primer mundo sobre el subdesarrollo del tercero", que se convierte, como expresión política, en "un instrumento de control sobre la sociedad

física y social de los países menos industrializados".

Ferry por su parte, se plantea la crítica a partir de la historicidad y la cultura como expresiones que configuran la calidad del ser humano, y ya sea que parta de la una o de la otra, es decir que nos movamos en las concepciones de ilustracionismo o del romanticismo, es la construcción humana dentro de una "dinámica del porvenir", o la pertenencia a una cultura, lo que da identidad humana, en tanto lo "desarraiga" de la naturaleza, es decir, lo hace sentir fuera de la animalidad. En esta perspectiva, para Ferry, el "ecologismo radical" desvanecería la "huella de lo propiamente humano", y nos restauraría a la naturaleza, es decir a la animalidad, lo que "haría peligrar el mundo del espíritu en su totalidad". De esta manera el problema se resuelve a partir del concepto de un hombre histórico o de un hombre de cultura, que por estar por fuera de la naturaleza, son capaces de formular juicios de valores y otorgar así a la naturaleza misma un valor, lo que implica que tengamos con ella algunas obligaciones, no obstante que no sea sujeto de derecho.

En el lado de las críticas internalistas se puede ejemplificar con las posiciones de Serres⁽⁸¹⁾ y de Guattari⁽⁸²⁾. Para Serres "el crecimiento de nuestros medios racionales nos arrastra, a una velocidad difícil de estimar, en la dirección de la destrucción del mundo que, por un efecto retroactivo bastante reciente, puede condenarnos a todos juntos, y ya no por localidades, a la extinción automática". Parte Serres para su análisis, de reconocer, sin límite ninguno, nuestra dependencia, "para nuestra vida, de ese sistema atmosférico cambiante, inconstante pero bastante estable, determinista y aleatorio, dotado

de casi-períodos cuyos ritmos y tiempos de respuesta varían enormemente"; pero a su turno, reconocer también, al mismo nivel y con la misma intensidad, sin concesión ninguna de su parte, la dependencia que "esa naturaleza global" tiene de nosotros. Se trata, en fin de cuentas de "situar las cosas en el centro y nosotros en la periferia o, mejor aún, ellas en todas partes y nosotros en su seno, como parásitos". Serres parte entonces del hombre natural, sin atenuados artificiales, en su expresión más profundamente biológica. Guattari en cambio, parte del hombre ya ataviado con el conocimiento de las "ciencias duras", parapetado en "sus andamiajes teóricos", pero que por "refugiarse... en una neutralidad transferencial supuestamente basada en su dominio del inconsciente y en un corpus científico", ha promovido un deterioro progresivo de "las relaciones de la humanidad con el **so-cius**, con la psique y con la naturaleza", deterioro que se genera al "separar la acción de la psique, el **socius** y el medio ambiente". Es así como en la exacerbación de la producción de bienes materiales, como núcleo central del desarrollo del capitalismo, se afecta profundamente "la consistencia de los Territorios existenciales individuales y de grupo", y se engendra "un inmenso vacío de la subjetividad, que tiende a devenir cada vez más absurda y sin recurso". En otras palabras Guattari resalta como el «capitalismo mundial integrado», en razón de su lógica estructural, desplaza sus centros de poder de las estructuras de producción de bienes y servicios hacia las de producción de signos, sintaxis y subjetividad, valiéndose de su capacidad de control sobre los medios de comunicación, de publicidad, de sondeos, etc. Pero el mundo de la producción de

los objetos-signo ha tomado un ritmo tan vertiginoso que ha sometido al cosmos a un deterioro tal que parece hacer la vida difícil.

Es heterogénea la concepción ecológica que las elaboraciones actuales nos presentan, por dos motivos principales. Unas posiciones encaran directamente la ecología como un campo científico concreto; otros grupos mueven su centro de interés hacia la sostenibilidad ecológica más que a la ecología misma.

En los primeros grupos se perciben, tal como ha quedado descrito, dos formas de aproximación al conocimiento ecológico: uno, desde la mecánica segmentadora que aísla partes y las analiza individualmente, con la idea de que la suma de los conocimientos parciales constituyen el núcleo total. Su forma de presentación es la de ciclos específicos. Se trata en el fondo de una continuación de la tradición biogeográfica.

El otro grupo parte de la aproximación sistémica, en el entendido de que la vida es además de circular en sí misma, con dependencias y solidaridades entre todos los organismos y con el medio físico-químico; dependiente y solidaria con la globalidad, en un primer nivel, del eje tierra-sol, y aun a escala cósmica. En este sentido pierde el carácter de ciencia cerrada, para adquirir el carácter de transdisciplinariedad presentando, entonces, la condición, más bien de síntesis.

Las otras posiciones que parten de la preocupación por la sostenibilidad ecológica, más que por la ecología en sí misma, también reflejan, por su análisis, dos formas de aproximación al problema: un grupo parte de una mirada externalista que reduce el análisis a las derivaciones sociales, políticas,

económicas o morales, trayéndolas a un interior de confrontación, cuyo núcleo son los intereses del hombre político, del hombre económico o del hombre moral. Se busca así resolver los problemas diagnosticados ajustando la ecología a la política, a la economía o a la moral, y no a la inversa, en tanto se parte de una mirada externa a la naturaleza, lo que de entrada, coloca al hombre por fuera de ella, como ontológicamente ajeno a la naturaleza.

El otro grupo parte de una mirada internalista, en tanto no tiene otra referencia que las estructuras del ecosistema. Es decir, la sostenibilidad ecológica no puede tener otra referencia que la suya propia. Su credo fundamental es que el hombre, con todas sus construcciones mentales: la política, la economía, la moral, sólo es posible haciendo parte del entramado ecológico y nunca al margen de él.

“La tierra no discute,
No busca lo patético, no transige,
No grita, no se apremia, no persuade, no amenaza, ni promete,
No hace distinciones, no tiene fracasos concebibles,
No guarda nada, no rehúsa nada, no excluye a nadie,
de todos los poderes, fines y condiciones que
anuncia, a nadie excluye”.

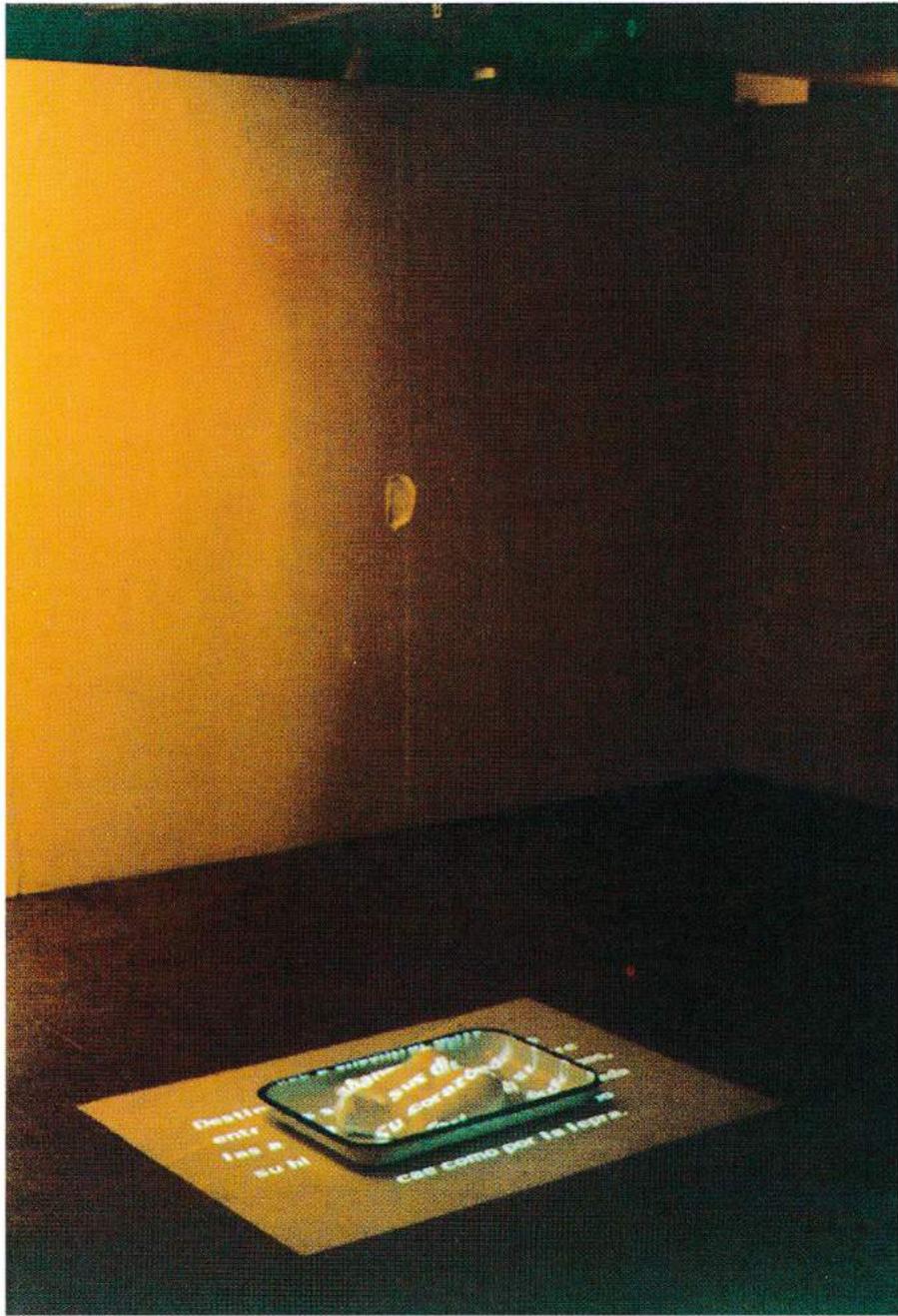
W. Whitman.

Canto a la tierra que gira. (En “Hojas de hierba”)

NOTAS

1. Empédocles. *Sobre la naturaleza de los seres*. Trad. por J. Barrio. Aguilar. Buenos Aires, 1969. pp. 76-77. (Fr. 15 y 16).
2. G. Leibniz. *Sistema nuevo de la naturaleza (y de la comunicación de las sustancias así como también de la unión entre el alma y el cuerpo)*. Trad. por E. Pareja. Aguilar, Buenos Aires, 1969. pp. 33 y 37.
3. Idem., p. 28.
4. Idem., p. 29.
5. Idem. p. 26.
6. F. Dagognet. *Revoluciones verdes. (Historia y principios de la agronomía)*. Trad. Por M. C. Gómez. Fotocopia U. Nacional, Medellín, 1994. pp. 3 y 31.
7. F. Cid. “Nacimiento de la química”. En *Historia de la ciencia*. (3. Edad Moderna II). Dirigida por F. Cid. Editorial Planeta, Barcelona, 1980. p. 36.
8. C. Limoges. *La selección natural*. Trad. por L. A. Palau para el seminario de Historia de la Biología. Fac. Ciencias Humanas. U. Nacional, Medellín, 1986. pp. 103-104.

9. Idem. p. 106.
10. A. Humboldt. *Cuadros de la naturaleza*. Trad. por J. Núñez. Editorial Iberia, Barcelona, 1961. pp. 204-205.
11. Idem. p. 156.
13. Idem. p. 157.
13. Idem. p. 211.
14. C. Nowinski. "Biología, teorías del desarrollo y la dialéctica". En *Epistemología de la biología*. Trad. por H. Acevedo. Editorial Paidós, Buenos Aires, 1979. p. 83.
15. J. B. Lamarck. *Filosofía zoológica*. Trad. por N. Vidal. Editorial Mateu. Barcelona, 1971. p. 206.
16. C. Darwin. *El origen de las especies. (Por medio de la selección natural)*. Trad. por S. A. Ferrari. Editorial Diana. México, 1953. p. 76.
17. A. Humboldt. Opus cit. p. 210.
18. A. Comte. *Selección de textos*. Trad. por L. A. Nájuez. Editorial Suramericana. Buenos Aires, 1943. p. 118.
19. Idem. p. 120.
20. G. Canguilhem. *El conocimiento de la vida*. Trad. por F. Cid. Editorial Anagrama. Barcelona, 1976. p. 157.
21. A. Comte. Opus cit. pp. 121-122.
22. C. Darwin. Opus cit. p. 502.
23. F. Jacob. *La lógica de lo viviente. (Una historia de la herencia)*. Trad. por J. Senet y R. M. Soler. Editorial Laia. Barcelona, 1973. p. 147.
24. I. Prigogine. *El nacimiento del tiempo*. Trad. por J. M. Pons. Tusquets Editores. Barcelona, 1993. p. 69.
25. Idem. p. 62.
26. Idem. p. 86.
27. P. Kropotkin. *El apoyo mutuo. (Un factor de evolución)*. Ediciones Madre Tierra. Mósteles (España), 1989.
28. El Origen. p. 75.
29. W. Co'eman. *La biología en el siglo XIX. (Problemas de forma, función y transformación)*. Trad. por G. Guerrero. Fondo de Cultura Económica. México, 1983. pp. 66-67.
30. E. Haeckel. *Los enigmas del universo*. Trad. por J. Brossa. Librería Paul Ollendorff. París, 1900.
31. W. Coleman. Opus cit. p. 270.
32. E. J. Kormondy. *Conceptos de ecología*. Trad. por M. C. Tellez. Alianza Editorial. Madrid, 1994. p. 12.
33. E. Haeckel. Opus cit. p. 55.
34. Idem. p. 123.
35. Idem. p. 4.
36. J. B. Lamarck. Opus cit. p. 101.
37. P. Acot. *Historia de la ecología*. Trad. por L. Prieto. Editorial Altea. Taurus, Alfaguara. Madrid, 1990. p. 42.
38. Idem. p. 45.
39. A. Comte. Opus cit. p. 120.
40. C. Darwin. Opus cit. p. 420.
41. Idem. p. 428.
42. P. Acot. Opus cit. p. 44.
43. Idem. p. 46.
44. C. Bernad. *Introducción al estudio de la medicina experimental*. Trad. por J. J. Izquierdo. Editorial Fontanella. Barcelona, 1975. p. 84.
45. Opus cit. p. 84.
46. C. Bernard. Opus cit. p. 84.
47. Opus cit. p. 65.
48. Idem. p. 67.
49. Opus cit. p. 211.
50. Opus cit. p. 94.
51. W. Shakespeare. *Hamlet*. Escena II del acto cuarto.
52. G. Azzi. *Ecología agraria*. Salvat editores. Barcelona, 1959. p. 1.
53. Idem. Introducción. p. xiii.
54. Idem. p. 1.
55. Idem. p. 309.
56. R. Carson. *Primavera silenciosa*. Ediciones Grijalbo. Barcelona, 1980.
57. D. H. Meadows and D. I. Meadows. *The limits to growth: a report the Club of Rome's project on the predicament of mankind*. New York, 1972.
58. W. S. Broecker. *Environmental priorities Science*. Vol. 182 (Nº 4.111, 2 Nov.): 435. 1973.
59. I. Prigogine. "La lectura de lo complejo". En *¿Tan sólo una ilusión? (Una exploración del caos al orden)*. Trad. por F. Martín. Tusquets. Barcelona, 1993. p. 46.
60. C. Tudge. *Global ecology*. Published by Natural History Museum. London, 1991. p. vii.
61. R. Margalef. *Ecología*. 5ª edición. Editorial Planeta. Barcelona, 1992. p. 13.
62. E. J. Kormondy. *Conceptos de ecología*. Trad. por M. C. Tellez. Alianza Editorial. Madrid, 1994.
63. G. A. M. Vásquez. *Ecología y formación ambiental*. McGraw-Hill. México, 1993.
64. G. T. Miller. *Ecología y medio ambiente*. Trad. por I. de León Rodríguez y V. González. Grupo Editorial Iberoamericana. México, 1994.
65. E. P. Odum. *Ecología*. 3ª edición. Editorial Iberoamericana. México, 1972.
66. R. Margalef. "Historia abreviada de la ecología". En *Historia de la ciencia. 4. Edad Contemporánea*. Dirig. por F. Cid. Editorial Planeta. Barcelona, 1982. p. 294.
67. C. Tudge. Opus cit.
68. E. Morin. El método. I. *La naturaleza de la naturaleza*. Trad. por A. Sánchez. 2ª edición. Ediciones Cátedra. Madrid, 1986.
69. E. Morin. El método. II. *La vida de la vida*. Trad. por A. Sánchez. 2ª edición. Ediciones Cátedra. Madrid, 1993. p. 101.
70. Idem. p. 100.
71. Idem. p. 114.
72. Comisión Mundial del Medioambiente y del Desarrollo (CMMAD). *Nuestro futuro común*. Alianza Editorial Colombiana. Colegio Verde de Villa de Leyva. Bogotá, 1988.
73. Idem. p. 49.
74. Idem. p. 64.
75. G. Hottois. *El paradigma bioético. (Una ética para la tecnociencia)*. Trad. por M. C. Monge. Editorial Anthropos. Barcelona, 1991. p. 35.
76. E. Morin. *El Método. II. La vida de la vida...* p. 100.
77. D. Meadows, D. Meadows y I. Randers. Opus cit. p. 76.
78. E. Morin. *El Método. II. La vida de la vida...* p. 117.
79. A. Escovar. "Desarrollismo, ecologismo y nuevos movimientos sociales en América Latina. (Contribución al debate sobre la relación naturaleza-sociedad)". *Rev. U. de Antioquia*. Vol. LVIII, Nº 218. (Octubre-Diciembre). Medellín, 1989. pp. 12-22.
80. L. Ferry. *El nuevo orden ecológico. (El árbol, el animal y el hombre)*. Trad. por T. Kauf. Tusquets Editores. Barcelona, 1994.
81. M. Serres. *El contrato natural*. Trad. por U. Larraceta y J. Vásquez. Pretextos. Valencia, 1991.
82. F. Guattari. *Las tres ecologías*. Trad. por J. Vásquez y U. Larraceta. Pretextos, Valencia, 1978.



iván darío arango

LA ORIGINALIDAD DE ROUSSEAU

1. ROUSSEAU Y LA MODERNIDAD

1.1.

Sobre nuestro autor se encuentran las más diversas opiniones: se dice que fue un racionalista y un filósofo de las luces al lado de Diderot y de Voltaire, pero también que fue el inspirador del romanticismo y el antirracionalismo. Kant afirmó que debía leer y releer a Rousseau hasta que la belleza de su expresión no lo conmoviera más, para poder considerarlo racionalmente; también afirmó que Rousseau fue el primero en descubrir, bajo la diversidad de las formas humanas convencionales, la naturaleza profunda del hombre.

Para el autor del **Contrato Social**, la política y la moral son inseparables: "Los que quieran tratar por separado la política y la moral no entenderán palabra ni de una ni de otra". De la lectura de sus **Confesiones** queda claro que no admiraba ni aceptaba la sociedad de su tiempo, en varias

ocasiones expresó que se sentía como un extraño entre los hombres. Siendo todavía un joven, fue publicado el libro **Cartas Filosóficas** de Voltaire, donde se indicaban diferentes aspectos de la vida, la sociedad y el pensamiento de los ingleses que eran dignos de ser tenidos como ejemplares, veamos: "El comercio, que ha enriquecido a los ciudadanos en Inglaterra, ha contribuido a hacerles libres, y esta libertad ha extendido a su vez el comercio; así se ha formado la grandeza del estado... mientras que en Alemania todo el mundo es príncipe y en Francia es marqués quien quiere".

Aunque Rousseau reconoció que el libro de Voltaire lo había aficionado al estudio, y que esa afición no se extinguió jamás, no podía aceptar que una asociación de comerciantes con solo intereses particulares pudiera ser considerada como un modelo para la organización de la sociedad. Al individualismo estrecho que obliga a los hombres a vivir fuera de sí mismos y pendientes de la opinión de los

demás, nuestro autor opuso dos modelos muy diferentes: primero, el hombre natural, pues aún no está cargado de los artificios de la vida social ni del juego de apariencias que exige la desigualdad entre los hombres. El otro modelo, resulta de idealizar el ciudadano virtuoso de la antigüedad, el espartano y el romano, el patriota, para quien su propio interés coincide enteramente con el de su ciudad. Tanto el hombre natural como el ciudadano virtuoso están concebidos para ser opuestos al hombre degradado, no son imaginaciones desprovistas de consecuencias prácticas ya que, según el ginebrino, lo que se debe hacer depende mucho de lo que se debe creer; él creyó que los hombres viven de acuerdo con la forma de su pensamiento y de acuerdo con las ideas y creencias que tienen.

1.2.

En octubre de 1749, Rousseau fijó sus ojos en el periódico "Mercur de France" y encontró el anuncio de un concurso que proponía la cuestión siguiente: "¿El progreso de las ciencias y de las artes, ha contribuido a corromper o a purificar las costumbres?". En las **Confesiones**, en el libro VIII, describe el filósofo su impresión ante la pregunta de la Academia de Dijon: "Al instante de haber leído esto se abrieron a mis ojos nuevos horizontes y me volví otro hombre". Así comenzó un período de cinco años durante los cuales nuestro autor logró darle a su pensamiento su forma original. Escribió el **Discurso sobre las ciencias y las artes**, obra con la cual ganó el mencionado concurso y se apartó del optimismo de los filósofos que creyeron que los progresos de las ciencias eran a la vez indicio de los progresos en las costumbres sociales y políticas; luego escribió el **Discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres** (1755), obra que no ganó el concurso para el cual fue escrita pero que, a mi modo de ver,

constituye la clave para poder apreciar los diferentes argumentos del filósofo.

En el segundo **Discurso**, sobre la desigualdad, se trazan uno a uno los rasgos del hombre natural, un hombre aislado que vive complacido con su propia existencia y para quien la naturaleza es tan generosa que puede satisfacer sus deseos y necesidades sin ocuparse de pensar en dominar a los demás. El hombre en estado de naturaleza no tiene necesidad de ser malvado, pero ese estado es el resultado de un análisis que va apartando del hombre social todo lo que, según Rousseau, es aparente para descubrir en el fondo lo real, lo esencial, lo natural. Es verdad que finalmente se encuentra un hombre excesivamente abstracto, pero se advierte, desde el principio mismo del texto, que no se trata de historia pues ese estado quizás no haya existido ni existirá jamás; se trata de una norma fijada como una exigencia de la razón y que permite evaluar la historia para poder apreciar hasta qué punto el hombre, al apartarse de su naturaleza, va degradándose y va dejando de ser él mismo para terminar desdibujado en un tejido de dependencias que lo obligan a vivir para la opinión de los demás; en la medida en que aumenta la dependencia entre los hombres aumenta también la distancia del estado inicial y, claro, la desgracia.

Sin embargo, Rousseau no es un primitivista porque sabe muy bien que la humanidad ya no puede retroceder a ese supuesto estado; pero sí cree que hay un remedio para la desgracia, ese remedio sólo se encuentra en la política; escuchemos sus palabras: "Había visto que todo dependía radicalmente de la política, y que, de cualquier modo que se obrase, ningún pueblo sería otra cosa que lo que le hiciera ser la naturaleza de su gobierno".

1.3.

Los autores modernos pensaron que debían explicar los fundamentos de la au-

toridad pública y de la sociedad civil: partieron de individuos separados, mutuamente agresivos para Hobbes e indiferentes para Rousseau, individuos que, a través de un pacto, habían dado comienzo a la autoridad y a la sociedad. Como puede verse, esto tiene mucho de artificial, pero así son todas las teorías, tienen unos presupuestos o principios y después buscan aclarar los hechos: todavía las teorías del Contrato permiten aclarar aspectos de la vida política.

En el **Contrato Social** se definen las condiciones del pacto que da lugar a la autoridad legítimamente constituida: "cuanto mejor constituido está el estado, más se imponen los asuntos públicos sobre los privados en el espíritu de los ciudadanos". Para su autor, el pueblo ya no es una montonera de intereses en conflicto, el pueblo existe y tiene una voluntad que es la voluntad general y que es la verdadera fuente del poder público. Pero el mayor provecho de una lectura actual de Rousseau reside, a mi modo de ver, en la oportunidad de apreciar la tensión entre el individuo y la sociedad, tensión que está expresada en una forma única y desgarradora por un hombre firmemente convencido de que el individuo es una entidad moral completa en sí misma y de que la política es la única salida de una historia que ha dejado a los hombres desprovistos de un mundo interior.

No podemos olvidar que los hombres de la antigüedad y el medioevo hicieron parte del cosmos y que tenían un lugar definido en el orden natural de las cosas, para ellos toda solución al mal consistía en preparar la espera en algún designio de lo alto. El hombre moderno piensa inicialmente que sus facultades son fiables y que él es el único artífice de su destino; para el hombre moderno ya no hay escapatoria frente a las exigencias de la libertad. Para Rousseau, un moderno a pesar de sí mismo, el mal no proviene de alguna caída ni está incrustado en el alma humana, el mal está en la relación entre

los hombres, en la sociedad, es el resultado de una acumulación de errores, desde el error inicial de haber realizado un pacto fraudulento que ocasionó un aumento cada vez mayor de las desigualdades hasta el error reciente, el de su siglo, de creer que la humanidad tiene asegurado un progreso hacia algo mejor.

Rousseau sintió la enorme tensión, propia de la modernidad, entre el individuo y la sociedad: no olvidemos que los antiguos y los medievales eran naturalmente ciudadanos o esclavos, señores o siervos; el hombre moderno es un enigma, es un individuo; veamos finalmente la forma como está planteada la dificultad de formar un ciudadano y las limitaciones del pueblo en su condición de soberano. En el **Contrato Social**, en su libro II - capítulo VII, se encuentra lo siguiente: "Quien se atreve con la empresa de instituir un pueblo debe sentirse en condiciones de cambiar, por así decir, la naturaleza humana: de transformar cada individuo, que por sí mismo es un todo perfecto y solitario, en parte de un todo mayor, del que ese individuo recibe en cierta forma su vida y su ser; de alterar la constitución del hombre para reforzarla".

Son muchas las advertencias para indicar que no hay que hacerse ilusiones; incluso después de haber reconocido que el pueblo es el soberano y que el pueblo siempre quiere el bien común, Rousseau señaló que una cosa es querer el bien y otra muy distinta es verlo. Quizás logró entrever la tarea que corresponde a los intelectuales cada vez que habló de los legisladores; hoy sabemos que para ellos ver claro es su deber.

2. LA ORIGINALIDAD DE ROUSSEAU

2.1.

La obra de Rousseau puede unificarse alrededor de su obsesión y su propósito de emplear todos los medios para luchar contra la corrupción: él buscaba no sola-

mente denunciar, describir y explicar la corrupción, sino también encontrar una salida posible ante el estado de degradación al que había llegado la Europa de su tiempo.

Cualquiera podría replicar muy bien diciendo que durante el siglo XVIII se produjeron importantes progresos en la cultura y en las costumbres, y que se trata de una época donde la amabilidad y la cortesía comienzan a convertirse en las formas comunes de trato. Pero nuestro autor considera que el mal, y la corrupción claro está, tiene como su única fuente la desigualdad y la dependencia entre los hombres, y que el despotismo, que él observaba en Francia, exige siempre una explicación porque sólo un proceso de desnaturalización ha podido conducir a un régimen ajeno por completo a los principios del derecho político.

Los conceptos de la filosofía política de Rousseau son básicamente tres: el estado de naturaleza, el contrato social y la voluntad general, tres conceptos que él define a partir de sus objeciones a las teorías de Grocio y Hobbes, quienes favorecieron el absolutismo, pero también a las teorías de Locke y Montesquieu, quienes crearon las bases del pensamiento liberal: los primeros, según él, expusieron razones falsas sobre la autoridad cuando consideraban que es exterior al sujeto e impone por la fuerza el respeto a la ley. Los liberales se habrían equivocado en su idea del hombre, cuando creyeron que la seguridad es el único fin de la acción humana y que la libertad puede definirse sólo en términos de la tranquilidad. "También en los calabozos se vive tranquilo", es lo que dice Rousseau, quien presenta sus críticas con la sencillez propia del estilo de los filósofos que han tenido cosas importantes para decir y que lograron encontrar la forma apropiada para hacerlo. Pero, ¿qué cosas importantes ha dejado escritas el autor del **Contrato Social**?

En este punto, conviene usar las fórmulas más frecuentes para caracterizar

su pensamiento: su originalidad consiste pues en haber trasladado la soberanía de la persona natural del rey a la persona moral del pueblo, y en haber sabido distinguir la soberanía popular, cuya esfera es la actividad legislativa, del gobierno y sus formas ⁽¹⁾.

¿Cuáles fueron al fin los pasos del razonamiento que condujo a Rousseau a la idea del pueblo como persona moral y como soberano? Brevemente puede decirse que lo primero que él ha hecho es emplear con mayor rigor algunos de los conceptos ya empleados por autores anteriores, los cuales comenzaban sus teorías políticas con la suposición de un estado de naturaleza en el que se encontraban los hombres antes del establecimiento de la sociedad civil. Ese estado, así lo concibe Rousseau, es el de la igualdad natural, donde es posible al menos imaginar a los hombres separados, es decir sin obligaciones mutuas y sin sociabilidad alguna. Toda obligación proviene entonces de un acuerdo o asentimiento voluntario: sólo para obtener esa conclusión, Rousseau ha reelaborado el concepto de un estado de naturaleza.

La autoridad y la ley provienen del acuerdo y de la convención, la autoridad pública es en definitiva un producto del arte, es un artificio que está fundado en el contrato social, ese contrato único, de asociación, por el cual un pueblo, antes de darse un gobierno, se constituye como pueblo. Los dos conceptos básicos de un estado de naturaleza y del contrato social, tal como son redefinidos por nuestro autor, tienen ahora un carácter normativo porque permiten aclarar cuándo la autoridad pierde las razones de su legitimidad y cuándo se convierte en fuerza, la cual es por completo ajena a los principios del derecho y de la moral ⁽²⁾.

2.2.

Con la teoría de Rousseau el pueblo ha obtenido una identidad que antes no

tenía, ya no se trata de una multitud con intereses en permanente conflicto, ahora tiene una voluntad, que es la voluntad general, y que es el principio de toda rectitud y de toda moralidad. Pero, ¿cómo se expresa esa voluntad que habrá de plasmarse en la ley? Teniendo en cuenta que sobre este punto hay diferentes interpretaciones, pienso que lo mejor es leer directamente el **Contrato Social**, veamos: “Nunca se corrompe al pueblo, pero frecuentemente se le engaña, y solamente entonces es cuando parece querer lo malo” (C. S. Libro II, cap. 3).

El pueblo es la fuente de la verdadera legislación, cuyo fin consiste en buscar la libertad y la igualdad, buscar en últimas que la dependencia de un hombre con respecto a otro sea sustituida por la dependencia de los ciudadanos con respecto a la ley. Rousseau considera que la libertad no puede existir sin la igualdad, idea que define del siguiente modo: “Respecto a la igualdad, no hay que entender por esta palabra que el nivel de poder y de riqueza sea absolutamente el mismo, sino que, en cuanto al poder, éste quede por encima de toda violencia y nunca se ejerza sino en virtud del rango y de las leyes, y en cuanto a la riqueza, que ningún ciudadano sea suficientemente opulento como para comprar a otro, ni ninguno tan pobre como para ser obligado a venderse...” (C. S. Libro II, cap. 11).

La soberanía del pueblo es pues la garantía de la libertad individual. Sin embargo, ahora mismo es preciso advertir que se trata de una idea de libertad cuya expresión plena está en el ejercicio del poder colectivo, es decir en la participación en la soberanía popular o en la voluntad general: hay así una coincidencia entre la libertad y la autoridad, una coincidencia que ha sido criticada a fondo por los filósofos liberales ⁽³⁾.

Rousseau, por su parte, ha llegado a sus conclusiones a partir de la idea que concibe al hombre como un ser autónomo,

alguien que quiere darse a sí mismo su propia ley para ser dueño de sí mismo. Se trata sin duda de una concepción muy ideal del hombre, la que al ser aplicada a la definición de la libertad política trae dificultades, porque sencillamente es más práctico decir que la libertad es una cosa y la autoridad es otra; es más práctico, repito, a la hora de fijarle a la autoridad un límite frente a las libertades de los individuos. La autoridad legítima puede, según Rousseau, obligar a los particulares a ser libres, lo cual implica una contradicción entre la independencia individual y la soberanía colectiva.

Es cierto que el filósofo ginebrino no quería situar su obra en las nubes, y que comienza su **Contrato Social** con la siguiente aclaración: “Quiero averiguar si en el orden civil puede haber alguna norma de administración legítima y segura, tomando a los hombres tal y como son y a las leyes tal y como pueden ser”.

Hay otro punto que quisiera ahora subrayar, y que consiste en la forma precisa como el concepto de voluntad general es definido por Rousseau, forma admirable por su concisión, si se piensa que es el concepto central de su teoría política: admirable no quiere decir exenta de dificultades, dificultades que han sido examinadas una y otra vez por toda una tradición de filósofos políticos, lo que ha hecho de la obra de nuestro autor una obra clásica, esa donde el pensamiento se ejercita antes de encontrar expresiones más sencillas y explicativas de los hechos. Volvamos a leer el **Contrato Social**: “Si cuando el pueblo, suficientemente informado, delibera, no mantuviesen los ciudadanos ninguna comunicación entre sí, **del gran número de las pequeñas diferencias resultaría la voluntad general**, y la deliberación sería siempre buena. Pero cuando se desarrollan intrigas y se forman asociaciones parciales a expensas de la asociación general, la voluntad de cada una de estas asociaciones se convierte en general, con relación a sus miembros, y en

particular, con relación al estado... es cuando el vínculo social se ha roto en todos los corazones, cuando el más vil interés se ampara descaradamente bajo el nombre sagrado del bien público, la voluntad general enmudece y todos, guiados por motivos secretos, dejan de opinar ya como ciudadanos..." (C.S. Libro II, cap. 3 y Libro IV, cap. 1).

2.3.

La voluntad general es la voluntad de cada miembro de la comunidad, no como individuo sino como ciudadano. La oposición entre individuo y ciudadano es fundamental en Rousseau: en su **Contrato Social**, aparece expuesta con todo el detalle, es una oposición que dirige en buena medida sus críticas al pensamiento liberal de su tiempo ya que el individuo es el hombre burgués, replegado sobre la esfera privada, esfera enriquecida verdaderamente por los modernos a partir de su lucha por la tolerancia durante los siglos XVII y XVIII y que comprende buena parte de las actividades de la economía y de la cultura; pero que si se busca defenderla hasta el extremo, conduce a la negación de lo público, el ámbito donde se encuentran los criterios de la moral y la convivencia.

El pasaje que ya he citado sobre la voluntad general requiere de algunas consideraciones, pues allí se advierte que para que la deliberación sea buena, tiene como primera condición la participación de los miembros de la comunidad no como miembros de asociaciones parciales, sino como simples ciudadanos, para que así las diferencias puedan ser sometidas a los procedimientos racionales que permiten encontrar el acuerdo. Se supone además que el interés en la participación debe ser el interés más general, lo que no es posible sin la educación pública y sin el cultivo de la virtud, que es el reconocimiento de la igualdad.

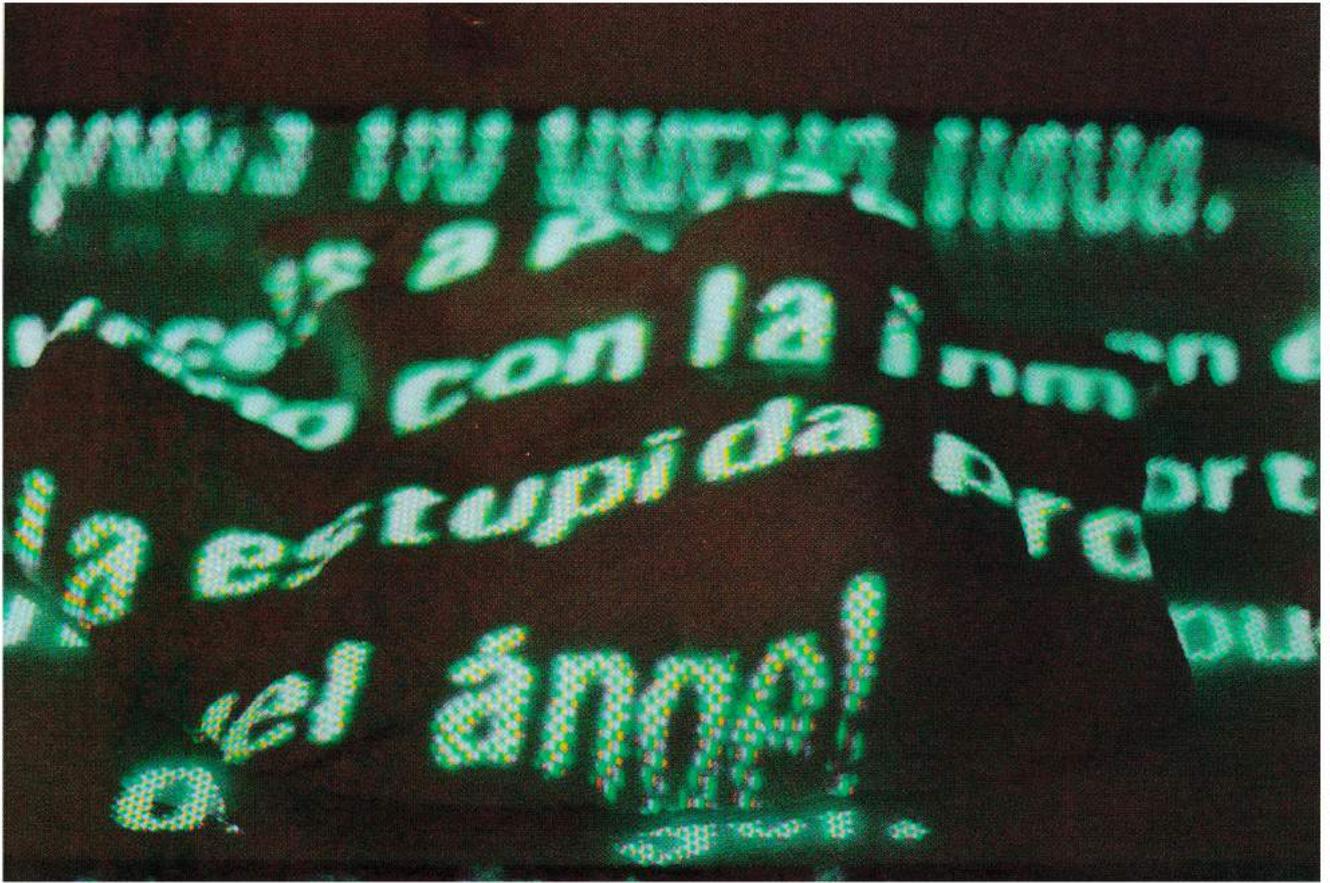
Ahora bien, la oposición entre el individuo y la comunidad puede hacerse de dos maneras muy distintas: la primera,

consiste en considerar al individuo como portador de ciertos derechos y de cierta esfera de actividad inviolable, aun para la autoridad legítima. La otra manera, consiste en advertir que un individuo vale lo que vale en la medida en que pertenece a una comunidad y que fuera de ella no es más que un extraño. Yo encuentro que la primera oposición es válida y que los individuos por el solo hecho de ser personas ya tienen la dignidad que les asegura ciertos derechos. Creo que Rousseau quería moralizar las costumbres y la opinión, quería regenerar la vida, y por esa razón sobrevaloró lo público con relación a lo privado, y no hay duda de que lo público es la fuente de la moralidad y la rectitud necesarias para la solución de los conflictos. Pero otra cosa es sostener que todas las actividades de la vida pueden ser sometidas a la política, y que todo es asunto público. Esto sería caer en el peligro de las buenas intenciones, las que han defendido con impaciencia los déspotas y los fanáticos que han soñado, y siguen soñando, con la hora del juicio final.

Rousseau descubrió que el pueblo es el soberano y no una multitud, pero señaló los límites de ese poder e indicó con claridad la distinción entre el soberano y el gobierno; dejó escritas las mejores advertencias para evitar que el pueblo sea engañado y el gobierno sea corrupto. Debo admitir por último, que me he ocupado de uno de esos autores que es preciso leer directamente, y no a través de los ojos de un profesor.

NOTAS

1. Furet F. y Ozouf M. *Diccionario de la Revolución Francesa*. Alianza Editorial, Madrid, 1989.
2. Antes de leer el "Contrato Social" (1762) es muy conveniente leer el "Discurso sobre la desigualdad entre los hombres" (1755).
3. El primero de los críticos de la tradición liberal es Benjamin Constant; recientemente Isaiah Berlin, en su célebre ensayo "Dos conceptos de libertad", ha afinado esas críticas. El antropólogo Louis Dumont, en su libro *Ensayos sobre el individualismo*, examina la filosofía política de Rousseau en una perspectiva muy diferente a la liberal.



henry marín marín

PARADIGMAS CULTURALES Y PROCESOS DE CAMBIO EN LA GESTION PUBLICA COLOMBIANA

INTRODUCCION

En este trabajo, se presentan apartes de las investigaciones que el Grupo de Investigación y Consultoría Organizacional "GICO", con mi dirección, ha venido desarrollando en el sector público colombiano, aplicando los recientes desarrollos del enfoque de la cultura y el cambio organizacional.

Este esfuerzo que consideramos novedoso, parte de la hipótesis de que la problemática compleja de transformación del Estado no se resuelve exclusivamente con cambios jurídicos-normativos y con la modernización tecnológica. Nuestra hipótesis se construye en la sugerencia de que adicional a la transformación del cuerpo jurídico-normativo y tecnológico del aparato del Estado, se deben gestar transformaciones en el

"cuerpo cultural", constituido por los valores que dan cuenta de las formas como se conciben y practican las relaciones entre los hombres en la organización, y de éstos con su entorno natural e institucional. Esto que se denomina el cambio actitudinal, atiende a un proceso complejo en su dimensión político-organizacional, que está siendo estudiado con profundidad y que precisamente, se pretende aplicar y desarrollar en los marcos del Estado en este trabajo.

1. PARADIGMAS Y PROCESOS DE CAMBIO EN EL SECTOR PUBLICO

Actualmente se está produciendo una literatura novedosa sobre la transformación de paradigmas en el sector público. Osborne ⁽¹⁾ por ejemplo en la

"Reinvención del Gobierno", intenta quebrar el paradigma de la imposibilidad de aplicar y trasladar modelos gerenciales que contemporáneamente generan éxitos en el sector privado, al sector público, demostrando esta posibilidad con múltiples experiencias de gestión en el sector público norteamericano.

Osborne sostiene la tesis de que la administración pública se puede manejar con criterios de gestión empresarial, y en esta perspectiva sugiere 10 principios para la reinvención, que desarrolla con amplitud a través de su trabajo. Para Osborne los gobiernos empresariales se caracterizan por promover la competencia entre los proveedores de un servicio. Capacitan y facultan a los ciudadanos para desplazar el control fuera de la burocracia y colocarlo en la comunidad. Miden rendimientos no

en función del gasto sino de sus resultados. Se inspiran en metas, misiones y objetivos y no en regulaciones. Redefinen a sus usuarios y consumidores como clientes y les ofrecen diversidad de opciones, por ejemplo en escuelas, programas de formación, sistemas de vivienda. Poseen cultura de planificación y actúan con criterios preventivos y proactivos. Invierten energía en obtener dinero, no simplemente en gastarlo. Descentralizan la autoridad mediante el desarrollo de una cultura participativa. Prefieren los mecanismos de mercado a los burocráticos, y como último principio no se dedican solamente a producir el servicio público, sino a catalizar (estimular y direccionar) alianzas estratégicas para que el sector público, el sector privado y el sector de economía solidaria y voluntario (tercer sector) integren esfuerzos en la solución de los problemas comunitarios.

De igual forma, se han venido gestando en el mundo y en el Estado colombiano, supresiones de entidades, fusiones, contratación y transformación en sus estructuras y procesos que bien podrían interpretarse como una reingeniería del aparato público. Esta corriente de desarrollo del espíritu empresarial en lo público, de dimensiones internacionales, en nuestros contextos ha desatado diversas reacciones. De una parte una actitud radical de rechazo por considerarlas un simple eslabonamiento o instrumentación de la "corriente neoliberal", y en otro extremo, considerarla como una corriente internacional inherente a la problemática del mundo moderno incondicional y perfectamente aceptable, sin considerar el peso de las variables económicas, políticas y culturales que nos caracterizan. Nuestro proceso de investigación se orienta cuidándose de la atracción de las po-

siciones extremas como se observará en su desarrollo.

Si bien es cierto, el valor de la eficiencia en lo público (uso racional de los recursos productivos de la sociedad), se convierte en fundamento de su legitimidad, inclusive consagrado constitucionalmente en el Estado colombiano, nuestra investigación concibe que los procedimientos de reingeniería de procesos de lo público no resuelven por sí solos sus valores de eficiencia; y en este sentido insistimos, nuestra investigación ensaya nuevas rutas para examinar estas nuevas dimensiones de su misión y los procesos de cambio que en este nuevo marco son requeridos.

En la perspectiva del enfoque cultural, la transformación del estado requiere de una ruptura de sus paradigmas. Las organizaciones estatales como cualquier organización, son escuelas de enseñanza cultural. Schein⁽²⁾ sostiene que cuando los miembros nuevos ingresan a las organizaciones, éstos en el imperativo de ajustarse a sus procesos operacionales, que son esencialmente procesos de dimensión psicológica y social, subliminalmente incorporan estos modelos mentales (formas técnicas de hacer las tareas) y culturales (formas de relacionamiento emocional). Afirmamos que subliminalmente porque con la introyección ritualizada de la imagen, introyectamos el valor. Como bien lo plantea Morgan⁽³⁾, aprendemos esencialmente capturando ritualizaciones de imágenes con las que construimos los soportes del subconsciente. En esta medida capturamos primero la imagen y con ella el valor, sin un claro discernimiento sobre este proceso. Grabamos, por ejemplo, primero la risa agresiva de los procesos de mando de un jefe y con ella el valor. En estas condiciones un

líder autocrático transmitiría subliminalmente en un compuesto complejo de estructuras ritualizadas de imagen, todos los componentes de valor de un modelo autocrático.

Con este referente conceptual, ya podemos empezar a aproximarnos a la problemática de transformación del sector público. Cada nuevo miembro que ingrese al sector público estará sujeto a estas formas subliminales de introyección de esos modelos culturales que caracterizan lo público y que actualmente queremos transformar; de esta forma resulta cuestionable la idea de cambiar lo público seleccionando un nuevo hombre y un nuevo profesional para lo público, porque de acuerdo con el enfoque cultural se tendrían que tocar estrategias de socialización organizacional (inducción), mixturación y reestructuración de colectivos culturales (rediseño organizacional), de tal modo que los colectivos que representan los modelos que requieren ser transformados se debiliten en el posicionamiento organizacional y en la influencia sobre los nuevos miembros, y se les dé a éstos empoderamiento para que produzcan las transformaciones culturales requeridas.

Los modelos administrativos y gerenciales que las organizaciones toman para moldear los procesos en una coyuntura determinada, y que en la demostración de Marín⁽⁴⁾ cabalgan en modelos naturales, entran en crisis cuando por la misma dinámica del entorno no pueden capturar las nuevas realidades ni responden a las nuevas demandas. Es entonces cuando esos modelos gerenciales administrativos y culturales se traducen en el lenguaje de Kuhn⁽⁵⁾ en paradigmas, esto es, modelos conceptuales articulados a modelos de valor que insensibilizan a las organizaciones, a las transfor-

maciones del entorno y frente al conocimiento y a la acción que esta transformación reclama. Kuhn ⁽⁵⁾ sostiene que un paradigma es como un lente que nos permite ver aquella parte de la realidad que el lente puede enfocar, y que éstos entran en crisis cuando no explican, ni nos permiten actuar sobre nuevas presentaciones de la naturaleza, y en este sentido, se requiere la construcción de nuevos paradigmas que posibilitan ese nuevo conocimiento y esta nueva acción.

En este contexto la transformación de las organizaciones debe ser entendida como un proceso de examen de las crisis de los paradigmas y de la crea-

ción de paradigmas nuevos. Senge ⁽⁶⁾ en **La quinta disciplina** agrega un elemento de reflexión fundamental que constituye la tríada dialéctica de este proceso, cuando afirma que transformar más que detectar la crisis de los paradigmas, es levantar sobre esta crisis paradigmas nuevos, y en este sentido la labor de aprendizaje en las organizaciones adquiere una nueva dimensión, que bien podría expresar así: Aprender es Desaprender. Transformar entonces paradigmas en las organizaciones, no simplemente significa quebrarlos conceptualmente, sino adicionalmente desempotrarlos culturalmente, esto es, sacarlos tanto de la mente como del corazón, no solamente del

individuo sino de la organización en su conjunto.

Con el desarrollo histórico, las organizaciones del Estado han construido una serie de paradigmas que interpretan su crisis de adaptabilidad. Son modelos mentales que definitivamente determinan y que se constituyen en factores de resistencia que limitan los alcances de cualquier proceso de cambio que se pretenda gestar.

Presentamos en la figura (1), algunos paradigmas que consideramos hacen crisis en el sector público colombiano que actualmente guían nuestro proceso de investigación sobre lo público y sobre lo cual pretendemos hacer una futura publicación.

La burocracia estatal es un mal necesario.	Para ingresar al Estado y sostenerse hay que "hacer política".
Los modelos de gestión moderna aplicables a la empresa privada son poco aplicables por no decir inaplicables al sector público.	Los concursos en el sector público son simulacros, solamente se entra por palanca.
Las entidades públicas son difíciles por no decir imposibles de cambiar.	En el sector público uno se acaba profesionalmente, solamente progresan los políticos.
Es difícil por no decir imposible investigar la gestión pública pero es más difícil poner en práctica las propuestas que surjan de la investigación.	En la gestión pública "el saber político", no el "saber técnico" es determinante del éxito profesional.
La mejor opción para combatir la ineficiencia de la gestión pública es la privatización.	En el sector público los salarios son bajos, los que se quedan por estabilidad son profesionales sin aspiraciones.
El empleo público es estrategia para combatir el desempleo.	La carrera de derecho es la que tiene que ver con la administración pública.
En las organizaciones públicas el dinero no es de nadie.	Las organizaciones del Estado no pueden ser manejadas con racionalidad económica.
Las organizaciones del Estado nunca se quiebran.	La supervivencia y desarrollo de las organizaciones del Estado no dependen de la efectividad gerencial y organizacional.
La baja calidad del servicio público no disminuye la demanda del usuario.	

FIGURA 1. Paradigmas que desatan la crisis en la Gestión Colombiana.

2. LA CRISIS ESTRUCTURAL Y LA SENSIBILIZACION CON EL CAMBIO A GRAN ESCALA

Todo cambio organizacional empieza por un relacionamiento y globalización en el tiempo y en el espacio de sus elementos de crisis. Muchas organizaciones llegan a un estado donde los cambios que generan en un área, parecen ser absorbidos por la crisis general de la estructura. Los gerentes tradicionalmente habían considerado el cambio como un proceso más evolucionario que revolucionario, esto es, que las organizaciones se ajustarían al ambiente mediante cambios parciales que se harían día a día. El enfoque evolucionista, dice Greiner ⁽⁷⁾, refleja la idea de que el cambio organizacional es producto de un ajuste menor tras otro, al que sirve de combustible el tiempo y las sutiles fuerzas ambientales. Greiner a su vez afirma que esta visión fue válida para el pasado, pero evidentemente cuestionante para el mundo competitivo de hoy, en donde el cambio tecnológico, económico, político y cultural es mucho más acelerado, complejo y estructurado. Por eso en los últimos años la gerencia ha empezado a percibir que los cambios parciales y reactivos son cada vez menos, una eficiente respuesta a los estancamientos que padecen las organizaciones ante este mundo vertiginoso de cambio. Si bien es cierto que el cambio a gran escala surge del análisis estratégico (desajustes tecnológicos, económicos y políticos de la organización en su entorno), su percepción y dinámica tiene una connotación esencialmente revolucionaria, esto es, reclama modificaciones sustanciales de la estructura organizacional, de las relaciones de poder, de las responsabilidades sociales, de sus modelos de liderazgo y gerenciamiento, de su

dinámica comportamental y en general de su proyecto cultural. En este sentido parece estarse afirmando que las organizaciones llegan a determinados niveles de desajuste estructural tanto externa como internamente, que reclaman necesariamente un enfoque de planeamiento de cambio a gran escala.

En nuestra interpretación, los tratadistas de la problemática contemporánea del Estado, confluyen en dos apreciaciones. Por un lado en concebir la problemática de modernización del Estado como una crisis de su legitimidad, que nosotros traducimos como crisis de misión, y en un segundo plano que la crisis posee una dimensión estructural. En la visión de nuestro lente teórico, diagnósticos e intervenciones para procesos de cambio en la gestión pública reclaman necesariamente un enfoque estructural y una concepción estratégica de cambio a gran escala, en donde se toquen tanto lo macroestructural relacionado con el aparato del Estado en su conjunto, como lo relacionado con los sectores y unidades institucionales y empresariales en particular (lo microorganizacional).

Para Ledford ⁽⁸⁾, las organizaciones requieren cambios a gran escala, cuando se genera una crisis estructural, como producto de los desfases de sus procesos internos con respecto a la dinámica del entorno. Estos desfases bien podrían ser clasificados en tres niveles: el nivel tecnológico-productivo, el estratégico-mercadológico y el relacionado con todos aquellos elementos que tienen que ver con los valores organizacionales, con los valores que sustentan las relaciones de trabajo y en general con lo que hemos denominado como misionamiento cultural. Para Ledford estos elementos

forman parte de un sistema interactivo donde lo cultural usualmente desatendido juega un papel determinante.

Las organizaciones se ven suscitadas a formular cambios a gran escala, cuando las fórmulas técnico-productivas (misionamiento técnico) no cimientan ni producen satisfacciones sociales, y en este sentido la crisis siempre tendrá un dimensionamiento político-cultural. El replanteamiento de una misión siempre tendrá entonces esta matización. Las organizaciones se ven obligadas a cambiar cuando los valores organizacionales que logran son inconsecuentes con las demandas de sus componentes sociales, y en este sentido bien podría afirmarse que su valor organizacional es ilegítimo y por esto, reiteramos que muchos tratadistas conciben la crisis del Estado esencialmente como una crisis de ilegitimidad.

En teoría organizacional muchos autores han trabajado alrededor de la hipótesis, ejemplo Barnard ⁽⁹⁾, de que cuando se desmoronan los valores organizacionales, esto es cuando las personas no perciben que su trabajo contribuye a un logro social que se revierte en la optimización de su bienestar individual, los lazos motivacionales del trabajo socio-productivo se debilitan y con esto la eficiencia de la organización en su conjunto. Eficiencia (maximizar la producción de los bienes de la sociedad con los recursos disponibles) y la eficacia (logro de satisfacción de los componentes sociales) son categorías dialécticamente relacionadas. La crisis del Estado bien puede ser percibida como una crisis de su valor organizacional, que igualmente puede ser examinada en el contexto de esta relación dialéctica entre su misionamiento técnico (valores de eficiencia) y

su misionamiento político-cultural, (valores de eficacia).

El Estado es una organización compleja integrada por multitud de unidades socio-organizativas con misiones técnico-productivas y político-culturales. El Estado entonces se forma con la misión de relacionar dialécticamente estas unidades, esto es intervenir sus contradicciones tanto internas como en sus relaciones con otras unidades, de tal forma que también pueda desarrollar el Estado una eficiente y eficaz relación con los otros estados del mundo (relaciones estratégicas). Por esto como lo sugiere Poulantzas ⁽¹⁰⁾ el Estado es creación económica y política que debe estar por encima, en términos de poder, de cualquiera de sus unidades componentes, y en este sentido se apropia de ciertos recursos económicos, decisionales, organizacionales, convencionales y de poder, que cualquier unidad político-económica se ve obligada a no sobrepasar porque el Estado es fuerza cohesionante que sostiene una estructura (valor organizacional) sin el cual no podría interpretarse ni funcionar.

Es en este contexto donde surge para el Estado la necesidad de relación, pero al mismo tiempo de diferenciación entre lo público y lo privado, tanto en su dimensión político-cultural como en su dimensión técnico-productiva, y por esto el desarrollo del concepto Estado se desenvuelve en esta relación dialéctica de la misión privada y la misión pública.

Un enfoque de cambio a gran escala tendría que considerar esta relación estructural entre lo público y lo privado tanto en dimensiones políticas como técnicas. En este terreno, trabajos como los de Porter ⁽¹¹⁾ sugieren que la eficiencia del sector privado depende de la plataforma

competitiva tanto referida a fortalezas de la infraestructura productiva de la Nación (recursos naturales, puertos, carreteras, servicios públicos, etc), como a las fortalezas de su estructura de formación técnico-científica, y del potencial de su organización social (seguridad social, estructuras institucionales y capacidades gerenciales), donde el Estado cumple un papel fundamental como direccionador estratégico. Lo más importante del trabajo de Porter fue evidenciar con una reflexión sistemática, las interdependencias que en términos de eficacia y eficiencia se dan entre lo público y lo privado, y en este sentido considerar el desarrollo de la eficiencia y eficacia del Estado como un proceso imprescindible para que los distintos sectores y unidades puedan enfrentar los retos del proceso de globalización e internacionalización de la economía.

Lo traducible como problemática, y ésta bien puede constituir la dimensión política de esta relación, es lo que se ha denominado en los procesos de modernización del Estado en el orden internacional como la definición de la política estatización-privatización, que inclusive aborda la Comisión para la Modernización del Estado Colombiano del Presidente Virgilio Barco, consistente en precisar en el mundo contemporáneo, cuál debe ser el papel del sector público y cuál el del sector privado, y en este sentido desarrollar una profunda revisión de la visión y misión del Estado mismo.

Con esta perspectiva, en el gobierno del Presidente César Gaviria Trujillo se revisa la misión sugiriendo dejar al sector privado ciertas actividades económico-productivas que el Estado había asumido como producto de una posición interven-

tora, y centrarse en lo que podría denominarse la gestión política y estratégica del Estado. En esta dirección se solicita una mayor concentración en aspectos como la administración de justicia, bienestar social, partidos y fuerzas políticas, búsqueda de mercados, inversión y financiamiento internacional, política macroeconómica, coordinación intersectorial, y una modernización del aparato administrativo del Estado que agilice el proceso de internacionalización de la economía (modernización de puertos, transporte, normatividad y tramitología de comercio internacional) y de otra parte un fortalecimiento administrativo que permita cumplir más eficazmente el desarrollo de las necesidades materiales y espirituales de la nacionalidad colombiana.

Por esto el presidente César Gaviria en un escrito de sustentación del proceso de modernización puntualiza sobre la necesidad de dejar atrás el Estado omnipresente, que por gracia de su propio peso se volvió odioso, burocrático, lento y estorboso, y al Estado interventor, que cumplía a medias con su misión de procurar bienestar a sus ciudadanos, por estar donde no se requería, donde no era necesario, donde no le correspondía estar. Por pretender intervenir en todo, precisa el presidente César Gaviria Trujillo, por intentar abarcar demasiado, olvidó su misión esencial. Como responsable de la prestación de los servicios básicos a la comunidad, estuvo ausente de importantes porciones del territorio nacional, lo que facilitó la presencia de otros actores que, por fuera del ordenamiento jurídico, entraron a llenar los espacios que él había dejado vacíos, a desafiario velada o abiertamente y a apropiarse de sus funciones, imponiendo sus propias reglas.

Obsérvese que en estas puntualizaciones parece estar implícito el propósito de fortalecer en el Estado la misión político-cultural (Estatización) y delegar al sector privado, la fundamentación de la misión técnico-productiva (Privatización). Nuestra investigación, reconoce válida la revisión de estos relacionamientos de misión, sin embargo, nos suscita dudas, la eventual posibilidad de segmentar con la claridad que se anuncia, en nuestros contextos esas misiones.

De acuerdo con nuestro referente teórico, pensamos que esa revisión y separación de misiones, debe ser examinada a la luz de las relaciones de los hombres de poder y de sus presupuestos culturales. Con el paso de la economía feudal a la economía capitalista, el Estado se vio forzado a tener un papel protagónico como empresario económico. Significativos capitales fueron requeridos para crear una infraestructura de dinamización económica intersectorial, (transporte, comunicaciones) y de soportes físicos urbanos que sustentaran la formación de mercados modernos y de fuerza laboral para el desarrollo de la industrialización. En este mismo marco el Estado se convirtió en un gran empresario educador y prestador de servicios asistenciales para producir una fuerza laboral saludable y calificada. Con el desarrollo de este proceso, los hombres de poder del Estado y misionarios del interés público y los hombres de poder de lo privado, fueron estableciendo complejas interrelaciones.

De una parte, las estructuras de poder del Estado, se convirtieron en maquinarias electorales soportadas económicamente por el capital privado. De otra parte los hombres de poder del Estado actuando en estructuras organizacionales sin control social, se fueron apropiando de

importantes capitales que los insertan en la economía privada. Estos fusionamientos fueron creando un Estado donde la economía privada utiliza la economía pública, y donde el Estado de derecho se traduce en un Estado legislador acomodado a los intereses y presupuestos de poder de empresarios y dirigentes privados. Así por ejemplo se fueron creando legislaciones que instrumentalizan los presupuestos gerenciales de disminución de costos laborales, proteccionismos, subsidios y garantías de condiciones de monopolio.

Se fueron entonces perfilando dos culturas gerenciales embrionadas: Una cultura de gerenciamiento privado que delegó en el Estado todo el peso de la responsabilidad social y fundamentó su éxito empresarial en la habilidad, astucia para extender redes de dominio sobre lo público, y una cultura de gerenciamiento público montada sobre la habilidad de manejo de la maquinaria electoral, en la que utiliza tanto el financiamiento condicionado del sector privado, como el dinero público, la estructura organizacional de empleo de la empresa pública, y en general toda la estructura legislativa, ejecutiva y judicial del Estado.

Es justamente en el marco de esta caracterización de nuestro sistema económico-político, donde esta separación misional enunciada en la estrategia de "estatización-privatización" se torna compleja y discutible. Un primer interrogante se origina en el reconocimiento de que en nuestros contextos, a diferencia de los países industrializados, existe una débil estructuración de los sistemas de control social, (bajos niveles de ingreso, bajos niveles de formación, pocos desarrollos del tercer sector, escasa cultura de participa-

ción en la gestión política y económica del Estado), que ponen en entredicho la capacidad que tengan los grupos sociales, por ejemplo las comunidades marginadas, de ejercer autocontrol sobre las crisis internas que les puedan generar estos procesos, y control externo de la sociedad en general para que ciertos procesos de privatización, finalmente se canalicen en función del desarrollo nacional.

Es esa situación aparentemente envolvente de lo privado sobre lo público, que suscita su debilidad y corrupción, lo que en definitiva propone dudas, y por esto se ratifica, que la estrategia de Estatización-Privatización, además de tener una dimensión técnica, sobre la cual no presentamos una gran discusión (dejar que el sector privado, ya preparado financiera y gerencialmente para producir con mayor racionalidad servicios públicos, los asuma), posee una compleja dimensión política y cultural, que amerita un profundo acompañamiento en términos de investigación y de debate, y sobre lo cual la universidad colombiana debe ejercer un importante liderazgo.

Autores, inclusive considerados en nuestro medio de perfil neoliberal, como Osborne ⁽¹⁾, discuten sobre la peligrosidad para el Estado, de extralimitar la aplicación del paradigma, de que modernizar el Estado es privatizarlo, inclusive presentando abundantes ejemplos de empresas norteamericanas estatales, que compiten con las privadas con mayores indicadores de eficiencia. Consideramos con otros autores, que el espacio organizacional público es imprescindible para la supervivencia y desarrollo del Estado. Son justamente estos espacios los formadores de líderes, gerentes y empresarios, cuya inspiración, como lo diría Platón, es el alma

de la república, y sin ellos se diluiría en términos de la cultura, la mente y el corazón de la nación. En el lenguaje de Porter⁽¹¹⁾, se acabaría la dimensión macrocompetitiva del Estado, y en el de Poulantzas el poder que cohesionaba toda la estructura.

3. LA CRISIS DE LOS VALORES ORGANIZACIONALES

En crisis de la Organización Burocrática, Marín⁽¹²⁾, caracteriza el sistema político de la organización como un sistema de trueques de satisfacción económica, social y psicológica tanto interna como externa de los individuos, grupos y entes empresariales (empleados, propietarios, consumidores, proveedores, gobierno, etc.). La organización empresarial se da en la medida que dé respuesta a esos pactos de satisfacción y se torna competitiva cuando produce fórmulas de optimización (racionalización de uso de recursos) para responder a estos pactos de satisfacción de necesidades (Eficacia). La Organización así entendida es una productora de satisfactores que se distribuyen de acuerdo con los pactos y estructuras de poder mediadas por la acción ideológica y represiva. La crisis política se presenta cuando estos pactos o cuando estas funciones de equilibrio político dinámico se rompen.

En este contexto de apreciación la crisis de la misión se presenta cuando la organización rompe las relaciones de equilibrio político-dinámico con su entorno, esto es, cuando los individuos o grupos internos de la organización absorben por así decirlo los productos (recursos de satisfacción) en detrimento de los agentes externos (clientes, proveedores, comunidad y gobierno). La crisis corporativa

se presenta cuando ciertos individuos o grupos de la organización hacen apropiaciones de los satisfactores que rompen los pactos de asociación productiva interna. En otras palabras, cuando se rompe el cuerpo emocional que posibilita la optimización de la función productiva. Existen complejas relaciones de interdependencia entre la crisis corporativa y la crisis misional. Una crisis corporativa conduce a acrecentar una crisis de la misión de la organización, y en igual forma, una crisis de la misión exacerba la crisis de los relacionamientos internos.

Las crisis de las organizaciones estatales, bien pueden ser interpretadas en este contexto, como un rompimiento de sus relaciones de equilibrio político, o de sus funciones satisfactorias. En las dimensiones de relación externa, los agentes de la organización absorben los recursos en detrimento de los usuarios y proveedores (clientes externos) y en lo interno hay rompimiento de los pactos de satisfacción en sus asociaciones productivas, en el sentido de que los sistemas de recompensa que se propician internamente, no se asocian con la capacidad de satisfacción que grupos e individuos (eficiencia y eficacia) tienen con respecto a los usuarios del servicio público.

En su trabajo sobre Cultura, Poder y Cambio Organizacional Marín⁽⁴⁾ presenta esta crisis, en términos de valores organizacionales. Las organizaciones en el desarrollo de su crisis, van produciendo una organización de "sótano" que funciona al margen y oculta al sistema formal, donde se hace transgresión no solamente de sus normas, de su estructura y de su funcionalidad, sino además de sus códigos morales y éticos, sobre los cuales se sustenta su misión fundamental.

Esta organización de "sótano" posee otras redes funcionales de poder no identificables como una unidad global, si no más bien como microcentros que se hacen y se deshacen, en relaciones mucho más dinámicas que las formales. Su poder radica en la capacidad de estructurar y manejar una inteligente red de información que se oculta pero que al mismo tiempo provoca decisiones gerenciales que acrecientan sus posibilidades de transgresión. Muchos procesos, unidades, estamentos y cargos que en la organización formal aparecen separados y segmentados, en la organización de "sótano" aparecen conectados y envueltos en la cultura del soborno y de la astucia; de allí, que la red de información es mucho más ágil y eficaz que la formal.

La invisibilidad de la organización de sótano, constituye la estrategia básica de supervivencia de sus sistemas de poder. Ella actúa a través de mecanismos simbólicos que ejercen un papel determinante en la conducta. Lo cierto es que al margen de una cultura o comportamiento organizacional corporativo deseado, formalizado en la misión, razón social y en la declaración de valores organizacionales, se desarrolla una cultura oculta en la organización de "sótano" que posee sus propios héroes, pactos rituales, lenguajes, mitos y tabúes que veladamente transmiten con una gran fuerza psicológica y social, otros valores que pueden ser transgresores de la misión formalizada. De esta forma la socialización de los nuevos miembros está poseída por esas formas educativas invisibles. Es esta capacidad de engrandecerse y ocultarse la que hace a la organización de "sótano" más fuerte, y en muchos casos más determinante que la formal. Así se generan dos tipos de organizaciones que subsisten embrionadas,

una de carácter formal que corresponde a ejercicios de poder fundamentados en la discusión abierta, el respeto por la individualidad, la cooperación, la tolerancia y el beneficio organizacional, y otra que funciona como "sótano" de la organización que corresponde a ejercicios del poder donde impera la individualidad y donde la cultura de la transgresión se practica sin ningún condicionamiento.

Nuestra tesis es que en el Estado, esa transgresión de los valores organizacionales dimensionada en lo macrocultural, da fuerza a las organizaciones, al crecimiento de la organización de "sótano", y con ésta el aumento de la transgresión de los valores organizacionales de la misión y a la crisis de las entidades estatales en particular. Puede llegar a ser tal la transgresión de la misión, que en el Estado se pueden producir cárceles que son escuelas del crimen, escuelas que deducan, hospitales que enferman, contralorías que no controlan y jueces que producen injusticia. Sin embargo estas organizaciones, con su crecimiento transgresor, van adquiriendo una incapacidad de autorrevisarse y como las personas, van adquiriendo una inconciencia de su propia crisis. Como bien lo sugiere Morgan ⁽³⁾ esas organizaciones, como los individuos, adquieren un comportamiento esquizofrénico. Proclaman en lo formal el amor, la equidad, el respeto y en la práctica hacen otra cosa. Son organizaciones con dos caras, con dos personalidades que se debaten en el enigma de la supervivencia, y así los individuos conscientemente persigan cosas, el subconsciente colectivo termina direccionando los procesos, hasta que como en el esquizofrénico, esos dos mundos sin antagonismo terminan formando parte de uno solo.

Esta organización de sótano, presente en todas las estructuras organizacionales, en las organizaciones estatales, donde los asuntos de valor, de ideología y de ética afloran con mayor complejidad, asume amplias y profundas dimensiones. Muchos investigadores y consultores organizacionales de lo público, están alineados en el sentido de considerar que gran parte de la problemática de transformación organizacional de lo estatal, consiste en develar y tocar con efectividad esa organización de sótano, que inclusive actualmente estimula, un gran interés internacional por el estudio de la corrupción pública.

En los estudios de la corrupción pública se destaca la carencia de metodologías para examinar e intervenir los sistemas de corrupción. Los investigadores caracterizan el poder de esta organización en su "invisibilidad", ya que su poder lo tejen oculto a las redes formales extendiéndolo a toda la estructura, dando participación a algunos de sus miembros que ven esos caminos más eficaces y promisorios que los formales. Estos agentes al entrar en ese "**sótano organizacional**" interiorizan con la práctica como dice Schein ⁽²⁾, los presupuestos de poder de tal forma que muchos de ellos se especializan en determinadas conductas perversas para la organización formal, pero que en este submundo organizacional no son censuradas y más bien valorizadas. En esta medida al igual que en esta estructura formal, se crea una división entre los que diseñan el conjunto de las estrategias del desvalor y los que las ejecutan. Lo informal se liga a lo formal en la medida en que los agentes son recompensados organizacionalmente por sus "**habilidades transgresoras**" y en esta forma las estructuras subterráneas van adquiriendo mayor valor que las

formales, porque los agentes por el principio de regresión psicológica, se ven dirigidos a reproducir las conductas que les están produciendo éxito.

Insistimos en que en la transgresión de los valores organizacionales del Estado en su conjunto, se extiende la cultura de transgresión al conjunto de las organizaciones públicas. En este sentido la "**habilidad transgresora**", bien puede considerarse un modelo cultural que desde lo macrocultural define la cultura transgresora de las organizaciones en particular. Así por ejemplo, la cultura de gerenciamiento privado al extender sus redes de dominio sobre el Estado va conformando y formando cierto grupo de especialistas profesionales en el desarrollo y ejecución de estrategias de perversión de lo público, expertos en contabilidad engañosa para evadir impuestos, expertos en gerenciamiento corrupto de contratos públicos, expertos en quiebra ficticia de empresas, y en general expertos en sobornar el gerenciamiento jurídico, judicial y de control del Estado.

El gerenciamiento público construido en el montaje de la maquinaria electoral, permite que ejércitos de desempleados marginados de la estructura socio-productiva, se articulen a ella, buscando el premio del empleo que es obtenido y sostenido mediante un liderazgo cívico inminentemente electoral, que a su vez usa para las comunidades, la burocracia y los recursos públicos, y que evidentemente distorsiona los presupuestos de racionalidad de la gestión de recursos humanos, basados en la selección, evaluación y premiación con base en aptitudes, capacidades y aportes a la productividad de la organización.

En esta forma, miseria y desempleo son condiciones que

produce pero que también necesita el sistema. A su vez los funcionarios tanto en el nivel técnico y operativo marginados de la corrupción que se da en los niveles directivos utilizan la exacerbada normatividad procedimental burocrática para acelerar o desacelerar conscientemente el servicio público tanto a los ciudadanos como a las empresas para premiarse económica o políticamente. El Estado estorboso que critica el presidente Gaviria Trujillo apunta justamente a esto; a una base técnico-operacional que entró a la organización de "Sótano" y que por su magnitud y por ser un ejercicio profesional inminentemente improductivo, sustrae dineros tanto públicos como privados, afectando la eficiencia del aparato económico en su conjunto; aún así, en la cultura del gerenciamiento privado, que estamos tipificando, esta capacidad de acelerar o direccionar procesos del Estado, pueda ser concebida como "acción natural" del engranaje competitivo; en la concepción de Porter esta idea sería discutible en la medida que la sumatoria de estas actitudes, le disminuiría eficiencia y capacidad macrocompetitiva al Estado y por esta vía a todo el conjunto empresarial.

4. LA CRISIS DE LOS MODELOS ADMINISTRATIVOS

En esta coyuntura de modernización de la gestión pública, muchas de las acciones transformacionales, se han direccionado hacia la racionalización de procesos, como por ejemplo rediseño organizacional (fusión, reestructuración y supresión de instituciones, unidades y puestos de trabajo), rediseño de manuales de procedimientos, especialización, estandarización, etc. Todos estos esfuerzos concebi-

dos en la idea urgente de introducir los principios de productividad, eficiencia y eficacia.

Con referencia a estos esfuerzos de modernización presentamos discusiones teóricas que se están dando contemporáneamente a ciertos modelos administrativos, por ejemplo, la especialización y la estandarización, de procesos, sobre los cuales se apoyan procesos de modernización del Estado, que desde el enfoque cultural vienen siendo discutidos y que aquí presentaremos, contextualizándolos en la problemática de transformación organizacional del Estado.

En discusión con la idea de Weber⁽¹³⁾ de que las estructuras organizacionales fundamentadas en la especialización, estandarización e impersonalización, producen un ordenamiento de los saberes que hacen posible la introducción de la ciencia para la organización racional, Poulantzas⁽¹⁰⁾ sugiere que en el Estado los nuevos saberes, la base intelectual se va incorporando al servicio de las estructuras de poder de las clases que la sustentan. En la interpretación de este trabajo los nuevos saberes se dan a la individualidad, y en general al servicio de los presupuestos culturales de dominación cuya exacerbación reiteramos corrompe finalmente los valores organizacionales. Las jerarquías atomizadas de desarrollo y control individual de las tareas exigen inclusive técnicamente una valoración y premiación individual del trabajo que se hiperactiviza a través de la red burocrática, de tal forma que todo trabajo comunitario en la base o en una unidad, termina siendo pervertido en su flujo por la red organizacional. Así por ejemplo, los estados han intentado construir organizaciones comunitarias que afirmen la vocación social de las organizaciones estatales, sin embargo éstas fi-

nalmente terminan al servicio de la maquinaria de poder del Estado, y esto en lo fundamental porque sus líderes con sus saberes entran y se traducen en eslabones de una estructura, que negocia en una economía individualizada, de supervivencia como fuerza inicial, y que poco a poco va interiorizando a través de las prácticas socio-organizacionales, los pisos ideológicos de la individualidad en la realización de la existencia.

Todo líder y su saber es premiado con el pan material y espiritual que la misma escala jerárquica define, distribuido en proporciones que se aminoran desde la cima a la base, que él mismo produce y jerarquiza mediante los subterfugios político-burocráticos. Por esto sostiene Poulantzas⁽¹⁰⁾ la aplicación del conocimiento (lo técnico) se traduce en un saber, saber político (saber de saberes), donde la inteligencia se matiza en la perversión de la institucionalidad. En la apreciación de Bobbio⁽¹⁴⁾ el agente del saber se desata en la disyuntiva de convertir su saber en un saber útil al servicio del poder o en un saber inútil siervo de la desocupación y parasitario de la sociedad laboral y del mundo que el saber suscita transformar. En este sentido estas estructuras de poder del Estado se pueden traducir en exacerbadas estructuras de dominación de lo técnico mediando el dominio sutil de lo ideológico, situación que de hecho genera la dialéctica de su crisis de desarrollo ya que la ética del deber posible limita la ética del deber idealizable.

En términos del proceso de modernización del Estado se problematiza cómo en estas estructuras del Estado donde el saber es subyugado a la individualización, se podrían entonces establecer acciones que susciten un desarrollo de creatividad

puestas al servicio del desarrollo de la sociedad. En este terreno muchas de las propuestas se han movido en términos de creación y disposición de instrumentos normativos para investigar y sancionar actuaciones organizacionales dudosas de los funcionarios, otras que están más en la perspectiva de este trabajo, de actuar sobre las estructuras que promueven esa discrecionalidad, y otras donde más se concentrará esta investigación, cual es el de hacer una intervención cultural que ampliaremos en avances posteriores de este trabajo.

Se precisa entonces que el sistema político-burocrático del Estado está montado sobre la base de la respuesta individual. En estos planos el control individual es lo que dirige el sistema, y como diría Poulantzas⁽¹³⁾ el cuerpo social pierde identidad y fronteras. Todos los caminos conducen a Roma en el sentido que Roma está en todas partes porque hasta allí se extienden los brazos del poder, de un poder que aunque concentrado extiende redes definiendo los únicos caminos posibles para que las personas extiendan su individualidad en el mundo.

El sistema político de nexos a las comunidades territoriales está montado sobre la base de la individualidad. El político regional se une al tejido de la maquinaria del poder del Estado, haciendo trueques electorales con respuestas individuales a la comunidad, en términos de becas de estudio, puestos de trabajo, materiales de vivienda, etc., que a su vez le permiten hacer un desplazamiento por las jerarquías de poder que lo acercarán a territorios más centrales. Su poder de manipulación electoral indirecta con su jerarquización institucional en la pirámide del Estado con movilizaciones tanto verticales como horizontales, en-

tidades de carácter local, regional y nacional, que engrandecen su poder institucional y la capacidad de manejo de los recursos institucionales públicos para manejar desde planos mayores de jerarquización la red del liderazgo electoral.

Como producto de esto se genera una permanente movilidad y carencia de saberes y líderes que acentúan los procesos de marginalidad territorial. Talentos y saberes que podrían liderar un desarrollo de la economía pública local fluyen a otros espacios por estos imperativos de la estructura. De allí que la estrategia de descentralización es considerada aspecto clave en la modernización del Estado. Como bien puntualiza Hernández⁽¹⁵⁾, no se resuelve con la sola estrategia de descentralización fiscal, sino que adicionalmente se requiere un fortalecimiento de la capacidad gerencial y de una estrategia de participación ciudadana en el direccionamiento y control de la inversión pública. En teoría organizacional ya se ha observado con suficiencia que estructuras altamente especializadas y jerarquizadas producen concentraciones cada vez más hiperactivas de poder en la cima de la pirámide (nivel salarial, recursos financieros, discrecionalidad, etc.) produciendo altos niveles de marginalidad de estos recursos políticos en su base, y que esto a su vez produce una crisis operacional que crece articulada a una ilegitimidad de estos mismos procesos. El aparato organizacional del Estado puede apreciarse con esta óptica. Amplios espacios sociales resultan cada vez más marginados de sus desarrollos materiales y culturales. En estas comunidades marginadas la modernidad hace crisis. Son una fuerza laboral cada vez más incapacitada para articularse a la estructura técnico-productiva y al mismo tiempo una fuerza so-

cial incapacitada para vivir la modernidad sin violentarla. Las crecientes invasiones del espacio público de las ciudades con la economía informal, la mendicidad, el gaminismo, los indigentes, la prostitución, el robo y el crimen callejero, resultan ser muestras de estas articulaciones violentas. Es en ese contexto justamente, donde el Estado refleja su crisis, cuando la convivencia ciudadana se rompe, cuando los participantes de la modernidad sufren los rigores de la incivildad violenta.

Esta violencia surgida de la marginalidad es nutrida históricamente por una violencia legitimada por los Estados autoritarios y después oscurecida en los estados sociales de derecho donde según nuestro estudio introductorio, los presupuestos de poder basados en la violencia no desaparecen, sino más bien, se ocultan extendiéndose en su práctica, como maestros del poder que ligan y llegan a toda estructura de la organización social. La violencia política se traduce entonces en una violencia civil que a su vez es utilizada tanto por subordinadores al poder del Estado como insubordinadores de él. Los espacios sociales marginados son espacios políticos donde el Estado perdió su control, pero que reiteramos, caotizan la vida social, política y económica del Estado en su conjunto.

En este panorama de análisis de la crisis del Estado bien pueden interpretarse estrategias como la moralización electoral, la descentralización administrativa que promueva una mayor presencia institucional del Estado en las comunidades marginadas, el control sobre el ejercicio violento de la fuerza pública que lacera los derechos humanos, la pacificación y control de las organizaciones militares privadas y la moralización y fortaleci-

miento institucional del sistema de justicia. Estas acciones son componentes de un cuerpo estratégico de dimensión esencialmente política que en ese contexto de crisis, reafirma un nuevo misionamiento del Estado, imprescindible para soportar su modernización con cobertura y profundización.

Tanto el Estado como las organizaciones en general se han constituido sobre la base de un código normativo diferenciable a tres niveles. Uno que pretende regular el proyecto cultural de la organización o el desarrollo de sus relaciones con la naturaleza (normatividad misional). Otro que establece su base constitutiva que ordena los saberes en unidades y legitima el poder de sus agentes (normatividad constitutiva) y finalmente un código normativo técnico-operacional que instrumentaliza u operacionaliza las misiones. Como lo anotamos en el estudio introductorio con Weber⁽¹³⁾ este sistema fue estructurado bajo el presupuesto de establecer relaciones de dominio que impiden la transgresión de lo individual sobre lo organizacional a través de una predeterminación (mecanización) de las conductas socio-productivas. Igualmente observamos cómo este sistema normativo empieza a ser edificado verticalmente desde la pirámide a la base organizacional y con Taylor⁽¹⁶⁾ la base operacional es sistemáticamente regulada bajo los presupuestos mecánicos de la especialización y estandarización de procesos que conecte la base operacional con los valores de eficiencia y eficacia de la organización en su conjunto. También observamos que adscritos a esos regulamientos laborales técnico-productivos se desarrollan ciertos regulamientos de control ideológico-cultural que igualmente definen la participación de los agentes en los valores organizacionales y siste-

mas de compensación que en este contexto creaban ciertas contradicciones de legitimidad tanto internas de la organización, como en sus relaciones externas no superables con la teoría tayloriana y que conllevan a un fortalecimiento, a un acrecentamiento de los controles externos de carácter disciplinariamente punitivos. Pues bien, utilicemos este marco de teorización administrativa para examinar la crisis normativa del Estado.

La estructura normativa del Estado ha sido creada en esos marcos de verticalidad. Ella se crea permitiendo amplios espacios de relacionamiento social y de discrecionalidad en la pirámide, al mismo tiempo que regula estrictamente las relaciones en su base operacional, limitando ejercicios amplios de actuación político-cultural de los ciudadanos y las comunidades. Crea a su vez un ejército burocrático voluminoso de control de un alto costo social para el Estado, que soportado taylorianamente en la desconfianza del ciudadano (en su naturaleza transgresora) lo limita y lo penaliza, pero que al mismo tiempo legitima lo condenatorio de bien público, mediante el silencio, la dilación, el desconocimiento y el artificio del manejo normativo. El cuerpo de control del Estado es a su vez un cuerpo altamente normatizado y jerarquizado. En sus bases, y esto corresponde a un desarrollo histórico de las organizaciones, sitúa a funcionarios predispuestos salarial y culturalmente a hacer un ejercicio coercitivo y punitivo del control, pero al mismo tiempo discriminatorio, que ejecuta por omisión o por desviación, el procedimiento normativo y que en esta forma sitúa al funcionario además de transgresor como potencial víctima o como chivo expiatorio del acto corrupto. Este cuerpo con es-

tas características resulta útil y hasta necesario, para la transgresión del bien público, y quizás por esto se explique su atraso, su carencia de soportes técnicos, su bajo nivel de profesionalización y su desorden técnico-administrativo. De allí que los estados y específicamente el Estado colombiano esté promoviendo una profesionalización de este cuerpo en la Dirección de Impuestos Nacionales, en la Policía, en el sistema judicial, en la Procuraduría y la Contraloría tanto en los niveles nacionales y regionales.

Los cuerpos de control en las organizaciones son idealmente instancias de decisión administrativa, que enlazan dinámicamente lo técnico operacional a las misiones de la organización pero como lo señala Marín⁽¹²⁾, esta segmentación del proceso administrativo presentado por fallos entre control y ejecución contemporáneamente viene presentando expresiones de crisis que ya están siendo examinadas por los teóricos de la administración, porque segmentan organizacionalmente un proceso que en su producción intelectual no se crea segmentadamente. En términos psicológicos gestalistas no se crea una conducta operacional sin un entorno de valor y mucho menos se estructura una conducta de control separada de esa relación dinámica. De allí que esta segmentación que especializa a los que planifican, ejecutan y controlan corresponde a un diseño organizacional concebido para materializar los presupuestos de poder de dominación que ya examinamos. Lo discutible, es que esta segmentación del proceso administrativo contradictoriamente promueve la transgresión de los valores organizacionales y la organización de "Sótano" a la que ya hemos hecho referencia en apartes anteriores del estudio.

Crozier ⁽¹⁷⁾ observa cómo las burocracias afianzadas en el concepto de impersonalización de Weber segmentan la planeación de la ejecución. Los que tomen las decisiones normativas evitan la participación de las personas implicadas en la ejecución, porque en ellas están implícitos sus beneficios y sanciones. Los creadores de estas normas tratarán de alejarse de los implicados para evitar el conflicto y la presión personal del grupo o del estrato. Por lo tanto observa Crozier, el poder de tomar decisiones tenderá a alejarse cada vez más de las células de ejecución. Los conflictos del estrato, así sean técnicos, tienden a ser traducidos y explicados en la inconsistencia de la relación política con los estratos superiores. En las relaciones de conflicto, las personas canalizan el conflicto para responder en el mismo contexto de impersonalización, con el enfrentamiento estratificado y es aquí donde aflora lo contradictorio del sistema, porque tanto la causa como la solución están por fuera de los afectados y ejecutantes del proceso, y esto inspira y estimula la organización de **"Sótano"** que conecta a las personas con los centros de poder mediante las redes informales que sí posibilitan lo que la red formal reprime.

En las gigantes burocracias estatales, estos procesos de impersonalización y segmentación se presentan con gran fuerza. Gran parte de los conflictos no pueden ser dirimidos ni siquiera en la cúpula de las mismas entidades estatales. La canalización positiva del conflicto individual se empobrece y las relaciones de conflictos estratificados se vuelven tensas, y las soluciones usualmente transgresoras del bien público. La misma segmentación genera los conocidos artificios de evasión de responsabilidades en la corrup-

ción de lo público. Los diseñadores de las normas imputan los fracasos a quienes ejecutan o las controlan y los que las ejecutan a quienes las diseñan. Con la impersonalización, el funcionario público siempre encuentra el argumento para encubrir su desacierto técnico o político. Al respecto son usuales las expresiones: **"Yo no diseñé estos procedimientos, yo no fui el creador de estas sanciones"**. La supuesta impersonalización cuando los administradores aplican las normas, aduciendo que ellos no las hicieron, pero que están obligados a aplicarlas, permite ante la frustración que ellas pueden producir en los ciudadanos, lavarse las manos, legalizar la patada, y en cierta forma ponerle un velo a la verdadera intención políticamente personalizada. Constituyen así las normas, amparo moral (**"debo hacerlo porque las normas me obligan"**) y de justificaciones (**"yo estaba cumpliendo el reglamento"**), alimentadores de la cultura de la doble moralidad y de la transgresión del valor organizacional del estamento público.

Nuestra tesis, es que urge implementar procesos de capacitación y de consultoría en la gestión pública, con metodologías novedosas, acordes y consistentes con estas realidades paradigmáticas de su cultura organizacional. Nosotros pensamos que en las entidades estatales un toque procedimental no resuelve el dilema de la modernización, porque alineados con Morgan ⁽³⁾, ciertas revoluciones tecnológicas y normativas en las organizaciones pueden conmocionar esas estructuras subterráneas y percibir como él lo observa, algunos indicios de cambio organizacional y de mejoramiento de la eficiencia. Sin embargo estas organizaciones con el tiempo pueden tornarse tan corruptas como antes. Esto

porque la organización subterránea tiene el poder de adaptar en el tiempo estos nuevos procesos a sus prácticas, y al beneficio organizacional en beneficio individual. Por esto este trabajo está en la perspectiva, como otros, de construir un nuevo lente teórico, que inclusive rompa con los paradigmas de la teoría clásica y unos nuevos instrumentos de análisis y de intervención en las organizaciones, en la medida que estas metodologías convencionales no tocan esta estructura subterránea justamente porque están modeladas por las teorías clásicas de la administración que conducen al estudio de lo formal, y por esta misma razón las propuestas de cambio levantadas en estos diagnósticos, son plenamente burladas y subvertidas en las estructuras de "sótano".

En un futuro, procesos de cambio organizacional en las organizaciones estatales, estarán fundamentados en profundas investigaciones, donde las metodologías de estudio e intervención cultural adquirirán plena vigencia e importancia. La investigación, la capacitación y la consultoría, tendrán que reformularse dentro de estas caracterizaciones con metodologías dispuestas a revolucionar los paradigmas y a tocar la organización de sótano. En este contexto metodológico, investigadores y gestores del cambio se verán implicados en prácticas complejas de socialización con la vida organizacional, que abrirá mejores caminos para penetrar en ese "submundo organizacional" y en ese sentido como lo plantea Michelat ⁽¹⁸⁾, percibir, rastrear y descubrir la información enmascarada, oscura o poco frecuente, pero definitiva en la comprensión de los factores de resistencia.

Evidentemente procesos de cambio tendrán que superar las

convencionales metodologías de carácter vertical. Los entrevistadores no directivos (para nuestra reflexión, investigadores y agentes de cambio), tendrán que enfrentar el riesgo de quitarse el "brillo de traje", del administrador, del consejero o del terapeuta, para convertirse en estimuladores de un proceso de descubrimiento, que depende esencialmente de la contingencia del proceso participativo, donde lo afectivo y lo racional, surge con fuerza dialéctica pariendo datos inesperados que comprometen socialmente a todos los participantes.

En la investigación publicada en "Estrategias para el desarrollo de la gestión pública", sobre el proceso de modernización del estado del presidente colombiano César Gaviria, en el que se suprimieron, fusionaron y reestructuraron importantes organizaciones del Estado, realizamos un examen crítico observando que pocos esfuerzos se hicieron sobre la concientización de la crisis estructural de adaptabilidad al nuevo entorno de exigencias de la sociedad, de las organizaciones reestructuradas y mucho menos, se logró que este imperativo del cambio se extendiera al conjunto humano de la organización. Este proceso extensivo de la crisis a todos los rincones de la estructura organizacional, es fundamental porque la quiebra de los modelos mentales debe llegar hasta la base de la pirámide de la organización que operacionaliza el contacto con el entorno, para cambiar efectivamente las prácticas y realidades de las organizaciones. Procesos de cambio que sólo desencadenan quiebra de modelos mentales en la esfera de los que dirigen la organización, se quedan en el plano ideal.

En nuestra investigación, sustentamos con información am-

plia, que el proceso de modernización del Estado del presidente César Gaviria es discutible a la luz de la teoría del cambio organizacional en estos aspectos, porque la dinámica de cambio requiere de la estructuración de una red de líderes que extiendan la conciencia de las realidades de crisis hasta la base, y es justamente esta extensión cualitativa la que efectivamente rompe resistencias y mentaliza los líderes de la vieja cultura, pues los procesos de cambio bien pueden entenderse como choques entre culturas "viejas" y culturas "nuevas", luchas entre paradigmas o entre formas de conceptualizar, sentir y actuar sobre el mundo, de tal modo que los cambios siempre implican remoción de las estructuras de valor y las estructuras políticas que las sostienen. Greiner ⁽⁷⁾ en su estudio de procesos de cambio en varias organizaciones norteamericanas encontró que los procesos de cambio más exitosos fueron aquellos que se gestaron mediante procedimientos participativos y considera estos procesos claves en la extensión de la crisis, pues ésta es como lo manifiesta Greiner, la que en última instancia sacude los comportamientos de poder que defienden las conceptualizaciones viejas y limitan el desarrollo de las nuevas. Por eso Marín ⁽⁴⁾ concluye que procesos de cambio bien desarrollados requieren de una estrategia política de reposicionamiento de los agentes de cambio, proveídos interna y externamente. En lo interno se debe hacer un mejoramiento de los líderes naturales opacados, reprimidos, marginados por el sistema que se quiere cambiar, hacer que se ubiquen en posición de poder, en áreas claves del proceso de cambio o en las comisiones que lideran el proceso.

Si se examinan estas reflexiones de los teóricos en el pro-

ceso de modernización del Estado colombiano, la extensión de la crisis así como el reposicionamiento de líderes de cambio fue débil y limitada. De hecho en las organizaciones no se hizo un estudio político-cultural que examinara el contenido y peso de los modelos viejos e inventariara y posicionara los potenciales líderes de cambio. Las entidades formularon las propuestas de reestructuración más bien como respuestas a un mandato imperativo de la presidencia, en un clima de desconcierto y temor, que como un proceso que debería ser gestado necesariamente para abordar una crisis de la nacionalidad colombiana y una crisis de las misiones de la organización y de sus estructuras de gestión.

Aunque las directivas presidenciales, cartas y manuales que pretendían orientar el proceso de cambio en las organizaciones, de la Consejería para la Modernización del Estado que apoyaba al presidente César Gaviria en este proceso, fueron bien estructurados en términos de sugerir lineamientos organizacionales como los de simplificar trámites en el contexto de gerenciamiento de servicios (disminución de costos económicos y psicológicos del cliente), racionalización económica (supresión de pasos y procesos sin valor agregado) y montaje de sistemas de control interno que evaluaran los planes estratégicos de la organización, dinamizaran los procesos más que detenerlos, fuesen económicos y fundamentados en una cultura de autocontrol, lo cierto es que las directivas presidenciales, en muchos casos, fueron asumidas más en el marco de dar respuestas oportunas a la presidencia, para lo cual se contrataron asesorías externas en muchos casos no calificadas, para generar una transformación organizacional real y positiva.

Este estudio ⁽¹⁹⁾, que realizamos sobre el proceso de modernización del Estado del presidente César Gaviria, que invitamos a ampliar en su examen, concluye que no se logró interiorizar en las organizaciones la conciencia de la crisis estructural que fundamenta la urgencia y el imperativo de las transformaciones profundas y estructurales, y en ese sentido sugerimos que fue más bien percibido y concebido en las organizaciones como un proceso de dimensión laboral amenazante, producto de una estrategia de con-

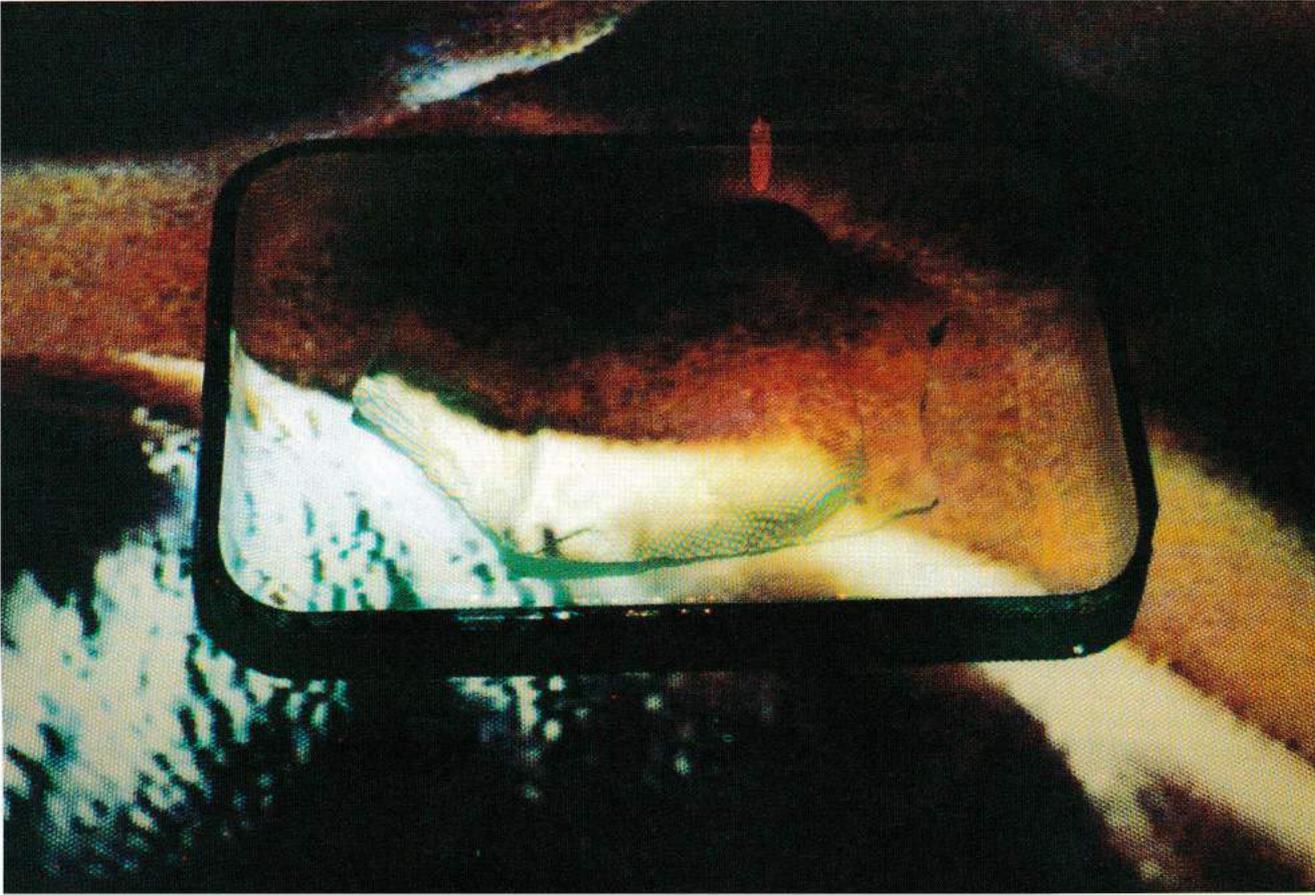
tracción del gasto público ante presiones internacionales, o como una acción propia del pensamiento neoliberal tendiente a privatizar las funciones públicas.

Se finaliza reiterando que estamos frente a una problemática de tanta importancia, complejidad y trascendencia para la nación, que compromete a todas sus instituciones. Este compromiso nacional debe concentrarse en la consolidación de alianzas estratégicas entre universidades, el sector público y el sec-

tor privado para desarrollar programas de formación, investigación y consultoría que dinamicen en los marcos ambiciosos que propone este trabajo, un proceso que como el de la transformación del Estado, requiere, reiteramos con urgencia, ser tratado con rigurosidad para direccionarlo y legitimarlo en los propósitos de la nación colombiana en su conjunto, porque de esta generación de conciencia y direccionamiento dependen seguramente nuestras posibilidades de supervivencia y desarrollo.

BIBLIOGRAFIA

- OSBORNE, David, GAEBLER, Ted. *La Reinención del Gobierno*. Paidós, Barcelona, 1994.
- SCHEIN, Edgar. "Management development is a process of influence". *Industrial Management Review*, M. I. T., N° 2, 1961.
- MORGAN, Gareth. *Imágenes de Organización*. Alfaomega, S. A. de C. V. México, 1991.
- MARIN, Henry. "Cultura, Poder y Cambio Organizacional". *Revista Dyna*, N° 118, Medellín, 1994.
- KUHN, T. "A Estructura Das Revolucoes Cientificas". *Pespectiva*, Sao Paulo, 1992.
- SENGE, Peter. *La Quinta Disciplina*. Best Seller. Sao Paulo, 1990.
- GREINER, Larry. "Patterns of organization change". *Harvard Bussines Review*, N° 3, 1976.
- LEDFOURD G., Moberman S., LAWLER E. *The Phenomenon of Large-Scale Organizational Change*. Sao Paulo. Reproducción USP; sin otros datos bibliográficos.
- BARNARD, C. *The Functions of the executive*. Harvard University Press, Cambridge, 1992.
- POULANTZAS, N. *Estado, Poder y Socialismo*. Siglo XXI, México, 1978.
- PORTER, Michae'. *La ventaja competitiva de las Naciones*. Cebsa, México, 1983.
- MARIN, Henry. *Crisis de la Organización Burocrática*. Universidad Nacional, Medellín, 1992.
- WEBER, Max. *Economía y Sociedad*. F. C. E., México, 1984.
- BOBBIO, Norberto. *Los intelectuales y el poder*. *Revista Nexos*, México, 1994.
- HERNANDEZ, J. "Descentralización y ajuste institucional". *Economía Colombiana*, N° 238, Bogotá, 1992.
- TAYLOR, Frederic. *Principios de la Administración Científica*. Herrera Hermanos, México, 1992.
- CROZIER, Michel. *El fenómeno burocrático*. Amorrortu, Buenos Aires, 1969.
- MICHELAT, Guy. Sobre a Utilizacao da Entrevista Neo-Directiva em sociologia. Documento de curso de Doctorado en Administración. Universidad Sao Paulo. Sao Paulo, Brasil, 1993.
- MARIN, Henry. *Estrategia para el Desarrollo de la Gestión Pública*. Impreson. Medellín, 1996.



emilio cera sánchez

DESARROLLO HUMANO EN COLOMBIA EN UN CONTEXTO URBANO REGIONAL

CASO: REGION DEL CARIBE

Se desarrolla este ensayo examinando la ciudad como el escenario y "motor" que puede promover el desarrollo humano y social en Colombia. Se parte del supuesto de una transformación, hacia un modelo urbano regional, que genere dinámicas de desarrollo equitativo al resto del territorio y equilibre las actuales diferencias campo-ciudad, lo cual garantizaría un uso más justo y sostenible de todo tipo de recursos.

Un nuevo modelo urbano regional enmarcado en patrones de acción participativa, que potencien los comportamientos solidarios y apoyen los mecanismos de supervivencia de los pobres urbanos y ru-

rales. Paralelo a esto, se podría construir una nueva cultura política urbano regional, que antepusiere el bien común, la ética y la equidad en el manejo de recursos y oportunidades de acceso a ellos, para los más pobres.

Un mejor ingreso, ligado a políticas de empleo y educación, son las estrategias generales que como condición inicial contribuirían a posibilitar el desarrollo humano y social en el contexto urbano de Colombia, irradiando a las zonas rurales de mayor atraso relativo histórico. El caso del Caribe Colombiano con sus especificidades se estudia enmarcado en estos parámetros.

INTRODUCCION:

El énfasis dado al desarrollo humano en los últimos años, parte de una serie de documentos producidos por agencias de las Naciones Unidas, que plantean el desarrollo de los recursos humanos y la superación de la pobreza, como la manera de salirle adelante a los "efectos sociales" de ciertos "modelos de desarrollo" recientes, (¿Neoliberalismo y sus secuelas?) que han ahondado las diferencias entre países ricos y pobres, y entre grupos de población rica y pobre en los países en "vías de desarrollo".

El desarrollo humano, así como la superación de la pobreza, parten de una "oferta aumentada" de bienes y servicios y de una mejora de las capacidades de la población, combinando ambas acciones, y considerando que los recursos que debieran destinarse a ello, serían una inversión productiva en "capital humano". Esto es admitir que el crecimiento económico por sí solo, no eleva necesariamente las condiciones de vida de la mayoría de la población.

Algunas propuestas (Plan de Jakarta) privilegian entre otras acciones las del empleo y desarrollo de la fuerza de trabajo, proponiendo la coexistencia entre los sectores formal e informal. En ciencia y tecnología, se propone mejorar los recursos humanos, para que se pueda aprovechar del progreso técnico adaptando las nuevas tecnologías.

La población colombiana, que ha venido creciendo, a pesar de los avances en programas de control natal, tiende a concentrarse en las áreas urbanas aún más que en el pasado, dejando a dichas áreas y su economía el papel de captar la fuerza de trabajo que genera su crecimiento y el producido por las migraciones del campo que, aunque han mermado, siguen desplazando población a las ciudades. Colombia es además un país con cre-

cimiento de la población en edad activa, medio y con niveles de pobreza urbana altos, que de acoger propuestas como la de Jakarta (tal como lo intenta el actual plan de desarrollo) deberá implementar más fuertemente las soluciones a los problemas de empleo urbano y rural, actuando al tiempo en la satisfacción de necesidades básicas y sin descuidar la modernización tecnológica.

En Colombia el desempleo urbano es alto, y como se anotó, la pobreza urbana también lo es, lo que trae como consecuencia que el migrante del campo no consiga trabajo. Todo esto ha producido una acelerada degradación del medio ambiente físico y social de las ciudades.

La ciudad colombiana, tradicional "motor" del cambio y la modernización, ha venido sufriendo un proceso de fragmentación y degradación social, de atomización de sus grupos sociales, que son muy diversificados, y una segregación espacial que como anota Sachs (citado por Susana Finquielevich, "Estrategias de supervivencia en las ciudades latinoamericanas" pág. 72) es una sociedad de apartheid todavía relativamente benigna; vivimos una crisis urbana estructural y con tendencia a prolongarse a largo plazo, "actualmente el desempleo y el subempleo constituyen las mayores fuentes de pobreza".

La migración del campo a la ciudad que caracterizó a la ciudad colombiana desde 1950, no ha podido ser bien articulada a ésta y no tuvo suficientes oportunidades ni ofertas para su adaptación, por la economía urbana "moderna", en recesión cíclica y poco agresiva en crear nuevas fuentes de empleo. En Colombia, como en la mayoría de países de la América Latina y del Caribe, se ha sentido el remezón "neoliberal". Los costos sociales de esta política dejaron como evidencia un alarmante aumento de la pobreza, ligado principalmente al deterioro de los niveles de ingreso y a las oportunidades de empleo.

(Aunque en Colombia no se evidencia tan agudo como en el cono sur) ⁽¹⁾.

Según el P.N.U.D., si no hay correctivos a esto, tendremos en la América Latina, para el año dos mil, 296.000.000 de pobres, casi el 56% de la población estimada para la región.

El empleo ofrecido en países altamente urbanizados y con ciudades de economía cada vez más terciaria, es de características precarias: microempresas, trabajo doméstico y en general en el sector informal. Este sector informal es diferente en sus códigos a la población obrera tradicional: carece de un proyecto político reivindicativo: además su psicología no es gregaria como la del obrero sindicalizado; podríamos decir que los informales resaltan dramáticamente como un subproducto de las ideas neoliberales, en el sentido de ver la solución de sus problemas de una manera individualista, y compartir la meta cultural de la obtención de la riqueza, si bien al ver que los medios institucionalizados para lograrlo están cerrados, algunos, especialmente los jóvenes, fácilmente desarrollan conductas que el sociólogo Merton denomina de innovación y que en derecho se denomina "delincuencia común" (J. J. Amar, Desarrollo Humano y Social y el nuevo orden político de la sociedad latinoamericana, prog. Desarrollo Humano, Maestría U.N. pág. 5 y 6. Barranquilla 1995). El comportamiento de algunos grupos urbanos (Medellín, Lima, Cali, Santafé de Bogotá) según anota Amar, es de desconfianza ante la sociedad y de afán de ganancia inmediata en donde "no importa vivir poco pero bien". Reflexiones como ésta han llevado a formular políticas hacia el empleo, que en el caso colombiano están plasmadas en el plan de desarrollo "El salto Social" del actual gobierno. (Según Consuelo Corredor, "la equidad como propósito de desarrollo"). Se considera el empleo como núcleo del plan de desarrollo y como punto de encuentro entre el desarrollo económico y el social,

pero éste se quedó corto en sus propuestas y en sus realizaciones. Es por la vía del ingreso como las personas pobres, que no cuentan sino con su fuerza de trabajo, pueden acceder a satisfacer sus necesidades vitales. Pero el plan de desarrollo apunta además a otros problemas y admite que la desocupación y la ocupación precaria no sólo limitan el potencial productivo y el ingreso, sino el bienestar y la pertenencia a la sociedad, agravando los problemas de inequidad ya grandes. Ofrecer más y mejores oportunidades de empleo, en situaciones urbanas de economía terciaria y con relativa capacidad de competir en el mercado externo, con una población de códigos en transición (campesinidad) y bajo nivel de capacitación, debía entonces conllevar una "elevación" del nivel educativo, fomentar economías solidarias y fomentar la pequeña propiedad. En el campo debía también fomentarse más y mejor empleo.

El empleo urbano, en el sector informal, se estimaba en las siete ciudades mayores colombianas, en 1994, en 1.672.000 y el desempleo en 435.000. Para el cuatrenio 1995-98, se estima la necesidad de generar 3.369.000 nuevos empleos.

En el contexto urbano es claro un mayor desempleo en trabajadores de poca calificación, sobre todo en jóvenes y mujeres pobres. La construcción y el comercio, habituales empleadores urbanos generan empleo temporal y/o alto grado de informalidad. Al tiempo existe sobreoferta de empleo para personal calificado urbano, lo cual hace pensar que se debe hacer un inmenso esfuerzo en la capacitación, educación y desarrollo científico y tecnológico. Aquí aparece la educación como área estratégica de la política social. La educación se convierte así en un potenciador de conocimiento que a su vez es capital social acumulable. Todo parece indicar que la estrategia hacia el desarrollo humano en Colombia debe partir de considerar la ciudad como epicentro del de-

sarroilo, lo anterior corroborado por ser ella el espacio en donde se concentra la mayoría de la población y por ser posible a partir de ella la generación de las dinámicas de modernización y desarrollo equitativo y sustentable, que irradian hacia el resto del territorio los beneficios de las transformaciones sociales y de calidad de vida mejor, a los cuales aspira y tiene derecho nuestra gente. Esto implica entender la interacción ciudad-territorio, nuevas relaciones ciudad-campo y acciones simultáneas en ambos contextos.

La ciudad en la historia, no sólo de Colombia y América Latina, sino en la historia universal, ha sido factor privilegiado del cambio, de progreso y modernidad, como también centro del poder y de la dominación sobre el resto de población y el territorio. Es a partir de ella, y bajo una nueva visión de su papel, que será posible gestar e implementar las acciones de desarrollo humano y social, que logren elevar la calidad de vida en todo el territorio.

Así, sería el "destino manifiesto de la ciudad", llevar a cabo toda estrategia de avance cultural, social y económico sobre el resto del territorio.

DESARROLLO: ¿CULTURA VS. CIVILIZACION, TIERRA VS. METROPOLIS...?

Las críticas negativas a la ciudad "sobre todo a la gran ciudad" han sido una cara de la moneda muy recurrente, que ha visto en ella y en los procesos de modernidad que están implícitos en su carácter, (desde las visiones telúricas, que siempre han desdeñado todo lo que significa la gran ciudad: racionalidad, abstracción, intelectualismo, cambio del concepto de comunidad tradicional, por el de asociación, del aprendizaje tradicional, por el estudio, artesanía por industria y, que ma-

ta con su racionalismo lo místico y los mitos con la historia).

El telurismo fue muy propio del pensamiento latinoamericano de principio de siglo influenciado por el pensamiento alemán, traducido por Ortega y Gasset (Revista de Occidente) en donde la crítica a la ciudad desde los campos historiográficos, sociológico, político, económico y estético (Tonnies, Spengler, Sombart, Weber, Simmel, Nietzsche...) tiene gran trascendencia, si bien, ni en Colombia ni en América Latina, existió organizadamente la oposición de la cultura a la civilización. En nuestro caso hemos tenido una urbanización que a partir de la colonia se ha consolidado y que en los últimos cincuenta años ha venido acelerándose, con gran concentración de poder y población en capitales macrocefálicas (México, Buenos Aires, Lima y en menor proporción Santafé de Bogotá). La incorporación campesina a la ciudad ha sido difícil y lenta, ya que los procesos productivos, de distribución y consumo no han sido históricamente equitativos (tenemos una deuda social acumulada inmensa con las minorías étnicas) marginando a numerosa población. Aunque funcional al sistema esta población ha recibido poco beneficio real de la riqueza y desarrollo urbanos.

La cultura rural trasladada a la ciudad ha devenido en residual, con manifestaciones diversas en el escenario urbano. La ciudad impuso sus códigos de modernización, considerando "bárbaro" en el sentido griego todo lo externo a ella. Se impuso así la civilización, sin verdadera oposición de una cultura aún viva, o con permanencia fuerte, dada la composición étnica múltiple de la población, y la tradición desde la colonia de imposición desde la ciudad, de la civilización dominante.

El torrente modernizador, que tiene efectos deslumbrantes en la población "colonizada" desde el origen en nuestros países, y que utilizó la ciudad como su instrumento, encuentra ya pocos focos de

resistencia; queda entonces por dilucidar el papel (a la luz de conceptos como el de desarrollo humano, desarrollo social equitativo y sostenible) que la estructura histórica urbano-regional puede aún jugar y de qué modo, para en verdad ser o seguir siendo "motor" de un desarrollo ahora a escala humana.

¿Es posible que la ciudad desarrolle el territorio y no repita el modelo de explotación depredador, sin generar verdadero desarrollo? Es probable que para lograrlo deba darse un verdadero poder local y voluntad política de una clase dirigente más *lúcida*.

CIVILIZACION: LA CIUDAD COMO FACTOR DE MODERNIDAD Y DESARROLLO

La línea interpretativa de las ciudades como "crisoles" del cambio (también en la modernidad) ha sido de las más desarrolladas por diversos autores (Munford, Körn, Toynbee, Bahr, Endell, Tafuri, Benévolo). En el caso de América Latina y el Caribe es indudable el papel asignado a la ciudad, desde la colonia, primero como ciudad enclave, fortaleza (luego del colapso del modelo de "factoría" de Colón, en la isla "La Española" y de la fundación de la primera ciudad: Santo Domingo), para bien o para mal, el modelo urbano y la estructura urbano-regional en América Latina y Colombia es el que ha construido la civilización actual, el sentido de nación posterior y ha funcionado como mecanismo de modernización, por complejos factores ligados a los procesos de urbanización, que aún hoy continúan y que han hecho habitar en Colombia en las ciudades aproximadamente al 70% de su población (y con tendencia a volverse el 80% para el año 2000). Las oportunidades históricas de desarrollo humano en Colombia han estado ligadas al contexto urbano, que como "crisol" de la civilización, impone pri-

mero el poder hispano, pero que juega un importante papel en la independencia, y a partir de la república se consolida como un lugar de las oportunidades, imposibles de obtener en el contexto rural. En Colombia la jerarquía urbana: capital, ciudad, pueblo, villorrio... heredado de la colonia, deviene en el siglo XX, en unas estructuras urbano-regionales más articuladas al territorio, apareciendo el concepto de metrópolis, gran ciudad, ciudad intermedia, con regionalización, provincias y territorialidad más compleja que ha llegado a conformar áreas metropolitanas, de mucho potencial de acción y cambio aún no aprovechadas para un desarrollo humano integral.

La gran ciudad, o área metropolitana y su jurisdicción o influencia sobre territorialidades con jerarquías medias y pequeñas de las ciudades, y los conceptos de región, provincia, están así, en el centro de la reflexión contemporánea (con relación clara con los problemas ambientales y del desarrollo sostenible) y enmarcan la correspondiente a desarrollo humano y social.

Todavía no tenemos regiones metropolitanas como en algunos países de mayor desarrollo, pero las articulaciones ciudad territorio, con las facilidades de comunicación actuales, son en algunos casos muy dinámicas, prefigurando un "hinterland" y expandiendo la calidad urbana a mayor población.

La ciudad aporta históricamente como elemento nuevo lo que llama Lewis Munford "la comprensión de que la forma urbana era la forma de su organización social". La clave de su sistema es pues la organización u orden, que en el caso de nuestras ciudades heredadas de la colonia, correspondían con el poder de la Iglesia, el ejército, la burocracia administradora letrada, y reflejado en su espacialidad, traza y arquitectura. Se colocaba en ellas: las cosas en el lugar que les corresponde, según las instrucciones que daba

el rey y luego las Leyes de Indias y, según las que se dio a Pedrarias Dávila, fundador de Panamá en 1513: "habréis de repartir solares del lugar para hacer las casas, y éstos han de ser repartidos según las calidades de las personas y sean de comienzo dados por orden: por manera que hechos los solares, el pueblo parezca ordenado, así en el lugar que se dejare para plaza, como en el lugar que hubiere la iglesia, como en el orden que tuvieren las calles; porque en los lugares que de nuevo se hacen dando la orden en el comienzo, sin ningún trabajo ni costa quedan ordenados e los otros jamás se ordenaban". (Carlos Martínez, Anotaciones de Urbanismo del Nuevo Reino de Granada, Proa, Bogotá). Nuestras ciudades nacen pues, con vocación de orden y certifican el dominio sobre el territorio, oponiendo la polis civilizada, desde su origen, a la barbarie externa a ella. La ciudad desde su origen es concebida como foco civilizador y dominador, como lugar adecuado de transmisión de la influencia europea y desde el cual realizar la tarea de sometimiento del inmenso "hinterland" salvaje en donde la ciudad (enclave culto) impone su orden. Parte de ese orden fue la educación, el idioma, la religión. Aisladas de su entorno espacialmente, en una territorialidad desconocida, ajena, hostil, tenían la misión de dominar y civilizar su entorno. Han sido realmente exitosas en su misión y para el presente en la América Latina, no sólo son extensas y crecen de modo constante, sino que bien o mal siguen siendo el motor del desarrollo, aun dentro de las patologías económicas, sociales y ambientales que les son propias.

DESARROLLO HUMANO EN EL CARIBE COLOMBIANO

Según estudios recientes (Problemática ambiental de los nuevos patrones de asentamiento, de Edgar Forero y otros autores, Cider. Universidad de los Andes, Bo-

gotá) se presentan a partir de la década de los setenta de este siglo, cambios en los patrones de urbanización en Colombia, que dado el fenómeno de internacionalización de la economía, modernización del estado y condiciones de estancamiento de algunas regiones, tienden a privilegiar el desarrollo de las áreas colombianas localizadas por debajo de la cota de 100 mts. sobre el nivel del mar y en los terrenos planos, valles y sabanas tropicales con la consecuente pérdida de población de zonas tradicionalmente atractivas (cabeceras sobre los 1.000 mts. sobre el nivel del mar, pequeñas y medianas hasta 25.000 habitantes) y se da un crecimiento sólo inercial (con la excepción de Santafé de Bogotá) de las ciudades grandes andinas en pisos térmicos medio y frío. En el período intercensal 73-85, las ciudades localizadas en zonas cálidas planas, de tamaño pequeño y medio, crecieron más rápidamente y esta tendencia se fortalecerá con el modelo de desarrollo vigente, lo cual supone ventajas grandes de localización para las regiones tropicales planas, y más con facilidades de transporte y portuarias como las del Caribe colombiano (a la vez es un reto responder a este proceso de migración, para generar un desarrollo a escala humana). El sistema urbano regional del Caribe, está obligado según esto a responder al reto de volver a ser dinamizador de un desarrollo que ahora debe ser sustentable y partir de concepciones centradas en el propio potencial humano y social. Un modelo de desarrollo sostenible para la subregión a partir de las ciudades como motor, implica un sesgo hacia el desarrollo humano, capitalizando en la gente, que convertirá esta inversión en productividad y eficiencia, si ella es equitativa, y se fundamenta en crear ciudadanos participantes, (bajo criterios descentralizantes, reconociendo al sector urbano como crisol y difusor del mismo). Convertir al habitante del Caribe en actor principal de un desarrollo sustentable es el reto, mirando al ciudadano común y al cam-

pesino, avanzando en su educación para erradicar o aliviar la pobreza. La mirada a la vida cotidiana del ser humano común, supone entender sus verdaderas aspiraciones y necesidades, entender que miles de nuestros compatriotas se preguntan diariamente al levantarse, de qué vivirán, sin la seguridad siquiera de poderse alimentar ellos y sus familias, sin certeza de un lugar en qué vivir, sin acceso a servicios básicos de salud, educación ni libertad plena para su desarrollo integral ⁽²⁾.

DESARROLLO HUMANO Y CIUDAD EN EL TERRITORIO

La noción de desarrollo humano, debe ser vista como un proceso de ampliación de oportunidades para las personas, de mejoramiento de sus capacidades, invirtiendo en ellas y para que dichas capacidades se empleen en un marco participativo que genere crecimiento mutuo: de ingresos, empleo (partiendo de unas necesidades básicas satisfechas en educación, salud y otros servicios) y libertad de acción para las personas (según informe sobre desarrollo humano P.N.U.D., Bogotá, Tercer Mundo, 1991).

Es muy importante además del progreso individual, el derecho a un buen entorno físico y la libertad y así, el contexto urbano es el que más posibilidades brinda en la región en Colombia (y en todo el mundo) para un desarrollo humano pleno. Lograr crecimiento integral y participativo, que posibilite iniciativas privadas y libertad, distribuyendo con equidad la riqueza, y sostenible: que atienda al bienestar de las futuras generaciones, supone crecer cualitativa y cuantitativamente. Sin producción y riqueza no es posible el desarrollo humano, pero no podemos esperar a desarrollarnos para iniciar las inversiones que busquen la equidad, que corrijan deudas sociales acumuladas históricamente. La ciudad también puede ser el motor de desarrollo humano y social en

la subregión del Caribe. Desarrollar a las personas en el contexto urbano, supone invertir en educación, salud, nutrición y bienestar de sus habitantes (si se logra aumentar el ingreso, sobre todo para esa mayoría pobre que ha venido ocupando los cinturones de miseria en la periferia de las ciudades y en las áreas deterioradas centrales).

El desarrollo humano de los habitantes urbanos, hará posible su aporte cada vez mayor a la economía urbana total y al desarrollo armónico regional.

La participación en los planes de desarrollo humano y social urbanos, supone estructuras políticas adecuadas que garanticen procesos de toma de decisiones por las mismas personas, construyendo al tiempo ciudadanos. La creación de oportunidades de crecimiento para todos y de mayor ingreso y empleo, propiciará el desarrollo y adecuación del actual potencial humano urbano, de gran creatividad en el caso del Caribe colombiano partiendo de una legítima democracia ciudadana que vele por el bien común, alejada de la tradición triste de corrupción y desidia recientes, de la cual parece que el país y la región intentan desprenderse. Un desarrollo humano urbano regional que ofrezca oportunidades expandidas a todos, sin excluir minorías ni diversidades existentes en la fragmentada ciudad contemporánea, deberá crear y apoyar redes básicas de sostenimiento, a las necesidades de grupos menos aptos para sobrevivir dignamente en el contexto urbano-regional.

La equidad de dicho desarrollo, no debe sacrificar legítimas aspiraciones de ningún sector, para beneficiar sólo a unos pocos.

En el contexto urbano regional del Caribe colombiano, toda política de desarrollo humano, deberá partir de un conocimiento preciso de los niveles económicos, socio-culturales y de capacitación de los diversos grupos humanos, individuos,

familias, comunidades, asociaciones, y del grado de organización y capacidad de gestión que pueda desarrollar para vincularse a tales políticas, de modo de no caer en modelos caritativos o asistenciales. La pobreza urbana en Colombia y la región se localiza espacialmente en periferias y zonas de tierra marginal del mercado legal, proclives a catástrofes diversas: inundación, deslizamientos o a condiciones ambientales muy negativas.

Las zonas centrales urbanas y su primera periferia también sufren de impactos de la pobreza urbana y están conformadas por espacialidades con alto grado de deterioro. La gran cantidad de habitantes sin empleo o mal vinculados laboralmente, ocupan cualquier lugar del espacio público, como informales y han venido ganando permanencia e identidad propias con sus prácticas sui géneris de adaptación/transformación del medio ambiente urbano. Estos habitantes han introducido dinámicas socio-culturales propias, aunque similares a los de otros contextos urbanos de toda América Latina y el Caribe.

Hay gran número de habitantes con patrones culturales tradicionales de medios rurales, que tanto en su hábitat, como en su desarrollo social, económico y de capacitación manejan códigos no modernos y poco urbanos (relación con la ciudad, con el espacio público, con los servicios...) a los cuales todo plan de desarrollo humano específico, deberá primero resolverles las necesidades más elementales, comenzando con acciones tendientes a su integración y asimilación de los códigos urbanos. En estos casos la falta de equipamiento social urbano es un grave obstáculo, la falta de mínimos elementos para elevar la calidad de vida de estos habitantes, ha llevado a nuestras ciudades al límite de un regreso a la calidad de aldea o pueblo, y a veces a límites de completa ruralización. El migrante de la subregión del Caribe colombiano, procede de zonas muy deprimidas o retrasadas, de al-

deas y pueblos con equipamientos demasiado pobres o inexistentes. La generación de aparatos administrativos locales más fuertes, eficientes, con altos niveles de ética y transparencia son condición sin la cual no podría existir un desarrollo humano y social en lo urbano. (Esto supone, un mejor estado... no un estado grande e ineficiente).

Hasta ahora en Colombia y en la subregión Caribe en particular, las ramas locales del aparato estatal (Nación, Departamento, Distrito) se han mostrado muy precarias para regular y ordenar un funcionamiento mínimo, eficaz del asentamiento o aglomeración urbana. Existen grandes limitaciones financieras que impiden un mejor equipamiento y programas agresivos de desarrollo humano, y la voluntad política aún es muy débil. Las limitaciones en la gestión que suponen falta de claridad y autoridad sobre los diferentes actores sociales y económicos, han propiciado el caos, lo ilegal y lo espontáneo mal entendido...

EL DESARROLLO HUMANO EN LA CIUDAD

Dentro de la revisión que venimos haciendo del papel de la ciudad como motor del cambio, como crisol de la modernidad, vale la pena ver también su papel como lugar de intercambio, de transferencia de saberes, tecnologías, modas y modos de vida, que históricamente la han hecho el escenario propicio de las oportunidades, no existentes en el contexto rural o de la pequeña aldea. La ciudad de Barranquilla, desde principios del siglo XX, hasta su primera mitad, cumple en Colombia el papel que en la colonia cumplió Cartagena: el del lugar de llegada, adaptación y posterior difusión de la mayoría de procesos y elementos de modernización en Colombia.

Barranquilla fue un factor clave que impulsó a Colombia a salir del siglo XIX y produjo los primeros gérmenes de for-

mación ciudadana, de una clase dirigente que acogió el progreso como ideología y realidad posible y fue cuna de muchas iniciativas y empresas entre otras la de incipiente formación de clases medias y obreras en Colombia. Allí nace ligada a la idea de progreso, la primera ruptura efectiva con los códigos del siglo XIX y con los heredados de la colonia: se inicia así la idea de ciudad democrática moderna, que permite el ascenso social y se enmarca este proceso en una proto-idea de desarrollo humano y social. Es posible que su localización y el impacto del cruce de culturas que tiene como escenario a esa ciudad desde mediados del siglo XIX, fuera el principal factor que incidió en convertirla en una ventana o puerta al mundo moderno y en gestora de algunos de los principales cambios en la sociedad colombiana al comenzar el siglo XX. Barranquilla fue un poco nuestra San Petersburgo, que asomó el país al mundo moderno⁽³⁾. Ese papel pionero, que pierde impulso en la ciudad a mediados del siglo como ya se anotó, coincide con la aparición de la importancia de otros núcleos urbanos en el territorio nacional que con los cambios de modelo de desarrollo y la apertura del Pacífico, generan dinámicas progresistas y refuerzan hasta los años 80, un mayor desarrollo relativo en la zona andina colombiana. El impulso inicial de la ciudad es posible sino recuperarlo totalmente sí reactivarlo, construyendo ventajas a partir de las tradicionales: su localización, infraestructura y primacía regional, mediante una capitalización fuerte en su recurso humano, que potencie dinámicas de desarrollo, ahora mejor fundamentadas con la interacción cada vez mayor con su región. La posibilidad de irradiar hacia la región, hoy es mucho mayor que antes, y las posibilidades de iniciar un equilibrio con ella, transformarían su tradicional papel de enclave moderno dentro de la pobreza generalizada de la Costa Caribe.

He aquí un reto para la ciudad del Caribe: volver a ser el centro de las dinámi-

cas de progreso y cambio, pero ahora dentro de los conceptos de equidad, de desarrollo humano y social sostenibles, en armonía con su entorno natural. Este reto deben asumirlo todos: sociedad civil, aparatos estatales locales, comunidades... El punto de partida es una clara concepción de desarrollo humano integral para sus habitantes y una puesta en acción eficaz y ética.

Aquí cabe anotar, que si el desarrollo humano lo entendemos como aquel, que partiendo de las personas, que tomándolas como centro de todo otro desarrollo y viéndolas como seres libres (pero en sociedad) brinde perspectivas nuevas y mejores formas de sociabilidad, de todo tipo de intercambios, de desarrollo social, que permita un mayor y equitativo acceso a bienes y servicios, se garantizaría un pleno despliegue del potencial humano de la ciudad.

Este potencial humano en Colombia y en la costa Caribe aunque ha mostrado históricamente su gran creatividad, no ha sido suficientemente apoyado ni aprovechado en toda su capacidad. Brindándole mayores oportunidades de acción, según sus propias aspiraciones y dándole espacios para el ejercicio responsable de su libertad, es mucho lo que es capaz de lograr y de mostrar su pleno crecimiento.

El intercambio social pleno, en el contexto urbano permite aprovechar mejor las oportunidades, que lograrían satisfacer necesidades psíquicas, físicas y espirituales de la población. Las actitudes y aptitudes que desarrollen las poblaciones (sobre todo las de la llamada franja marginal) es lo que permitirá que sobrevivan y alcancen mejores niveles de calidad de vida.

La pobreza en la subregión Caribe no ha degenerado en patrones y códigos de comportamiento que se han dado en otras subculturas, con índices altos de criminalidad, violencia, abandono de la niñez, prostitución... Gran parte de la población del Caribe, aún la pobre urbana, sigue ma-

nejando patrones solidarios y éticos que han permitido altos niveles de convivencia, tolerancia y dignidad, nada despreciables, y que han hecho de la región y de la ciudad de Barranquilla un "oasis de paz", en el país más violento del mundo.

Barranquilla es un ejemplo claro de cultura urbana para la convivencia y para la solidaridad, que puede realizar eventos de la magnitud de su carnaval, sin producir catástrofes de vandalismo, ni altos índices de criminalidad, en una fiesta que integra a las diferentes clases sociales.

Estas facetas de cultura urbana permiten pensar que en ella, es posible concebir espacios públicos para todos.

Que su centro tradicional, lugar que han ocupado históricamente los pobres urbanos, como escenario de actividades informales que le brindan su sustento puede y debe ser el centro de todos sin generar expulsión de las clases pobres, sin temor de que se gesten las patologías sociales que en otros contextos han degradado los centros tradicionales, con índices de criminalidad y violencia, que les convierten en áreas de alto riesgo, peligrosas, limitando su potencial.

CONCLUSIONES:

En este fin de siglo, el desarrollo humano y social se volvieron los protagonistas, después de muchos años de inequidad y aumento de la pobreza (muchas personas sin tierra, capital, crédito, ni oportunidad de trabajo decente y difícil acceso a los servicios sociales adecuados), la mayoría de los pobres rurales en nuestros países, ganan entre el 25% y 50% menos que el habitante urbano⁽⁴⁾ y sólo tienen el 50% de posibilidades del urbano en servicios de salud, agua, alcantarillado (en electricidad es un 30%) las condicio-

nes rurales son deprimentes y grande es la degradación ambiental causada por su pobreza (cultivan tierra marginal, creando mayor pobreza por el agotamiento del agua y suelos), sobretodo en el trópico económicamente frágil. Así ofrecer opciones en contextos urbanos y en trabajos no agropecuarios evita el agotamiento de un ecosistema frágil. En una región con mayoría de terrenos poco fértiles, con escasez de agua o en el otro extremo inundables, la estrategia de concentrarse en ciudades aún es válida. En la región caribe la ganadería extensiva y/o minería para exportación genera muy poco empleo, la agricultura y recursos de pesca no ofrecen ingresos fijos y de calidad. Las ciudades son una mejor alternativa, opción clara para estrategias de supervivencia para los más pobres, si se producen ofertas que combinen apoyos a las economías formal e informal. Los programas de desarrollo humano articulados al contexto urbano en la subregión, que privilegien mejores ingresos, empleos, capacitación y oferta de servicios tienden a localizarse en relación con centros y subcentros urbanos, lugares por excelencia de los intercambios y de las oportunidades para todos. Una política de desarrollo humano vinculada a la rehabilitación de los centros urbanos, generará ingresos, dignificará el espacio público en el cual se desenvuelve la mayoría de la población y creará riqueza, inversión y un desarrollo humano más sólido y equitativo⁽⁵⁾. Lo anterior supone reconcebir la ciudad. La ciudad con su ambiente, permitiría así el desarrollo humano pleno: de todo el potencial humano, incluso el de los sentidos a toda experiencia, ya que ofrece instrumentos de trabajo, productos de la técnica, equilibrio trabajo-placer y satisfacción de la obra común. Ella debe ser patria común, vínculo fraternal entre seres humanos y artificio ordenado por excelencia que depende de la naturaleza y por tanto debe lograr mayor equilibrio con ella.

NOTAS

1. Falta dilucidar el impacto de las bonanzas del narcotráfico en Colombia.
2. Las especificidades tanto de la espacialidad regional con sus fortalezas y debilidades como de su potencial humano en campos y ciudades: la red urbana es aún desarticulada y su presencia débil en algunas zonas (Sur de Bolívar, Magdalena, Córdoba, Sucre, Guajira, Sur del Cesar) y las corrientes migratorias campo/ciudad han venido generando crecimientos en ciudades intermedias (Valledupar, Montería, Magangué, Sahagún) y con crecimientos menores en Barranquilla, Cartagena que pueden equilibrar las excesivas primacías tradicionales regionales. Hay en la región extensas zonas despobladas, sin equipamiento alguno y con altísimos índices de pobreza y analfabetismo que muestran bajo perfil del papel urbano como motor de cambio.
3. ¿Una modernidad del subdesarrollo? como sostiene Marshall Berman sobre el caso de San Peterburgo, en su texto *"Todo lo sólido se desvanece en el aire"*, (Siglo XXI, Santafé de Bogotá, 1989) a una modernidad que trascienda a índices de desarrollo humano y sociales sustentables?
4. Desarrollo humano, informe 1991. Pág. 69.
5. La ciudad amplía los contactos sociales y los lazos de responsabilidad mutuos, generando niveles mayores de participación que el contexto rural, mayor actividad política y social que redundan en mayor posibilidad de desarrollo humano integral.

El concepto "región" se entiende en su acepción más amplia: Europa Occidental, América Latina, Cuenca del Ca-

ribe. "Subregión" como parte de una región: Caribe Colombiano, Andes Colombianos.

Se maneja en este ensayo un concepto de civilización que construye muros y protege y de cultura que planta y cultiva, como antítesis a resolver, por una civilización que de coherencia a lo diverso, a partir de una voluntad propia, generando así vínculos sin violencia. A la civilización compete la política y a la cultura la ética.

Colombia ha tenido un comportamiento en su economía un tanto atípico —¿probablemente con influencia del narcotráfico?— en Latinoamérica desde los años 80. Se redujo la pobreza en áreas urbanas del 38 al 35% entre 1970 y 1986. La tasa de desempleo urbano bajó del 14% en 1985 al 10% en 1990.

El P. I. B. subió de 1208 a 1379 (1981 al 1990) y el salario mínimo de 101.3 a 120.1. Esto muestra que se logró crecimiento económico en el período de ajuste y también un incremento en el coeficiente tributario y en el índice de gasto público. (Financiación del desarrollo humano, PNDU. Informe 1991 Bogotá: Tercer Mundo, 1991. Pág. 106).

Reconocer la ciudad: significa en este ensayo, entre otros conceptos, no permitir que los puestos de trabajo sigan localizándose en áreas alejadas para los pobres urbanos (suburbios, subcentros elitistas) agravando el hecho de que las ciudades tienden a ser cada vez más centros de información, intercambio, finanzas, y administración, (terciarización) y por tanto poco generadoras de empleo accesible a la población pobremente capacitada, aunque éste se ubicara en las zonas centrales.

BIBLIOGRAFIA

- AMAR, José. América Latina: "El desarrollo social y humano en la perspectiva del siglo XXI". *Investigación y Desarrollo* N° 2, ed. UNINORTE, Barranquilla, 1992.
- BERMAN, Marshall. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Siglo XXI, Santafé de Bogotá, 1989.
- CIDER. *Problemática ambiental de los nuevos patrones de asentamiento*. (Cider - Universidad de los Andes, Bogotá).
- CORREDOR M., Consuelo. *Los límites de la modernización*. CINEP y Universidad Nacional. Santafé de Bogotá. 1992.
- DALCO, Francesco et al. *Dilucidaciones, Modernidad y Arquitectura*. Paidós, Barcelona, 1990.
- KLIKSBERG, Bernardo (Comp.). *Pobreza un Tema Imposible Nuevas Respuestas a Nivel Mundial*. México: Clad Fondo de Cultura Económica. P.N.U.D. 1993. PAS. 7 a 88 y 37 a 132.



colaboradores:

darío ruiz gómez. graduado en periodismo y estética en españa. crítico de arte y literatura. miembro fundador del centro de investigaciones estéticas. ha sido jurado en diversos salones nacionales y regionales del arte. profesor asociado de la facultad de ciencias humanas de la universidad nacional de colombia, sede Medellín. publicaciones: "para que no se olvide su nombre" (cuentos 1967). "señales en el techo de la casa" (poemas). "la ternura que tengo para vos" (cuento). "hojas en el patio" (novela). "para decirle adiós a mamá" (novela, 1985). "puertas, portones, ventanas" (teoría del espacio). "el proceso de la cultura en antioquia" (colección de autores antioqueños, 1987). "ruta de roble. colonización antioqueña. ciudad de la memoria". tarea crítica sobre el arte" (museo de antioquia). "a la sombra del ángel" (poemas, biblioteca pública piloto de Medellín, 1990). "en tierra de paganos" (relatos, editorial el propio bolsillo, 1991). colaborador de las más importantes revistas de arte y literatura del país. su más reciente trabajo es "tarea crítica sobre la ciudad y la arquitectura" publicado por el fondo editorial de la universidad de medellín. algunas de sus obras han sido traducidas a varios idiomas.

jairo montoya gómez. licenciado en filosofía y letras de la universidad pontificia bolivariana. estudios de posgrado en lingüística en la universidad de madrid. doctorado en lingüística en la universidad de puerto rico. profesor titular de la universidad nacional de colombia, sede medellín, facultad de ciencias humanas, departamento de humanidades y director del posgrado de estética. ha sido director académico de la universidad nacional de colombia, sede medellín. publicaciones: "gramática y representación, discurso" (1998). "ciudades y memorias" (1998). "nietzsche, 150 años" (compilador, 1996). ha participado en los siguientes libros: "pensar la ciudad" (1996). "ciudad y migración" (1997). "de la villa a la metrópoli: un recorrido por el arte urbano en medellín" (1998). artículos sobre teoría del arte, lingüística y semiótica en revistas nacionales y extranjeras.

carlos mario gonzález restrepo. realizó estudios de filosofía e historia en la universidad de antioquia y estudios de especialización en historia de las mentalidades en la universidad de luján en buenos aires, argentina. actualmente es profesor de la facultad de ciencias humanas y económicas de la universidad nacional de colombia, sede medellín. publicaciones en: revistas "sociología" y "unaula" de la universidad autónoma latinoameri-

cana, y en la revista de la facultad de ciencias humanas de la universidad nacional de colombia, sede medellín, en la revista de la universidad de antioquia, revista de sicología de la universidad nacional de colombia, santafé de bogotá y revista de extensión cultural de la universidad nacional de colombia, sede medellín. actualmente prepara el libro "mujeres apasionadas del decimonónico".

jorge alberto naranjo. profesor titular de la facultad de minas de la universidad nacional de colombia, sede medellín. doctor honoris causa en sociología de la universidad autónoma latinoamericana de medellín. autor de numerosos ensayos sobre literatura, filosofía del arte, historia de las ciencias, en diversas publicaciones del país. autor de las obras: "estudios de filosofía del arte", "los trabajos experimentales de galileo galilei", "los caminos del corazón", "estudios sobre carrasquilla", "introducción a la mecánica de los medios continuos", "la estrella de cinco picos", "antología del temprano relato antioqueño", "deleuze". dirige desde hace varios años un taller de literatura antioqueña en la biblioteca pública piloto de medellín.

luis jaír gómez g. profesor titular y maestro universitario de la universidad nacional de colombia, sede medellín. docente de la facultad de ciencias humanas. veterinario y zootecnista de la universidad de caldas. master of science de la universidad de missouri. trabajos publicados en las siguientes revistas: "revista de la facultad nacional de agronomía", medellín; "revista colombiana de ciencias pecuarias"; "journal of animal science". "ciencias humanas" de la universidad nacional de colombia, sede medellín; "ensayos de economía" de la universidad nacional de colombia, sede medellín; "Politeia", revista de la facultad de derecho, "ciencias políticas y sociales", universidad nacional de colombia, santafé de bogotá. revista extensión cultural de la universidad nacional de colombia, sede de medellín.

iván darío arango. profesor del instituto de filosofía de la universidad de antioquia, doctor de la escuela de altos estudios en ciencias sociales de parís (francia). autor del libro "la reconstitución clásica del saber: copérnico, galileo, descartes". editorial universidad de antioquia. primera edición, 1985. segunda edición, 1993.

henry marín marín. administrador de empresas de la universidad de medellín con especialización en gestión empresarial de la escuela empresa-

rial andina e.e.a., de lima, Perú, magister en planeación urbana de la universidad nacional de colombia, sede medellín, magister en gestión de recursos humanos del instituto de directivos de empresa i.d.e., de madrid, España. candidato a doctorado en administración en la universidad de sao paulo, brasil. actualmente es profesor titular de la universidad nacional de colombia, sede medellín; director del grupo de investigación y consultoría organizacional gico, de la facultad de minas y director del proyecto de modernización de la gestión de entidades estatales en antioquia, es autor del libro "crisis de la organización burocrática" y "estrategias para el desarrollo de la gestión pública". ha publicado artículos en: "revista ascort", revista de la universidad de medellín", "revista técnica administrativa de la universidad de antioquia" y "revista de extensión cultural" de la universidad nacional de colombia, sede de medellín.

emilio cera sánchez. arquitecto de la universidad nacional de colombia santafé de bogotá. profesor asociado del departamento de arquitectura y me-

dio ambiente, facultad de arquitectura, sede medellín. estudios de planeación, diseño y construcción de vivienda popular en el bouwcentrum international education, rotterdam, holanda, 1977. maestría en proyectos de desarrollo social uninoorte, barranquilla, 1998. maestría en ciencias de la educación universidad de parís xii, creteil, 1998. profesor emérito de la universidad nacional de colombia. profesor del taller de proyección de la línea de profundización "lo proyectual arquitectónico" y de teoría e historia de la arquitectura.

ilustradora:

luz mercedes arango restrepo. maestra en artes plásticas de la universidad nacional de colombia, sede medellín en 1997. su tesis fue laureada por la universidad. exposiciones: festival internacional de la imagen, manizales, muestra de gráfica artística, museo de la universidad de antioquia, xvii salón arturo rabinovich, octubre de 1997. viii salón regional de artistas, zona antioquia. salón nacional, 1998, iv bienal de bogotá, 1998.

EDITORIAL
LEALON

Carrera 54 Nro. 56-46
☎ 381 74 43 y 231 43 64
Medellín - Colombia
Julio de 1998

Adpostal



Llegamos a todo el mundo!

**CAMBIAMOS PARA SERVIRLE MEJOR
A COLOMBIA Y AL MUNDO**

ESTOS SON NUESTROS SERVICIOS

VENTA DE PRODUCTOS POR CORREO
SERVICIO DE CORREO NORMAL
CORREO INTERNACIONAL
CORREO PROMOCIONAL
CORREO CERTIFICADO
RESPUESTA PAGADA
POST EXPRESS
ENCOMIENDAS
FILATELIA
CORRA
FAX

LE ATENDEMOS EN LOS TELEFONOS
2438851 - 3410304 - 3415534
980015503
FAX 2833345

